

biblioteca de patrística



máximo el confesor

**TRATADOS
ESPIRITUALES**

editorial ciudad nueva

Máximo el Confesor TRATADOS ESPIRITUALES

Máximo el Confesor (580-662) es el teólogo griego más destacado del siglo VII y su obra ha sido considerada como la plena madurez del pensamiento griego teológico, filosófico y místico. En medio de una vida azarosa que lo llevó a un continuo exilio, fue realizando su confesión que culminó en la proclamación de su fe en medio de terribles castigos y su posterior muerte.

Máximo puede ser designado como un pensador de síntesis. Marcado a fuego por el misterio de Cristo, por la unión inconfusa y dinámica de lo divino y humano, eleva este modo de unión a clave hermenéutica de toda la realidad. El misterio de Cristo ha penetrado en el corazón del mundo, llevando todo dinámicamente a una unidad cada vez más perfecta.

Los tres escritos espirituales que ofrecemos, el *Diálogo ascético*, las *Centurias sobre la caridad* y la *Interpretación del Padre nuestro*, desde su diversidad de formas confluyen en una misma temática: toda la realidad, penetrada por el misterio de Cristo, se orienta hacia nuestra divinización. Y ésta se alcanza mediante la caridad, de un modo especial por el amor misericordioso al que sufre y al que nos hiere. Entonces hacemos en nosotros la experiencia de la *philanthropia*.

Máximo el Confesor

Tratados espirituales



DIÁLOGO ASCÉTICO
CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD
INTERPRETACIÓN DEL PADRE NUESTRO

Introducción, traducción y notas de
Pablo Argárate

Editorial Ciudad Nueva

Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

Reservados todos los derechos. No está permitida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1997, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-89651-23-X
Depósito Legal: M-15902-1997

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Omnia Industrias Gráficas

*A María Esperanza
y Candelaria*

SIGLAS

<i>Amb</i>	<i>Ambigua</i>
<i>Asc</i>	<i>Diálogo Ascético</i>
<i>CCSG</i>	<i>Corpus Christianorum Series Graeca</i>
<i>Char</i>	<i>Centurias sobre la Caridad</i>
<i>KG</i>	<i>Kephalaia Gnostica de Evagrio</i>
<i>Myst</i>	<i>Mystagogía</i>
<i>PG</i>	<i>Patrologia Graeca de Migne</i>
<i>PN</i>	<i>Interpretación del Padre Nuestro</i>

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *Vida*

Hasta hace poco tiempo la única fuente para la biografía de Máximo la constituían sus obras y la biografía que se encuentra en la edición de Combefis, recogida por Migne¹. Según ésta Máximo habría nacido aproximadamente hacia el 580. Además habría llegado a ser primer secretario del emperador Heraclio.

Sin embargo esta biografía, a la luz de un estudio crítico acerca de la *Vita Sancti Maximi*² parece ser una compilación hagiográfica de mediados del siglo X, para la cual el autor sólo contaba con datos acerca de su vida desde 649. Para el período anterior acude a un esquema estereotipado de una Vida de san Teodoro Estudita y a clichés de la retórica hagiográfica³.

Pocos años después la aparición de una desconocida vida siríaca⁴, compuesta poco antes del VI concilio ecuménico (680) por el obispo palestinese Jorge de Resha'ina vino a llenar el vacío anterior respecto a los primeros años de Máximo.

1. En especial la *Vita ec Certamen* (PG 90, 67-110).

2. W. LACKNER, «Zu Quellen und Datierung der Maximovita», en *Analeccta Bollandiana*, t. 85 (1967), pp. 285- 316.

3. Cf. I. H. DALMAIS, «Maxime le Confesseur», en *Dictionnaire de Spiritualité* t. 10 (1978), col. 836.

4. «An Early Syriac Life of Maximus the Confessor», en *Analeccta Bollandiana* 91 (1973), pp. 299- 346.

Según este nuevo documento Máximo habría nacido hacia el 579/580 en la ciudad de Hasfin, en Palestina, sobre el Golán y al este de Tiberías, hijo de un samaritano y de una esclava persa, bautizados ambos por un sacerdote de Hesfín en la región del Golán. Habría recibido el nombre de *Moschion*. Huérfano a la edad de nueve años, habría sido encomendado al abad Pantaléon, higümeno del monasterio de la «Antigua Laura» o de san Caritón, quien le impuso el nombre de Máximo y lo encaminó en el estudio de Orígenes. Sabemos que Máximo conoce el origenismo evagrano del s. VI con gran precisión, lo cual le va a permitir rectificarlo desde dentro ⁵.

Allí habría podido discernir entre las hipótesis más aventuradas del alejandrino, transformadas abusivamente en tesis por los monjes origenistas, y las riquezas de una enseñanza escriturística de la cual sabrá sacar provecho. Este ámbito puede ser también donde se comienzan a elaborar las reflexiones escriturísticas y patristicas que luego tendrán lugar en sus grandes recopilaciones de las *Quaestiones ad Thalassium* y de las *Ambigua*.

Sabemos que durante el siglo VI los monasterios palestinos fueron ámbitos efervescentes de especulación filosófica y teológica, al mismo tiempo que de una meditación de los grandes temas escriturísticos nutrida por la frecuentación de Orígenes y de Evagrío. Esto coincide con la temática de la obra del Confesor ⁶.

Huyendo de Jerusalén el 614 ante la invasión persa, se refugió en el monasterio de san Jorge en Cízico, cerca

5. Cf. J. M. GARRIGUES, «La Personne composée du Christ d'après saint Maxime le Confesseur», en *Revue Thomiste* (1974), p. 182.

6. Cf. I. H. DALMAIS, «La vie de Saint Maxime reconsiderée?», en *Studia Patristica*. vol. XVII, 1. Edited by Elizabeth A. Livingstone. Peters. Leuven 1983, p. 29.

de Constantinopla, entablando estrechas relaciones con la corte imperial, especialmente por la mediación de su discípulo Anastasio, que lo acompañaría hasta el fin de sus días.

A partir de ese momento nuestro documento siríaco coincide con la presentación tradicional de la vida del Confesor.

Este origen semita de nuestro autor parece haber sido aceptado al menos por algunos de los estudiosos⁷.

La vida de Máximo continúa de la siguiente manera. En el 613-614 ingresa en el monasterio de Filípico en Crisópolis⁸, donde permanecerá hasta agosto del 615, cuando parte hacia el monasterio de San Jorge en Cízico⁹. En ese monasterio permanecerá hasta la invasión conjunta de persas y ávaros en el 626, la cual provoca una dispersión¹⁰. El Confesor inicia un exilio que no acabará sino con su muerte. Sabemos con certeza que en Pentecostés del 632 se encuentra ya en Cartago¹¹. Entre tanto ha estado en Creta en el 628¹² y, probable-

7. A. CERESA-GASTALDO, Máximo Confesor, en *Diccionario Patrístico y de la Antigüedad Cristiana*, dirigido por Angelo Di Berardino. Institutum Patristicum Augustinianum Roma. Traducción española de A. Ortiz García y J. M. Girau. Ed. Sígueme. Salamanca 1992. Tomo II, p. 1406. También I. H. DALMAIS, en sus artículos citados.

8. Actualmente Scútari, en la ribera asiática frente a Constantinopla.

9. Actualmente Erdek.

10. Cf. R. DEVREESE, «La fin inédite d'une lettre de s. Maxime», en *Revue des Sciences religieuses* 17 (1937), p. 31 ss.

11. *Ep.* 8.

12. En *Theol. et Polem.* 3, 49c. Máximo se refiere a una estancia allí; probablemente es ésta. Allí debe haber conocido al obispo de Cydonia, a quien escribe (cf. *Ep.* 21, 604) posteriormente (entre el 627 y 633).

mente, en Chipre ¹³ en el 630, dirigiéndose ya luego al norte de África ¹⁴, de donde sería originario su discípulo Anastasio

En este período africano Máximo continúa su vida monástica, escribe la mayor parte de sus obras espirituales, entabla relaciones con los gobernadores imperiales en África y, sobre todo desde el 641, emprende una actividad contra el monofisismo y la naciente herejía del monoenergismo y monotelismo.

Resulta aquí necesaria una breve reseña sobre la convulsiva *situación política del imperio*. La amenaza de las invasiones hace que el emperador busque superar las divisiones dogmatico-religiosas, ya que hasta ahí en Palestina y Alejandría predominaba la doctrina herética del monofisismo.

Así el imperio emprende una política de acercamiento a los monofisitas para fortificarse ante el peligro externo. Se busca una unidad política que posibilite oponerse al impetuoso avance de los persas y luego de los árabes.

Pero, en un sistema teocrático como el bizantino, la unidad política depende de una unidad religiosa. Y esta unidad religiosa es buscada acudiendo a una formulación

13. De su estancia en Chipre no tenemos referencia de Máximo, pero allí podría haber conocido al chipriota Marino, con quien mantiene correspondencia (*Ep.* 20) y también al obispo Arcadio.

14. SHERWOOD (P. SHERWOOD, *An annotated Date-List of the Works of Maximus the Confessor*, en «*Studia Anselmiana* 30», Roma 1952, p. 6) sugiere que ya está en África en el 628-30. Esto lo hace en base a la relación que entabla con su maestro Sofronio, quien lo inicia en la lucha contra la herejía. Como Sofronio se va a Alejandría en el 633 y es nombrado patriarca de Jerusalén en el 634, entonces la relación entre éste y Máximo debe estirarse lo más posible.

dogmática de compromiso: una reinterpretación de la definición del concilio de Calcedonia ¹⁵. Así se hablará de una sola operación en Cristo.

En el 633 se realiza el *Pacto de Unión* de Alejandría, donde se admite patentemente una sola operación. Inmediatamente el monje Sofronio, maestro de Máximo y futuro Patriarca de Jerusalén, alerta sobre las consecuencias de ese compromiso teológico. En efecto, aceptar una sola operación implica aceptar, como se hará luego, una sola voluntad. De esta manera se anula prácticamente la naturaleza humana de Cristo, la cual, privada de operación propia queda reducida a la pura pasividad.

Ante la controversia, suscitada por Sofronio en el 634, Sergio, el patriarca de Constantinopla, emite un *juicio* (*Pséphos*) que prohíbe hablar de una o dos *energías* (operaciones) en Cristo, para salvar la unidad religiosa del imperio.

Sofronio nota en seguida las consecuencias a que puede llevar este compromiso teológico. Máximo aceptará este decreto, pero desde su propia interpretación doctrinal. Así, con destreza, afirma la doctrina ortodoxa, observando al mismo tiempo el *Pséphos*

Sin embargo en el 638 se avanza sobre el *Pséphos* y se emite una *Exposición* (*Ékthesis*) de la fe. En realidad la *Ékthesis* ya estaba sugerida en el *Pséphos*, y no es más que aquél republicado ahora con la firma imperial.

Pero ahora se afirma claramente *una sola voluntad* (*thélema*) en Cristo. Así, el *monoenergismo* se ha desa-

15. Este Concilio del 451, veinte años posterior al de Éfeso, se reúne con motivo de la herejía monofisita. Ésta sostenía la existencia de una sola naturaleza en Cristo: la naturaleza divina. El concilio, por el contrario, define las dos naturalezas, divina y humana, en la única persona de Cristo. ED. DENZINGER-SCHÖNMETZER, n. 302.

rollado en *monotelismo* ¹⁶. Pero el Papa Severino anatematiza el *Ékthesis*.

Entre tanto el patriarca Pirro de Constantinopla, ante el descontento del pueblo, deja la sede. Pero el Papa Teodoro, que le atribuye el *Ékthesis*, quiere deponerlo canónicamente por herejía. Entre tanto Pirro se dirige a África y, ante la consulta del gobernador imperial Pedro sobre con qué título recibir a Pirro, Máximo responde con una carta vehemente. En ella revisa toda la historia de la herejía y concluye que es totalmente inapropiado concederle a Pirro el título de patriarca.

Cuando éste llega, Máximo pasa a la acción y entabla en julio del 645 una gran disputa pública, de la cual tenemos la transcripción entera. En esa disputa, ante el gobernador y numerosos obispos africanos, Máximo vence a Pirro de su error.

En ese mismo tiempo escribe su gran obra de controversia a su amigo el presbítero Marino (*Theol. et Polem.* 10). En ella encontramos *uno de los análisis más profundos de los actos de la voluntad*. Además, en su introducción condensa toda su doctrina ascética y mística.

Ese mismo año muere Sofronio. Entonces Máximo se sitúa, directamente, en el centro de la lucha por la ortodoxia, mediante sus escritos ¹⁷ y su pública defensa de la fe (*Disputa con Pirro*). Máximo había partido hacia Roma en el 646, permaneciendo allí hasta su prisión en el 653. En ese período desarrolla una fecunda actividad en su disputa contra la herejía monotelita, mediante es-

16. «Confesemos una voluntad de nuestro Señor y verdadero Dios Jesucristo» MANSI, *Sacrorum Conciliorum nova et amplissima collectio* 10, 996c.

17. Ya desde su *Tomo a Marino* de Chipre, *Theol. et polem.* 20, 245c.

critos y conversaciones. Es decisiva, sobre todo, su participación en el Concilio de Letrán en el 649¹⁸. En efecto, el Papa Martín, buscando definir claramente la doctrina, convoca en Roma al Concilio de Letrán, en el cual nuestro autor tendrá una influencia directa y decisiva.

Así vemos que Máximo va oponiéndose a todas las componendas político-religiosas que, a costa de la integridad de la fe, tratan de unificar la cristiandad imperial.

Pero en esa defensa de la ortodoxia sólo Máximo va a confesar¹⁹ la fe de la iglesia. Frente a él se situará no sólo todo el aparato político del imperio, sino también el aparato religioso, profundamente vinculado al *cesaropapismo* bizantino. En efecto, la jerarquía eclesiástica se halla totalmente sujeta y domesticada por el emperador. Sólo el obispo de Roma, desde la lejanía del poder político, se alzaría contra la intromisión religiosa de este poder.

Todo esto motiva que en junio del 653 Máximo sea arrestado, junto al Papa Martín, por orden del emperador Constancio. En junio del 654 sufre el primer proceso, centrado en lo político, con el posterior exilio en Byzia, Tracia. Pero en los meses de agosto y septiembre del 656 tiene lugar una disputa en Byzia, en que se intenta vencerlo, y posteriormente un segundo exilio en Perberis.

Tras ser llamado, en el 558, nuevamente a Constantinopla, es condenado por el Sínodo constantinopolitano en el 662. El castigo consiste en la pena iraní de la am-

18. Los cánones 10 y 11, si no fueron redactados directamente por el Confesor, al menos lo fueron por alguien que conoció bien su pensamiento. En una frase que resume todo se dice: Cristo «es tal en cada una de sus naturalezas, que Él quiere y obra nuestra salvación» (MANSI 10, 1153e).

19. De allí el apelativo que quedará ligado indisolublemente a su nombre.

putación de los miembros con los cuales defendía su doctrina: lengua y mano derecha y, como conclusión, la muerte en el exilio de Lazika (en las costas del Mar Negro) en el 662.

Como puede advertirse por todo lo hasta aquí expuesto, si bien se trata de formulaciones dogmáticas, la esencia de las controversias es netamente filosófica. En efecto, aquí se juega la comprensión de nociones tan filosóficas como *naturaleza, operación y voluntad*.

Y esto es lo que ve rápidamente Máximo. Si hay dos naturalezas, debe haber dos operaciones y dos voluntades. ¿Por qué? Porque una naturaleza que no se actúa en una operación y en una voluntad está muerta, ya que la naturaleza es, precisamente, principio de operación.

Entonces resulta claro que en el trasfondo de estas disputas teológicas operan nociones filosóficas; una poderosa síntesis filosófica²⁰.

2. Obras

Los tomos 90 y 91 de la Patrología de Migne recogen una edición del conjunto de las obras de nuestro autor. A su vez la Patrología no hace sino tomar la edición de F. Combefis²¹, agregándole la edición de los *Ambigua* por F. Oehler²².

20. Cf. «La visión del mundo que nos ha dejado Máximo el Confesor en sus escritos es, en más de un aspecto, el acabamiento y la plena madurez del pensamiento griego místico, teológico y filosófico» H. U. VON BALTHASAR, *Liturgie cosmique. Maxime le Confesseur*. París 1947, p. 11. Esta edición es una traducción francesa del original alemán de 1941. Debido a la escasa difusión de éste generalmente se cita esta primera edición por la traducción francesa.

21. 2 vols. Paris, 1675.

22. Halle, 1857.

Sin embargo, como es sabido, la edición de Migne no es, en modo alguno, una edición crítica. Por el contrario las ediciones críticas de la obra del Confesor van apareciendo con una exasperante lentitud. Hoy poseemos las de *Quaestiones ed dubia*²³, las *Quaestiones ad Thalassium*²⁴, la *Interpretación del Padre nuestro*²⁵, *Comentario al Salmo 59*²⁶, las *Centurias sobre la caridad*²⁷, la *Disputa con Pyrro*²⁸ y la *Mystagogía*²⁹. También tenemos la edición crítica de la traducción latina de los *Ambigua*³⁰.

Los primeros escritos son asignados a la estancia de Máximo en Cízico (615-626)³¹. Allí habría escrito las siguientes obras espirituales: el *Diálogo Ascético*, las *Centurias*

23. *Quaestiones et Dubia* (ed. J. DECLERCK). Corpus Christianorum Series Graeca (CCSG) 10. Turnhout, Brepolis 1982.

24. *Quaestiones ad Thalassium I. Quaestiones I- LV* (ed. C. LAGA y C. STEEL) CCSG 7. 1980. *Quaestiones ad Thalassium II. Quaestiones LVI- LXXI* (ed. C. LAGA y C. STEEL). CCSG 22. 1990.

25. «Expositio orationis dominicae» en *Maximi Confessoris Opuscula Exegetica Duo* (ed. Peter VAN DEUN). CCSG 23 Turnhout 1991.

26. «Expositio in psalmum LIX» en *Maximi Confessoris Opuscula Exegetica Duo* (ed. Peter VAN DEUN). CCSG 23 Turnhout 1991.

27. *Massimo Confessore. Capitoli sulla carità* (ed. crítica A. CERESA-GASTALDO). Roma 1963.

28. *La Dispute de Maxime le Confesseur avec Pyrrhus*, ed. de M. DOUCET. Montréal 1972.

29. *E Mystagogía tou hagiou Maximou tou Homologetou. Eisaogé-Keímenon-Kritikón hypómnema* (ed. H. SOTIROPOULOS). Atenas 1978.

30. *Ambigua ad Iohannem (iuxta Iohannis Scotti Eriugena Latina Interpretationem)* CCSG 18 (ed. E. JEAUNEAU) 1988.

31. Para la datación de las obras de Máximo resulta invalorable el ya mencionado estudio de P. SHERWOOD, *An annotated Date-List of the Works of Maximus the Confessor*.

*turias sobre la Caridad*³², el *Comentario al salmo 59* y las *Quaestiones et dubia*.

Las 79 *Quaestiones et dubia*, por su parte, integran junto a las *Quaestiones ad Thalassium* y las tres *Quaestiones ad Theopemptum*³³ el género muy extendido de las «*quaestiones et responsiones*»³⁴. Sin embargo *Quaestiones et dubia* se caracteriza por tratar las más variadas cuestiones, teológicas y escriturísticas, siendo frecuentemente las respuestas tan breves como la pregunta.

Las 65 *Quaestiones ad Thalassium* son respuestas crecientemente más extensas a cuestiones sobre la interpretación de diversos pasajes bíblicos. Ellas constituyen uno de los lugares privilegiados donde encontrar la doctrina espiritual del Confesor. Junto a los *Ambigua*³⁵ es la obra de mayor relevancia teológica.

Durante su residencia en el norte de África, como ya dijimos, emprende una activa lucha contra el *monofisismo* y la naciente herejía del *monoenergismo* y *monotelismo*. De ese período son los tratados espirituales *Interpretación del Padre nuestro* y *la Mystagogía*.

32. P. SHERWOOD y H. U. VON BALTHASAR coinciden en situar ambas obras, el *Diálogo Ascético* y las *Centurias sobre la Caridad*, en el 626.

33. El mismo DALMAIS sostiene que las obras espirituales que toman apoyo en textos escriturísticos como es el caso de las *Quaestiones et dubia*, las *Quaestiones ad Theopemptum* y las *Quaestiones ad Thalassium* serían las más antiguas. *Ibi*.

34. Cf. G. BARDY, «La Littérature patristique des Quaestiones et responsiones sur l'Écriture Sainte», en *Revue biblique*, 42 (1933), pp. 328-352.

35. Los *Ambigua* son «desde un punto de vista filosófico y doctrinal su obra maestra, en la cual se manifiesta a plena luz la profundidad y la agudeza de su talento especulativo y la riqueza de su análisis». M. L. GATTI en *Massimo il Confessore. Saggio di bibliografia generale ragionata e contributi per una ricostruzione scientifica del suo pensiero metafisico e religioso*. Milano 1987, p. 36.

La *Interpretación del Padre nuestro* fue escrita en el período 628-630. La *Mystagogía* es un análisis simbólico de los ritos litúrgicos. Son de particular relevancia los 7 primeros capítulos donde Máximo elabora una ontología del misterio eclesial. Es de especial importancia para nosotros su concepción del hombre como *microcosmos* —que la relaciona con *Ep.* 6—, y el relieve puesto en el ascenso de toda la creación a la unidad.

De la misma época son las *Quaestiones ad Thalassium* y los 200 *Capita theologica et oeconomica*. Respecto a estos últimos digamos que en los 10 primeros capítulos se establece el marco en el cual Máximo entendió y deseó que fueran entendidos los capítulos siguientes, tomados abundantemente de Orígenes y de Evagrio.

Esta fuerte influencia de Orígenes llevó a von Balthasar a afirmar, en la primera edición de su *Kosmische Liturgie*, una *crisis origenista* en Máximo. Sherwood ha mostrado, en cambio, que esto no es así. En efecto, los diez primeros capítulos de la primera centuria, que constituyen una unidad, resultan ser la clave de lectura de los demás capítulos. Esos diez aparecen como un poderoso resumen de la doctrina de los *Ambigua*. A su luz hay que leer las afirmaciones origenistas y evagrianas de los restantes capítulos. Así, lejos de sufrir una crisis origenista, Máximo pretende aquí salvar los elementos asimilables de Orígenes³⁶.

Respecto a los *Ambigua* se impone una aclaración. La edición actual está formada por dos conjuntos diferentes de *Ambigua*. Así los *Ambigua* 1-5, dirigidos a Tomás, son posteriores a los 66 *Ambigua* restantes, dirigidos al obispo Juan de Cízico. En efecto, aquéllos fue-

36. Cf. P. SHERWOOD; *An annotated Date-List of the Works of Maximus*, cit., pp. 4-5.

ron redactados hacia el 634, mientras que éstos, concebidos durante la estancia en Cízico, fueron escritos hacia el 630. La reunión de las dos colecciones distintas parece haber sido realizada ya en tiempos de Máximo.

Los *Ambigua tempranos*, si bien redactados en África, fueron concebidos y pensados en sus discusiones con el obispo Juan en Cízico³⁷ y contienen principalmente una refutación de los origenistas³⁸. Se ha afirmado que son el único lugar en toda la patrística griega donde se refuta el error origenista desde una comprensión acabada de Orígenes³⁹.

Al mismo tiempo, para rebatir el *origenismo* acude a modo de contrapeso a Dionisio⁴⁰, pero modificándolo según el hilo conductor de la influencia *macariana*, que es determinante en la síntesis teológica y espiritual de Máximo.

En estos *Ambigua*, como en los mencionados *Capita theologica et oeconomica*, Máximo se concentra en problemas suscitados por la *Weltanschauung* cósmico-espiritual de Orígenes. Sin embargo, ya en el período africano Máximo empieza a comprometerse, como ya vimos, en las controversias cristológicas y esto le lleva a reinterpretar su teología cósmica, ascética y mística en el marco de una cristología que los acontecimientos le han forzado a desarrollar con gran precisión.

Digamos finalmente que hay ciertos conjuntos de escritos que abarcan períodos muy extensos. En efecto, las

37. Cf. *Amb* 1064b.

38. Especialmente *Amb* 7, 1068-1101.

39. Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Kosmische Liturgie. Das Weltbild Maximus' des Bekenntners*, zweite, Völlig veränderte Auflage, Einsiedeln 1961, p. 97.

40. Por cuestiones de brevedad en nuestro trabajo nos referimos a DIONISIO, en lugar del PSEUDO-DIONISIO.

Opuscula theologica et polemica se extienden desde el 626 (*Theol. et polem* 17) hasta el 649 (*Theol. et polem* 11). La misma amplitud en el tiempo tienen sus *Cartas*. Entre éstas no podemos dejar de mencionar la *Carta 2ª*, escrita en la primavera del 640, y que constituye un tratado maestro sobre la caridad.

3. Estudios

La literatura especializada ⁴¹ no es abundante, en especial si se la compara con la referida a otros Padres.

El motivo de esto es la dificultad que presenta la *cuestión maximiana*.

El primer límite fue la ausencia de un estudio crítico global; solo ahora van apareciendo ediciones críticas ⁴². A esto se le suma lo fragmentario y poco sistemático de las

41. M. L. GATTI, *op. cit.*, hace un exhaustivo análisis bibliográfico. En la Iª parte estudia la vida y obras de Máximo. En la IIª presenta toda la bibliografía sobre Máximo desde antes de nuestro siglo hasta 1986, agrupada en décadas. Allí hace un resumen de los puntos más importantes de cada estudio. En la IIIª parte brinda una visión sinóptica del pensamiento de Máximo sobre la base de sus textos fundamentales. Divide esta parte en cuatro capítulos: 1. doctrinas metafísicas, ontológicas y cosmológicas. 2. doctrinas antropológicas. 3. doctrinas éticas, ascéticas y místicas. 4. Cristo centro del cosmos y de la historia y fundamento de la «liturgia cósmica».

Finalmente el estudio de Gatti se cierra con ricos apéndices, compuestos de concordancias e índices.

42. Hasta ahora han aparecido las de *Centurias sobre la Caridad*, la *Mystagogía*, *Quaestiones et dubia* y *Quaestiones ad Thalassium*, el *Comentario al Padre nuestro* y el *Comentario al Salmo 59*. Respecto a los *Ambigua*, si bien Sherwood ha corregido el texto de Migne, se hace necesaria y urgente una edición crítica completa de la obra, quizá, más importante de Máximo.

obras del Confesor. Salvo los pequeños tratados espirituales, la mayoría de sus escritos son respuestas aisladas a cuestiones de interpretación de un texto bíblico o patristico preciso, sin conexión alguna con la cuestión siguiente.

El lenguaje, muchas veces alegórico, y un griego difícil de traducir con exactitud contribuyen a la casi total ausencia de traducciones a las lenguas modernas. A su vez la traducción latina de Eriúgena, que aparece junto al texto griego en la edición de Migne, en no pocos pasajes traiciona el sentido del texto, y sus circunlocuciones impiden que sea una ayuda eficaz en la interpretación del Confesor.

Todo esto motivó que hasta mediados de nuestro siglo Máximo fuera un Padre dejado de lado en los estudios, precisamente por la dificultad de su interpretación. Tan sólo quedaba alguna mención respecto a su participación en el desarrollo del dogma cristiano, por su lucha contra la herejía monotelita.

Creemos que el estudio del Confesor se divide fundamentalmente en dos etapas ⁴³: *ante y post Kosmische Liturgie* de von Balthasar. Efectivamente, pensamos no exagerar en el juicio de la importancia de esta obra en los estudios maximianos. Ella implica una nueva actitud y valoración. Hasta entonces la figura de Máximo, perma-

43. L. THUNBERG, *Microcosm and Mediator. The Theological Anthropology of Maximus the Confessor*. Lund, 1965, prefiere hablar de tres épocas: a) hasta 1930, caracterizada por la reducción a la cuestión anti-monotelita; b) 1930-1940, donde se da cierto cambio de actitud, especialmente desde el estudio de Viller; c) a partir de 1941, fecha de publicación de Loosen y von Balthasar. Sin embargo, pensamos que el verdadero «turning point» es la nueva concepción que aporta este último, situando a Máximo en un puesto de máxima relevancia. Cf. L. THUNBERG, pp. 7-20.

neciendo en un segundo plano respecto a los grandes Padres, estaba, como dijimos, ligada casi exclusivamente a la historia del dogma cristiano, especialmente en la lucha contra la herejía monotelita.

Es cierto que a partir de 1930 se ven fermentos de renovación. En especial hay que referirse al estudio de M. Viller⁴⁴, el cual, sin embargo, concluye en la absoluta falta de originalidad en la posición de nuestro autor. Analizando particular y casi exclusivamente *las Centurias sobre la Caridad*, afirma una dependencia total respecto al pensamiento, la terminología y la obra de Evagri, en sus aspectos ortodoxos.

La importancia de este estudio radica en haber sido la primera llamada de atención sobre el pensamiento del Confesor. Esto se plasma en la edición francesa hecha por Pegon de aquellas *Centurias*⁴⁵.

Dos años más tarde, M. Lot-Borodine⁴⁶ reivindica ya la originalidad de Máximo.

Éste es el ambiente en el cual va a entrar en escena von Balthasar. Mediante dos estudios prepara la publicación de la obra que cambió la perspectiva maximiana.

Esos dos estudios son, en primer lugar, el análisis crítico de los *escolios* a la obra de Dionisio⁴⁷, atribuidos

44. M. VILLER, «Aux sources de la spiritualité de saint Maxime», en *Revue d'Ascétique et de Mystique* 11 (1930), pp. 156- 184; 234-268.

45. Maxime le Confesseur, *Centuries sur la Charité*. Introduction et traduction par J. PEGON (SC 9) Paris-Lyon 1945.

46. «La doctrine de la déification dans l'Église grecque jusqu' au XIe siècle», en *La Déification de l'homme selon la doctrine des Pères grecs*. Préface par le Cardinal Jean DANIELLOU. Cerf. Paris, 1970.

47. H. U. VON BALTHASAR, «Das Scholienwerk des Johannes von Skythopolis», en *Scholastik* 15 (1940), pp. 16-38; reimpresso en la 2ª edición de *Kosmische Liturgie*.

hasta entonces al Confesor. Von Balthasar mostró, por el contrario, que ellos no debían su autoría a nuestro autor sino a Juan de Scythópolis.

Esta tarea de crítica textual resulta de suma importancia, ya que el obstáculo quizá más grande para obtener una comprensión exacta del pensamiento de Máximo sigue siendo, aún hoy, la carencia de una edición crítica de la totalidad de sus obras.

El segundo estudio de von Balthasar a que nos referíamos concierne a las, llamadas por él, *Centurias Gnósticas*, es decir a los *Capita theologiae et oeconomiae*⁴⁸.

En esta investigación trata de probar la autoría de Máximo de estos escritos, autoría sólo reconocida por Focio.

Al mismo tiempo von Balthasar pretende demostrar la originalidad de Máximo. Hasta entonces, como lo había expuesto Viller, se le consideraba totalmente dependiente de Evagrio. Pero von Balthasar hace prevalecer la influencia de Orígenes y del Pseudo Dionisio, e incluso va más allá y cree encontrar una «crisis origenista» en el desarrollo de la posición de nuestro autor.

Ambos estudios, junto con un gran desarrollo sistemático, fructifican en la publicación de *Kosmische Liturgie*.

Ésta se inserta en una serie de estudios sobre los Padres griegos que incluía a Orígenes y Gregorio de Nisa. Esto nos habla de por sí de la relevancia que tiene a sus

48. H. U. VON BALTHASAR, «Die 'Gnostischen Centurien' des Maximus Confessor», en *Freiburger Theologische Studien* 61. Freiburg in Briesgau 1941; también reimpresso en la 2ª edición de *Kosmische Liturgie*.

ojos la figura del Confesor, quien es situado entre las luminarias patrísticas.

El propósito fundamental de von Balthasar es mostrar la originalidad de la poderosa síntesis de Máximo, refutando de este modo la tesis de Viller. Al mismo tiempo es presentada, por vez primera, una visión sistemática y vasta del pensamiento del Confesor⁴⁹. Völker critica a von Balthasar una sobre-sistematización.

Todo lo referido justifica nuestra mención a un *ante* y un *post* von Balthasar. Esto es aún confirmado por el *Simposio sobre Máximo el Confesor* en 1980, explícitamente dedicado al filósofo y teólogo suizo, como se dice en el Prefacio de la publicación de las ponencias: «Y finalmente, pero no menos importante, un motivo que no careció de influencia en la elección de la fecha: el 75º aniversario de aquel que, hace 40 años, inauguró tan magistralmente la investigación moderna sobre Máximo sacando a la luz, por vez primera, la originalidad y la potencia sintética de su pensamiento: Hans Urs von Balthasar. Es en su homenaje por lo que presentamos, en nombre de todos los participantes del Simposio, esta colección de estudios maximianos»⁵⁰.

En efecto, tras la publicación de *Kosmische Liturgie*, la situación ha cambiado radicalmente. Y esta nueva valoración se refleja en una multiplicación de los estudios sobre Máximo.

49. Tras una amplia introducción va tratando los siguientes temas: Dios, las ideas, las síntesis cosmológicas, las síntesis antropológicas y las síntesis espirituales.

50. MAXIMUS CONFESSOR, *Actes du Symposium sur Maxime le Confesseur. Fribourg, 1-5 septembre 1980*, édités par F. HEINZER et Chr. VON SCHÖNBORN (Paradosis XXVII) 1982, Éditions Universitaires Fribourg, Suiza. Préface, p. 6.

Señalemos fundamentalmente las contribuciones de Sherwood en el plano crítico, de Dalmais⁵¹, Hausherr⁵² y, sobre todo, Völker en la comprensión de la teología

51. I. H. DALMAIS, «La doctrine ascétique de S. Maxime le Confesseur d'après le "Liber Asceticus"», en *Irénikon* 26 (1953), pp. 17-39.

—, «La théorie des "lógoi" des créatures chez S. Maxime le Confesseur», en *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques* 36 (1952), pp. 244-249.

—, «Le vocabulaire des activités intellectuelles, volontaires et spirituelles dans l'anthropologie de St. Maxime le Confesseur», en *Mélanges offerts à M. D. Chenu* (Bibliothèque thomiste, 37). Paris, 1967.

—, «L'anthropologie spirituelle de saint Maxime le Confesseur», en *Recherches et Débats du Centre Catholique des Intellectuels Français* 36 (1961), pp. 202-211.

—, «L'héritage évagrien dans la synthèse de Saint Maxime le Confesseur», en *Studia Patristica* VIII, *TU* 64, Berlin, 1966, pp. 356-362.

—, «L'œuvre spirituelle de Saint Maxime le Confesseur. Notes sur son développement et sa signification», en *Supplément de La Vie Spirituelle* 6 (1952), pp. 216-26.

—, «La manifestation du *Lógos* dans l'homme et dans l'Église. Typologie anthropologique et typologie ecclésiale d'après Qu. Th. 60 et la Mystagogie», en *Symposium* (Paradosis XXVII) 1982, pp. 13-25.

—, «La vie de Saint Maxime reconsidérée?», en *Studia Patristica*. vol. XVII, 1. Edited by Elizabeth A. Livingstone. Peeters. Leuven 1983, pp. 26-30.

—, «Maxime le Confesseur», en *Dictionnaire de Spiritualité* 10, 1978, cc. 836-847.

—, «Mystère liturgique et divinisation dans la Mystagogie de S. Maxime le Confesseur», en *Epektasis. Mélanges patristiques offerts au Cardinal Jean Daniélou*. Paris 1972., pp. 55-62..

—, «Saint Maxime le Confesseur, Docteur de la Charité», en *La Vie Spirituelle* 79 (1948), pp. 294-303.

—, «Un traité de théologie contemplative. Le Commentaire du Pater de S. Maxime le Confesseur», en *Revue d'Ascétique et de Mystique* 29 (1953), pp. 123-159.

52. I. HAUSHERR, *Philautie. De la tendresse pour soi à la charité, selon Saint Maxime le Confesseur*. Roma 1952.

espiritual. Respecto a la teología del Confesor mencionemos la obra de Loosen⁵³, Heintjes⁵⁴, y la serie de monografías dirigidas todas por Le Guillou: las de Garrigues⁵⁵, Riou⁵⁶, Léthel⁵⁷ y Schönborn⁵⁸.

A éstas se le suman, por fin, los estudios de Croce⁵⁹, Piret⁶⁰ y, más recientemente, Bausenhart⁶¹, Karayannis⁶² y Larchet⁶³.

53. J. LOOSEN, «Logos und Pneuma in begnadeten Menschen bei Maximus Confessor» (*Münsterische Beiträge zur Theologie* 24), Münster (West.) 1941.

54. J. HEINTJES, *De opgang van den menschelijken geest tot God volgens Sint Maximus Confessor*, Bijdragen van de Philosophische en Theologische Faculteiten der Nederlandsche Jezuieten. Roermond-Mastricht 5 (1942), pp. 260-302; 6 (1943), pp. 64-123.

55. J.-M. GARRIGUES, *Maxime le Confesseur, La charité, avenir divine de l'homme*. (Théologie Historique 38). Paris 1976.

56. A. RIOU, *Le monde et l'Église selon Maxime le Confesseur* (Théologie Historique 22) Paris 1973.

57. F.-M. LÉTHEL, *Théologie de l'agonie du Christ. La liberté humaine du Fils de Dieu et son importance sotériologique mises en lumière par Saint Maxime le Confesseur*. Préface J. J. Le Guillou (Théologie Historique 52). Paris 1979.

58. CHR. VON SCHÖNBORN, *Sophrone de Jérusalem. Vie monastique et confession dogmatique* (Théologie Historique 20). Paris 1972. *L'icône du Christ. Fondements théologiques élaborés entre le Ier et le IIe Concile de Nicée (325-787)*, segunda edición (Paradosis XXIV) Friburgo, Suiza 1976.

59. V. CROCE, *Tradizione e ricerca. Il metodo teologico di San Massimo il Confessore* (Studia Patristica Mediolanensia, 2) Milano 1974.

60. P. PIRET, *Le Christ et la Trinité selon Maxime le Confesseur* (Théologie Historique 69), Paris 1983.

61. G. BAUSENHART, «Im allen uns gleich ausser der Sünde»: Studien zum Beitrag Maximus' des Bekenner zur altkirchlichen Christologie, mit einer kommentierten Übersetzung der «Disputatio cum Pyrrho». Tübinger Studien zur Theologie und Philosophie n. 5, Mainz, 1992.

62. V. KARAYANNIS, *Maxime le Confesseur. Essence et Énergies de Dieu* (Théologie Historique 93), Paris 1993.

63. J. C. LARCHET, *La divinisation de l'homme selon saint Maxime le Confesseur*. (Cogitatio Fidei 194). Du Cerf, Paris 1996.

Analicemos esto más detenidamente.

Sherwood⁶⁴ realiza una presentación científica de la cuestión de la vida y obras de nuestro autor, con un especial esmero puesto en la datación de éstas. Además ya aquí rechaza la afirmación de una «crisis origenista» que había indicado von Balthasar⁶⁵.

Posteriormente, en la segunda parte de una investigación más pormenorizada sobre los primeros *Ambigua*⁶⁶ el mismo Sherwood muestra que Máximo, ya desde sus primeros escritos, emprende una profunda crítica al origenismo, especialmente desde su doctrina de movimiento. Von Balthasar en la segunda edición de *Kosmische Liturgie* acepta la crítica de Sherwood⁶⁷.

Este relevante estudio de Sherwood consta de dos partes claramente divididas. En la primera, tras enfocar esos *Ambigua* desde la crítica externa (tradición manuscrita, forma literaria, destinatarios, adversarios, autoridades y temas), emprende una prolija tarea de análisis individual y de crítica textual de los *Ambigua*, corrigiendo el texto de la edición de Migne.

La segunda parte, como ya mencionamos, y apoyándose en la primera, es un estudio sobre la refutación que

64. P. SHERWOOD, *An annotated Date-List of the Works of Maximus*, cit., empieza su estudio con una presentación de la vida del Confesor que facilita la ubicación de sus obras. Luego, en una presentación esquemática, menciona todos los escritos de Máximo, la fecha de composición, una breve descripción, referencias a traducciones, ediciones críticas y personajes citados. El estudio finaliza con valiosos índices.

65. *Ibid.*, pp. 4-5.

66. P. SHERWOOD, *The Earlier Ambigua*.

67. Esta segunda edición, además de la corrección referida a la crisis origenista, incluye la traducción alemana de las *Centurias sobre la Caridad* y la *Mystagogía*, junto con un estudio de las líneas fundamentales de las *Centurias Gnósticas*.

Máximo realiza del origenismo, en especial en los *Amb* 7 y 15. Para ello realiza un minucioso análisis de la doctrina del movimiento y de la tríada sustancia-potencia-acto. Finalmente enfoca los conceptos de éxtasis, lógos, saciedad (*kóros*) y de restauración (*apokatástasis*).

Valoramos especialmente el rico estudio de L. Thunberg⁶⁸ centrado en la antropología teológica y, particularmente, en la concepción del hombre como microcosmos y mediador.

Allí, tras una breve introducción referente al estado de la investigación respecto a Máximo, enfoca sucesivamente distintos planos. En primer lugar brinda en una sucinta presentación el contexto cristológico, para pasar luego al cosmológico. Luego se sitúa de lleno en el estudio de la antropología del Confesor. Allí analiza la constitución y posición del hombre y las consecuencias de la caída. Pasa después a una presentación de algunos aspectos de la psicología que permitan una mayor comprensión de la realización microcósmica del hombre. Finalmente, su estudio se cierra en el análisis de la realización mediadora del hombre.

En un plano más directamente filosófico son escasos los estudios al respecto y la profundización realizada. Debemos destacar allí nuevamente la importancia de *Kosmische Liturgie* y la acentuación de la síntesis como línea de fuerza de todo el pensamiento del Confesor. Al mismo tiempo, no podemos pasar por alto las contribuciones de Völker. En una de ellas determinó la influencia de Dionisio en nuestro autor, especialmente en cuanto a la trascendencia divina⁶⁹. En otro estudio se concentra

68. L. THUNBERG, *Microcosm and Mediator*.

69. W. VÖLKER, «Der Einfluß des Pseudo-Dionysius Areopagita auf Maximus Confessor», en *Studien zum neuen Testament und zur Patristik*. Berlin, 1961, pp. 331-350.

magistralmente en la ontología de Máximo⁷⁰. Finalmente este último se inserta en la gran obra de Völker sobre la teología espiritual del Confesor⁷¹. A su vez ésta se inscribe en una serie de monografías que el estudioso alemán ha publicado respecto a los grandes místicos entre los Padres griegos⁷².

Su obra sobre el desarrollo espiritual en Máximo es precedida por una densa y profunda reflexión sobre la ontología y antropología. Basado en sus estudios anteriores sobre los Padres griegos, resulta asombrosa la erudición que demuestra respecto a ellos, lo cual significa un precioso encuadramiento de Máximo en la tradición.

Otros aspectos filosóficos son los que presentan las publicaciones de Sherwood y Prado⁷³. Aquél, como ya dijimos, recoge la refutación por el Confesor de la doctrina origenista, acudiendo a la doctrina del movimiento.

El argentino, por su parte, presenta, quizá, la única obra centrada explícitamente en la filosofía de Máximo, en especial en el análisis de la doctrina de la voluntad. Para ello considera previamente necesaria una rica y profunda investigación sobre la doctrina maximiana del mo-

70. W. VÖLKER, W., «Zur Ontologie des Maximus Confessor», en *Und fragten nach Jesu. Festschrift für Ernst Barnikol*. Berlin, 1964, pp. 57-79.

71. W. VÖLKER, *Maximus Confessor als Meister des geistlichen Lebens*. Wiesbaden 1965.

72. *Das Vollkommenheitsideal des Origenes*. Tübingen 1931. *Fortschrit und Vollendung bei Philo von Alexandrien* (TU 49,1) Leipzig 1938. *Der wahre Gnostiker nach Clemens Alexandrinus* (TU 57). Berlin 1952. *Gregor von Nyssa als Mystiker*. Wiesbaden 1955. *Kontemplation und Ekstase bei Pseudo-Dionisius Areopagita*. Wiesbaden 1958. *Praxis und Theoria bei Symeon dem Neuen Theologen. Ein Beitrag zur byzantinischen Mystik*. Wiesbaden 1974.

73. J. J. PRADO, *Voluntad y Naturaleza. La Antropología Filosófica de Máximo el Confesor*. Río Cuarto 1974.

vimiento y de sus implicaciones filosóficas, en claro contraste con la de Orígenes y, sobre todo, con la de Evagrio.

No podemos omitir, al referirnos a la relación de la sistematización de Máximo con la posición filosófica de Orígenes, las esclarecedoras contribuciones de *Endre von Ivánka*⁷⁴.

Siendo Máximo un autor profundamente dependiente de la tradición, la *cuestión de las fuentes* es de suma importancia. Sin embargo las conclusiones de los estudiosos son contradictorias: mientras Viller⁷⁵ ha sostenido que Máximo no es sino un discípulo de Evagrio⁷⁶, careciendo de verdadera originalidad, von Balthasar ha subrayado el influjo de Dionisio Areopagita⁷⁷.

La influencia de Orígenes resulta de gran peso. Von Balthasar, como ya expresamos, encuentra en Máximo a quien mejor ha comprendido al doctor del siglo III.

Sherwood, por su parte, ve una dependencia mayor del Confesor respecto de los Alejandrinos y de los Capadocios⁷⁸. Sin embargo la cuestión de la influencia de

74. E. VON IVÁNKA, «Der Philosophische Ertrag des Auseinandersetzungs Maximos des Bekenner mit dem Origenismus», en *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinischen Gesellschaft*. Viena (1958), pp. 23-49. También Korreferat zu P. Sherwood, Maximus and Origenismus, en *Berichte zum XI., Internationalen Byzantinisten-Kongress*, München 1958. También Einleitung en «Maximos der Bekenner», *All-Eins in Christus*. Einsiedeln 1961, pp. 5-14.

75. M. VILLER, «Aux sources de la spiritualité de S. Maxime».

76. Cf. en otro sentido I. H. DALMAIS, «L'héritage évagrién dans la synthèse de Maxime le Confesseur», en *Studia Patristica VIII*. Berlín 1966, pp. 356-363.

77. Cf. también E. BELLINI, «Maxime interprète du Pseudo-Denys l'Aréopagite. Analyse de l'Ambiguum ad Thomam 5» en *Symposium ...*, pp. 37-49

78. Cf. G. BERTHOLD, «The Cappadocian Roots of Maximus the Confessor», en *Symposium ...*, pp. 51-59.

estos últimos y la de Diádoco de Foticea⁷⁹ permanece abierta. Dalmais, finalmente, rescata la fuerte influencia monástica⁸⁰.

¿Qué valoración tienen los estudiosos respecto a la originalidad de la síntesis maximiana?

La respuesta presenta una marcada ambigüedad: del lado de una valoración negativa se encuentran sobre todo Viller y Beck. Positivamente Heintjes, von Balthasar y von Ivánka. Dalmais, por su parte, niega que Máximo sea un filósofo, teólogo, polémico o místico; para él es sólo un monje.

Por todo lo afirmado resulta evidente que es mucho lo que aún falta en el estado presente de la investigación. Un primer paso, que se va dando lentamente, es la edición de sus obras. Al mismo tiempo constatamos que la literatura concerniente a la teología y a la espiritualidad del Confesor se ha multiplicado.

79. Cf. E. DES PLACES, «Maxime le Confesseur et Diadoque de Photicé», en *Symposium ...*, pp. 29-35.

80. I. H. DALMAIS, «Saint Maxime le Confesseur et la crise de l'origénisme monastique», en *Théologie de la Vie Monastique*, Paris 1961, pp. 411-421.

DIÁLOGO ASCÉTICO

INTRODUCCIÓN

Tenemos ante nosotros una de las obras¹ mas cautivantes de toda la literatura espiritual cristiana². El tratado se inscribe dentro de las primeras obras de Máximo. Como ya señalamos en la Introducción general, se sitúa hacia el 626³, junto al Comentario al salmo 59 y a las Quaestiones et dubia. En el prólogo a las Centurias

1. La traducción que ofrecemos se basa, a falta de edición crítica en el texto de la edición de Migne (PG 90, 912-956). Del *Diálogo Ascético* existen dos versiones alemanas: U. GARBAS, Breslau 1925 y FR. MURAWSKI en *Führer zu Gott*, Mainz 1926. Hay tres versiones italianas: la de CANTARELLA en *La mistagogia ed altri scritti*. Florencia 1931 (texto griego y versión italiana), la de M. DAL PRA, *S. Massimo il Confessore. Il libro Ascetico*, y la de CERESA-GASTALDO, en *Umanità e divinità di Cristo*. Roma, 1976. Está la versión inglesa de P. SHERWOOD, en *The ascetic Life. The four Centuries on Charity*. London 1955. Finalmente, en francés tenemos la versión de P. DESEILLE en *L'évangile au désert dès premiers moines à saint Bernard*. Paris 1965, pp. 161-193.

2. Cf. I. H. DALMAIS «La doctrine ascétique de S. Maxime le Confesseur d'après le "Liber Asceticus"», en *Irénikon* 26 (1953), pp. 17-39.

3. I. H. DALMAIS plantea que el *Diálogo Ascético*, a causa de la limpieza de expresión, el fundamento puramente evangélico de la teología de la caridad y el lugar concedido al ejemplo de Cristo y de su Pasión podría hacernos pensar que se trata, al menos en su forma definitiva, de un escrito de madurez, probablemente durante el tiempo del exilio. «Maxime le Confesseur», art. cit., col. 839.

sobre la Caridad *Máximo dice haber enviado el Diálogo Ascético al mismo destinatario de las Centurias, a un tal Elpidio* ⁴.

Tejido por la Palabra de Dios y eco de toda la tradición, sobresale por su candor y simplicidad. En este diálogo se pone de relieve un evangelismo sin pretensiones especulativas. Es la eclosión de la corriente palestinese «macariana». En él aparecen los temas más familiares y queridos del Confesor; pero es la caridad, sobre todo, la que alcanza aquí la expresión más acabada de toda su obra, superando incluso a la Carta 2.

Todo esto ha llevado a Dalmais a sostener que se trata de «la última obra del Confesor, su testamento espiritual» ⁵. *Él nos da «la última palabra de todo el pensamiento de Máximo, revelando el lazo profundo que une su obra espiritual y la parte más y más determinante que toma en las controversias teológicas para la defensa de la cristología calcedoniana»* ⁶.

Este escrito del Confesor asume la larga tradición monástica que arranca en los Padres del Desierto en Egipto. Más precisamente ha sido visto como un resumen del Antirrheticos de Evagrio ⁷. *Sin embargo su originalidad estriba en su hondísima captación del misterio de la caridad como respuesta final a la cuestión ascética, como*

4. *Char*, Prol.: «He aquí, oh padre Elpidio, que además del discurso acerca de la vida ascética he enviado a tu Santidad también el discurso sobre la caridad, en centurias de capítulos de igual número que los cuatro Evangelios».

5. I. H. DALMAIS, «L'oeuvre spirituelle de saint Maxime le Confesseur», pp. 224-5.

6. I. H. DALMAIS, «L'héritage évagrien dans la synthèse de saint Maxime le Confesseur» en *Studia Patristica* V. Berlin (1962), p. 362.

7. *Ibid.*

centro de toda la espiritualidad cristiana; y esta caridad entendida, en primer lugar, como amor misericordioso al hermano.

Todo el diálogo se encuadra en un horizonte netamente monástico: un diálogo entre dos monjes, el discípulo y el anciano (abba). El título de la obra nos indica la temática de este diálogo (Logos asketikos)⁸: la ascesis, es decir, una ejercitación en la vida espiritual. Esto es confirmado cuando, en la segunda mitad del diálogo el discípulo formula la dramática pregunta: «¿Qué debo hacer para salvarme?».

En esta demanda realizada a los ancianos experimentados en la lucha del éremo, en los caminos de la ascesis y santidad, clásica en el monacato, se compendia toda la aspiración a una sabiduría de vida: encontrar el camino de salvación. Esta pregunta recorre el diálogo, desde el principio hasta el fin, «¿qué debo hacer para salvarme?».

La respuesta que va siendo presentada desde distintas perspectivas y variaciones es sólo una: la referencia al misterio de Cristo. Toda la cuestión ascética es enmarcada, así, en un contexto cristológico. Esto resulta obvio. La misma apertura del diálogo es la pregunta por el fin de la encarnación del Señor, el para qué del misterio cristológico. De

8. El título que figura en la edición de Migne es el siguiente: «Tratado Ascético, en preguntas y respuestas». Se ha visto cierta dificultad en traducir el término «Lógos». Mientras que algunos han escogido diversos términos como «discurso» o «libro», nosotros nos inclinamos por «diálogo». No es un discurso, sino más bien un diálogo. Por más que las intervenciones del discípulo sean sumamente escasas y breves, ellas van marcando el rumbo de toda la temática; él formula las grandes preguntas sobre el fin de la encarnación del Señor y sobre el modo de alcanzar la salvación.

esta manera, toda la ascesis aparece como una vida en Cristo. Es un mismo tema, como señalábamos anteriormente, repetido una y otra vez con variaciones, hasta llegar a una definición abarcadora: el fin y sentido del misterio de Cristo es la divinización del hombre. Mientras la encarnación aparece como una vivencia humana de Dios («luchó humanamente hasta la muerte por el mandamiento del amor»), su fin es la vivencia divina del hombre (la divinización).

La sencillez y claridad del diálogo resultan sorprendentes. Ello nos ha dificultado redactar esta introducción. Resulta tan clara que ésta puede parecer superflua. Tan sólo nos limitaremos aquí a subrayar los aspectos fundamentales para una lectura más provechosa.

La obra, como ya referimos, muestra una conexión con el tema del fin de la encarnación del Señor. Con él se abre y, prácticamente, se cierra el diálogo. En la pregunta por Cristo el anciano hace referencia al misterio de la Iglesia. Hay aquí una intuición que es desarrollada en la Mystagogia, según la cual la Iglesia es el espacio donde se manifiesta y obra el misterio salvífico de Cristo. El anciano, preguntado por la cuestión cristológica se refiere directamente a la fe de la Iglesia, concentrada en el símbolo de la fe. Es más, no sólo refiere a la Iglesia como mediadora de Jesucristo y de la fe sino, más precisamente a la celebración litúrgica de la Iglesia («escuchando cada día el Símbolo de la Fe»). Es allí, como también lo dirá explícitamente en la Mystagogía donde se manifiesta plenamente el misterio de Cristo. Por lo tanto, la pregunta por Jesucristo es su búsqueda en el seno de la memoria de la Iglesia.

La fe de la Iglesia nos presenta la historia de la salvación, en la cual Cristo se revela como el dador de vida. Todo su obrar es resumido por el anciano en esta expresión: «Nos mostró la conducta de la vida divina».

Él viene a manifestar en sí cómo el hombre puede vivir una vida divina, una vida trinitaria. Él viene a manifestar la divinización del hombre. Al mismo tiempo, y como camino a ella, nos dio «los santos mandamientos». De esta manera, los cristianos somos los que «luchan por observar sus mandamientos», santificados por el Espíritu Santo.

La cuestión cristológica, orientada desde el principio a la divinización, presenta la mediación de los mandamientos: la redención del Señor consiste en la perfecta observancia de los mandamientos. Al mismo tiempo, es por los mandamientos que nos salvamos y hacemos que Cristo habite en nosotros⁹. Y hacia allí se dirige el diálogo. El discípulo se centrará en la pregunta por los mandamientos y el anciano, respondiendo, va hilando su discurso. Hay que observarlos todos y, para tenerlos todos presentes, hay que saber que ellos se resumen en el único mandamiento del doble amor: amar a Dios y a los hombres.

De esta manera la cuestión cristológica vira hacia los mandamientos, y se concentra ahora en el amor. Sin embargo hay una precisión ulterior. El discípulo va al núcleo: el amor a los enemigos. Los problemas se presentan no tanto respecto al amor divino, sino sobre todo en cuanto al amor a los hombres y, especialmente, hacia aquellos que nos odian. Se trata de una cuestión nuclear. De ésta pende el amor al prójimo, el amor a Dios, la vivencia de los mandamientos y, por ende, la salvación.

¿Hay que amar, en verdad, a quien nos odia, o se trata de una hipérbole? ¿Puede el amor llegar a este

9. Cf. Asc 34.

grado de exigencia? ¿No se vuelve inhumano? El anciano constata la magnitud de la exigencia. Sólo el que ha sido hecho imagen del Altísimo puede satisfacer esta fortísima exigencia. En otras palabras, la caridad es, en verdad, un asunto divino. Y por ello, vivir esta dimensión honda de la caridad exige meterse en el corazón de Dios y conocer el fin de su encarnación.

Al mismo tiempo, en Cristo se da una recta ordenación de los tres niveles de la existencia: mundo-hombres-Dios. Su amor a Dios supera la tentación de la materia y los placeres. Su amor al hombre supera el odio y las insidias. En el desierto derrota la tentación contra el primer mandamiento; vuelto al mundo, salva el amor al prójimo. Él sabe que el diablo usa dos caminos: tienta directamente o por medio de los defectos de los hombres, moviéndonos a odiar a los enemigos y, de este modo, fallar en el mandamiento, en los mandamientos. Con el amor a quienes lo odian se venga de quien los mueve a odiarlo. El misterio del mal queda aniquilado por la inyección del bien en él. Es el triunfo de la violencia del amor. «¡Oh, combate paradójico!, muestra amor en vez de odio y arroja con la bondad al padre de la maldad»¹⁰. «Y así, dejándose vencer voluntariamente, venció a aquel que esperaba vencer y arrancó el mundo de su dominio»¹¹.

Éste era el fin del Señor: vivir hasta sus últimas consecuencias la locura del amor. Y nosotros somos llamados a vivirla con esa misma violencia. Pero sólo podremos imitar al Señor si conocemos el fin del Señor y, conociendo el fin de los demonios: apartarnos del amor divino, permanecemos sobrios en la tentación. El discípulo inqui-

10. Asc 12.

11. Asc 13.

rirá cómo adquirir esa sobriedad (népsis). Ella requiere una consagración perfecta al Señor; que todo nuestro ser esté tenso hacia él. Y para ello es necesaria que toda el alma se mueva hacia el Señor, lo cual se realiza por la concurrencia de tres virtudes: la continencia extingue la concupiscencia, el amor amansa la ira y la oración, finalmente, une el intelecto con Dios. Las tres potencias del alma se potencian mutuamente para acelerar el ascenso.

Sin embargo, estamos en el pecado y, a pesar de todo esto, constatamos que no tenemos compunción (katányxis). El tema de la compunción y el luto (pénthos) tiene un relieve importantísimo en la vida monástica. Ella es la primera virtud y el gran don. Así como el niño nace a la vida material entre lágrimas, el cristiano nace a la vida en el Espíritu también por las lágrimas de la compunción¹².

El anciano atribuye la falta de compunción a la ausencia del temor de Dios y, para subsanarlo, emprende ahora un largo discurso tejido por citas de la Escritura. En él trata de despertar esa compunción con textos que se refieren a la ira de Dios y al castigo por nuestra negativa a convertirnos, lo cual suscita el lamento del Señor y del apóstol por nuestra suerte.

Esta carencia de toda obra espiritual llega hasta los monjes, nuevos fariseos e hipócritas actuales. De esta manera se instala un abismo entre la grandeza de la vocación a la que hemos sido llamados y nuestra realidad de pecado.

Ante esta desolación, inicia una encendida y hermosa súplica a la misericordia divina, tejida también de

12. Cf. I. HAUSHERR, *Penthos. La doctrine de la componction dans l'Orient Chrétien* (Orientalia Christiana Analecta 132). Roma, 1944.

textos bíblicos. Tras ello ocurre la aludida pregunta del discípulo: «¿Qué debo hacer para salvarme?». La respuesta del anciano asume toda la doctrina anterior: el camino de salvación se concentra en el amor a los enemigos. Podemos decir que allí se sitúa el núcleo de la espiritualidad cristiana, tal como subraya Máximo. El amor al enemigo y su perdón aparecen como la piedra de toque de todo el edificio espiritual. «He aquí que el Señor nos ha concedido el modo de salvación»¹³. Ante la pregunta: «¿Qué debo hacer para salvarme?», la respuesta se revela como el amor misericordioso a los hermanos. «¿Qué es igual a este amor? ¿Qué cosa puede rivalizar con esta philanthropía?»¹⁴. Por el perdón el hombre se hace philánthropos a imitación del Philánthropos, mostrando en sí la philanthropía de Éste. Por el amor compasivo y el perdón el hombre se hace, por la gracia, dios. Es la divinización: «Encarnándose del Espíritu Santo y de la Santa Virgen, nos mostró la conducta de la vida divina»¹⁵.

Esa philanthropía es la muestra más clara de la vida divina que Dios ha venido a traer, es el fuego que ha venido a encender sobre la tierra. Para eso se encarnó, «Hagámonos dioses por su gracia, por eso Él se hizo hombre, siendo Dios y Señor por naturaleza»¹⁶; ése era el fin del Señor. En Cristo se hace visible y patente el amor total e incondicional, la philanthropía kenótica, que es el corazón del misterio trinitario. En él somos penetrados totalmente por las fuerzas divinas.

13. Asc 41.

14. Asc 40.

15. Asc 1.

16. Asc 43.

En otras palabras, la salvación del hombre, su divinización, consiste en amar al hombre con el mismo corazón misericordioso y compasivo de Dios, en «curarlo»¹⁷, como otro samaritano¹⁸.

17. Permítasenos citar un texto largo, pero que expresa el vértice de la espiritualidad maximiana: «La prueba clara de esta gracia [la de participar de la suerte de los santos en la luz] es la disposición voluntaria de benevolencia hacia el semejante. Cuya obra [la de esa disposición] es que el hombre que de algún modo tiene necesidad de nuestra ayuda, nos llegue a ser en potencia familiar como Dios y que no permanezca sin cuidado ni providencia, sino que por el empeño apropiado se muestre actuante y viva nuestra disposición hacia Dios y hacia el prójimo. Porque es la obra la que prueba la disposición. En efecto, *nada es tan fácil para la justificación, ni conveniente para la divinización (para decirlo así) y la proximidad con Dios, que la misericordia del alma, ofrecida con placer y gozo a aquellos que tienen necesidad de ella.* Porque si el Lógos ha mostrado que aquel que tiene necesidad de benevolencia es Dios, cuando dice: “Lo que habéis hecho a uno de estos pequeños, a mí me lo habéis hecho”, cuanto más mostrará Dios, que ha dicho esto, que *es verdaderamente Dios por gracia y participación aquel que podía hacer el bien y lo hizo, porque imitó correctamente la energía y la propiedad [de Dios].* Y si el pobre es Dios a causa de la condescendencia del Dios que se hizo pobre por nosotros, y que ha tomado sobre sí mismo por compasión los sufrimientos de cada uno, y que hasta la consumación de los tiempos, en proporción al sufrimiento de cada uno, sufre siempre misteriosamente por bondad, *con cuánta mayor razón y semejanza será Dios quien, a imitación de Dios, por amor al hombre (diá philanthropían) cura divinamente (theoprepós), él mismo, los sufrimientos de aquellos que sufren; mostrando tener, proporcionalmente y por disposición, la misma potencia de la providencia salvífica que Dios»* (Myst 24, 713ab).

18. Cf. *Char* IV, 75.

DIÁLOGO ASCÉTICO

1. Un hermano interrogó a un anciano, diciéndole: —Te suplico, padre, que me digas cuál era el fin¹ de la encarnación del Señor.

El anciano, respondiendo, dijo: —Me asombro de ti, hermano que, escuchando cada día el *Símbolo de la Fe*, me interrogas acerca de esto. Pero te digo que el fin de la encarnación del Señor era nuestra salvación.

El hermano dijo: —¿Cómo dices, padre?

Respondió el anciano: —Después que el hombre, creado en el principio por Dios y puesto en el Paraíso, hubo transgredido el mandamiento, fue sometido a la ruina y a la muerte. Luego, a pesar de ser guiado por la variada providencia de Dios de generación en generación, siguió progresando en el mal y, por las diversas pasiones de la carne fue llevado a desesperar de la vida. Por esto el Hijo unigénito de Dios, el Lógos de Dios Padre, anterior al tiempo, la fuente de vida y de la inmortalidad, se nos manifestó a los que yacíamos *en tinieblas y en la sombra de la muerte*² y, encarnándose del Espíritu Santo y de la Santa Virgen, nos mostró la conducta de la vida divina, dándonos los santos mandamientos, prometiendo el Reino de los Cielos a aquellos que viviesen de acuerdo con éstos, y el castigo eterno a los transgresores. Y, sufriendo la Pasión salvífica y resu-

1. *Skópos* puede ser traducido como fin u objetivo.

2. Is 9, 2; Mt 4, 16.

citando de entre los muertos nos concedió la esperanza de la resurrección y de la vida eterna, liberándonos, por medio de la obediencia, de la condena del pecado original, anulando con la muerte, el poder de la muerte³, para que, *así como todos mueren en Adán, de esa manera todos sean vivificados en él*⁴. Y subiendo a los cielos, sentándose a la derecha del Padre, envió al Espíritu Santo como prenda de Vida, para iluminación y santificación de nuestras almas y para el auxilio de los que, a causa de su propia salvación, luchan por observar sus mandamientos. Éste era, para decirlo resumidamente, el fin de la encarnación del Señor.

2. El hermano dijo: —Quiero escuchar, brevemente, cuáles son los mandamientos que debo observar para ser salvado por ellos.

El anciano respondió: —El Señor mismo dijo a los Apóstoles después de su Resurrección: *Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado*⁵. Es necesario que todo hombre bautizado en el nombre de la vivificante y divina Trinidad guarde todo cuanto nos ha mandado. Por esto el Señor unió la observancia de todos los preceptos a la fe recta, sabiendo que es imposible que una privada de la otra pueda salvar al hombre. También por eso David, poseyendo una fe recta, dijo al Señor: *Me dirigí a todos tus mandamientos y odié toda senda de injusticia*⁶.

3. Hb 2, 14.

4. 1 Co 15, 24.

5. Mt 28, 19-20.

6. Sal 118, 128.

Pues todos los mandamientos nos han sido dados por el Señor contra toda senda de iniquidad, y si uno solo es transgredido conduce a la senda opuesta, la del vicio.

3. Dijo el hermano: —¿Quién, padre, puede guardar todos los mandamientos, siendo tantos?

El anciano le respondió: —El que imita al Señor y sigue sus pasos.

Dijo el hermano: —¿Y quién puede imitar al Señor? El Señor era Dios, aunque también se hizo hombre, pero yo soy un hombre pecador y esclavizado por innumerables pasiones, ¿cómo puedo, pues, imitar al Señor?

El anciano respondió: —Ninguno de los que están esclavizados por la materia del mundo puede imitar al Señor, sino sólo aquellos que pueden decir: *He aquí que hemos dejado todo, y te hemos seguido*⁷. Ellos reciben la fuerza para imitar al Señor y guardar todos sus mandamientos.

Dijo el hermano: —¿Qué fuerza?

Respondió el anciano: —Escucha a quien dice: *He aquí que os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre toda potencia del enemigo, y nada os podrá dañar*⁸.

4. Pablo, recibiendo esa fuerza y poder decía: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo*⁹; y también: *No hay ahora condenación para los que están en Cristo Jesús, los cuales andan no según la carne sino según el Espíritu*¹⁰; y también: *Los que son de Cristo crucificaron la*

7. Mt 19, 27.

8. Lc 10, 19.

9. Flp 3, 17.

10. Rm 8, 1.

*carne junto con las pasiones y las concupiscencias*¹¹; y además: *Para mí el mundo está crucificado y yo al mundo*¹².

5. Acerca de esta facultad y de esta ayuda dijo David, profetizando: *El que reside al abrigo del Altísimo habitará bajo la protección del Dios del Cielo. Él dirá al Señor: «Eres mi protector y mi refugio, Dios mío, confiaré en Él»*¹³.

Y más adelante: *Caminarás sobre áspides y serpientes, pisarás al león y a la serpiente; porque ha ordenado a sus ángeles velar sobre ti, guardarte en todos tus caminos*¹⁴.

Pero escucha, qué cosas oyen de Él, quienes están adheridos a la carne y aman la materia del mundo: *El que ama a su padre y a su madre más que a mí, no es digno de mí*¹⁵; y poco después: *El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí*; y también: *Aquel que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*¹⁶. El que desea ser su discípulo, ser encontrado digno de Él y recibir de Él el poder contra los espíritus del mal debe apartarse de toda relación carnal y despojarse de toda pasión material; así luchará contra los enemigos invisibles por sus mandamientos; así como el mismo Señor se nos ofreció como ejemplo, cuando en el desierto fue tentado por el jefe de aquéllos [los espíritus de mal] y cuando venido al mundo [fue instigado] por los poseídos por él.

6. Y el hermano dijo: —Son muchos, padre, los mandamientos del Señor, ¿quién puede tenerlos presentes a

11. Ga 5, 24.

12. Ga 6, 14.

13. Sal 90, 1-2.

14. Sal 90, 11-13.

15. Mt 10, 37.

16. Lc 14, 33-34.

todos en el intelecto¹⁷, para luchar por ellos? ¡Cuánto más yo, pobre de intelecto! Me gustaría oír una breve exposición para poder retenerla y así, mediante ella, ser salvado.

El anciano respondió: —Aunque son muchos, hermano, están resumidos en un mandamiento: *Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, y con toda tu mente, y a tu prójimo como ti mismo*¹⁸. Quien luche por guardar esta palabra, cumple a la vez con todos los mandamientos. Quien no se ha desprendido de las pasiones de las cosas materiales, como se ha dicho, no puede amar verdaderamente ni a Dios ni al prójimo, porque es imposible estar apegado a la materia y amar a Dios al mismo tiempo. Y esto es lo que dice el Señor: *Nadie puede servir a dos señores...*¹⁹ y *...nadie puede servir a Dios y a Mammón*²⁰. Nuestro intelecto está adherido a las cosas del mundo, en la medida en que es esclavizado por ellas y, transgrediendo el mandamiento de Dios, lo desprecia.

7. El hermano dijo: —¿De qué cosas hablas padre?

El anciano respondió: —Del alimento, las posesiones, las riquezas, los parientes, las alabanzas y del resto.

Dime padre: —¿Acaso no creó Dios estas cosas y se las dio a los hombres para su uso?, ¿cómo, entonces, quiere que se abstenga de ellas?

17. Traducimos por «intelecto» el término griego *nous*. Éste conlleva una tal riqueza semántica que se hace difícil de traducir, no sólo al castellano sino a toda lengua moderna, sin reducir su significado. Sin embargo para mayor facilidad de lectura optamos por «intelecto» teniendo siempre en cuenta que el *nous* es, en realidad, el hombre entero en su orientación a Dios.

18. Mc 12, 30.

19. Mt 6, 24.

20. Lc 16, 13.

El anciano respondió: —Es claro que Dios creó estas cosas y las dio a los hombres para su uso. Y todas las cosas creadas por Dios son buenas, para que usando de ellas rectamente, agrademos a Dios. Pero nosotros, que somos débiles y terrenales [materiales] en la mente, preferimos las cosas materiales al mandamiento del amor; y, adheridos a aquéllas, combatimos a los hombres; mientras que deberíamos preferir²¹ el amor por todos los hombres a todas las cosas visibles, y aún a nuestro cuerpo. Esta preferencia es signo de nuestro amor a Dios, como el mismo Señor nos muestra en los Evangelios: *El que me ama guardará mis mandamientos*²² y cuál es el precepto que nos llevará a amarlo, escúchalo de sus propias palabras: *Éste es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros*²³.

¿Ves que el amor mutuo produce el amor a Dios, el cual es el cumplimiento de todos los mandamientos de Dios?²⁴ Por esto Él manda que el que desea ser su discípulo no se apegue a estas cosas, sino que renuncie a todo lo que posee²⁵.

8. El hermano dijo: —Has dicho, padre, que debemos preferir el amor a todo hombre, sobre el amor a las

21. La temática de la preferencia es muy recurrente en las *Centurias sobre la Caridad*. Amar a Dios es preferirlo al mundo, y lo mismo sucede con el amor a los hombres. Cf. tan sólo a modo de ejemplo: *Char* I, 1, 4. Por el contrario el pecado consiste en anteponer el amor al mundo y a la materia al amor a Dios. Cf. I, 5, 7, 8.

22. Jn 14, 15.

23. Jn 15, 12.

24. Rm 13, 10.

25. Aquí se ve con claridad el orden de los distintos planos. La liberación de la materia lleva al amor al prójimo; y éste, al amor a Dios. Por el contrario, la adhesión a las cosas materiales lleva a combatir al prójimo y, así, a faltar al amor a Dios.

cosas visibles, incluso al cuerpo. Pero, ¿cómo puedo amar al que me odia y rechaza? Y si me envidia, me lanza injurias, prepara engaños y me tiende insidia, ¿como podré amarlo? Me parece que esto es imposible por naturaleza, padre, porque el dolor del sufrimiento nos fuerza naturalmente a rechazar al que nos aflige.

El anciano respondió: —Es verdaderamente imposible a los reptiles y a las bestias feroces, que son conducidas por la naturaleza, oponerse, mientras pueden, a aquel que las hace sufrir; pero para aquellos que han sido creados a imagen de Dios, y que son conducidos por la razón y que han sido hechos dignos de conocer a Dios, y que han recibido de Él su ley, es posible no rechazar a los que los afligen, y amar a los que los odian. Por eso el Señor dice: *Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian...*²⁶, etc. Manda esto no como algo imposible sino como posible; si así no fuera, no castigaría al transgresor. Esto nos lo manifiesta el mismo Señor, mostrándolo con sus mismas obras, y también todos sus discípulos, quienes lucharon hasta la muerte por el amor al prójimo y oraron fervientemente por sus asesinos.

Pero como nosotros, que somos amantes de la materia y de los placeres, preferimos estas cosas al mandamiento, por eso no podemos amar a los que nos odian. Por el contrario, muchas veces, incluso nos oponemos a los que nos aman, y a causa de esto somos peores que las bestias salvajes y los reptiles. Y por eso, no pudiendo seguir las huellas de Dios, somos también incapaces de conocer su fin, cuyo conocimiento sería nuestra fuerza.

9. El hermano dijo: —He aquí, padre, que he dejado todo, parentela, bienes, placeres y la gloria del mundo y

26. Mt 5, 44; Lc 6, 27.

nada poseo en la vida, excepto mi cuerpo; y aún no puedo amar al hermano que me odia y me rechaza, aunque me esfuerzo por no devolverle el mal por mal. Dime qué necesito hacer para poder amarlo de corazón, aunque de algún modo me aflija e insidie.

El anciano respondió: —Es imposible que alguien ame al que lo aflige, aunque le parezca haber renunciado a las cosas del mundo, a menos que conozca verdaderamente el fin del Señor.

Pero si el Señor le ha concedido poder conocerlo, y si se empeña en andar según él [ese fin], podrá amar de corazón al que lo odia y aflige; como los apóstoles, que lo conocían, lo amaron.

10. Dijo el hermano: —Deseo, padre, conocer cuál era el fin del Señor.

Respondió el anciano: —Si quieres conocer el fin del Señor, escucha con inteligencia: Nuestro Señor Jesucristo, siendo Dios por naturaleza, se dignó hacerse hombre por amor al hombre²⁷, nacido de una mujer y bajo la ley, según dice el divino apóstol²⁸ para que el hombre, guardando el mandamiento, anulase la antigua maldición de Adán. Sabiendo el Señor que toda la ley y los profetas penden de los dos preceptos de la ley: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y al prójimo como a ti mismo*²⁹, se esforzó desde el principio hasta el fin en observarlos humanamente. Y aquel que en el principio engañó al hombre y por eso tuvo el imperio de la muerte, el diablo, viendo a aquel de quien el Padre da testimonio en el bautismo, y recibiendo del cielo, en tanto hombre

27. *philanthropía*.

28. Ga 4, 4.

29. Mt 22, 37-40.

el Espíritu Santo connatural a Él; y yendo al desierto para ser tentado por él, concentró contra Él todo su combate, por si pudiese hacer que antepusiera la materia del mundo al amor a Dios. Sabiendo el diablo que existen tres cosas por las cuales toda la humanidad es turbada, a saber: el alimento, las riquezas y el honor, y por medio de las cuales condujo siempre a los hombres a los abismos de la perdición; en estas tres cosas lo tentó en el desierto. Pero nuestro Señor, manifestando ser mas fuerte que ellas, ordenó al demonio retirarse.

11. Este es el signo del amor de Dios. Y el diablo no habiéndolo podido persuadir de transgredir el mandamiento de ese amor a Dios, mediante lo que le prometió, se esforzó, obrando por medio de los impíos judíos, para que, regresado del desierto, transgrediera el mandamiento del amor al prójimo.

Por esa razón, mientras enseñaba las sendas de la vida y mostraba con su ejemplo un modo celestial de vivir, y anunciaba la resurrección de los muertos y la vida eterna y el reino de los cielos prometido a los creyentes, y amenazaba a los incrédulos con el castigo eterno, y, mostrando magníficos signos divinos para confirmar lo dicho, llamaba a las multitudes a la fe, el demonio movió en su contra a los impíos fariseos y escribas, que urdían variadas maquinaciones contra él, a fin de que, no pudiendo soportar las pruebas, como él pensaba, se volviese con odio contra quienes lo insidiaban. De este modo el malvado alcanzaría su fin, habiéndolo inducido a transgredir el mandamiento del amor al prójimo.

12. Pero el Señor conociendo los pensamientos del diablo, porque era Dios, no odió a los fariseos instigados por aquél —¿como podría, siendo por naturaleza bueno?—, sino que, mediante el amor hacia ellos, se vengaba de

quien los instigaba. Y a aquellos que siendo instigados contra él, a aquellos que aunque capaces de resistir, habían soportado por vileza voluntariamente a quien los instigaba, Él los amonestaba, condenaba y reprendía, no cesando de obrar el bien. Blasfemado, perseveraba con magnanimidad; sufriendo, soportaba, mostrando todas las obras del amor hacia ellos, mientras que con el amor hacia los instigados se vengaba del instigador. ¡Oh, combate paradójico!, muestra amor en vez de odio y arroja con la bondad al padre de la maldad. Por eso, habiendo sufrido tales males a causa de aquéllos, o para hablar más verdaderamente: por medio de aquéllos, luchó humanamente hasta la muerte por el mandamiento del amor, y reportada una perfecta victoria sobre el diablo, se ciñó por nosotros la corona de la resurrección. Y así el nuevo Adán renovó al antiguo. Es esto lo que dice el divino Apóstol: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús*³⁰, etc.

13. Este era el fin del Señor: hecho hombre por nosotros, obedeció al Padre hasta la muerte, guardando el mandato del amor. Y se vengó del diablo, sufriendo por él por medio de los escribas y fariseos instigados por él. Y así, dejándose vencer voluntariamente, venció a aquel que esperaba vencer y arrancó el mundo de su dominio. De este modo, *Cristo fue crucificado por su debilidad*³¹, y por medio de esta debilidad mató a la muerte y *aniquiló al que tenía el imperio de la muerte*³². De la misma manera, Pablo era débil y se gloriaba en sus debilidades para que reposase en él la fuerza de Cristo³³.

30. Flp 2, 5.

31. 2 Co 13, 4.

32. Hb 2, 14.

33. 2 Co 12, 9.

14. Conociendo el modo de esta victoria, decía escribiendo a los efesios: *No es vuestra lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potencias*³⁴, etc. A todos los que mantienen la guerra contra los enemigos invisibles, los exhortaba a revestirse con la coraza de la justicia, el casco de la esperanza, el escudo de la fe y la espada del espíritu³⁵, para que puedan extinguir todos los dardos encendidos del malvado. Y mostrando con el ejemplo la manera de luchar, decía: *Yo corro así, no inciertamente; es así que yo pego, pero sin pegar en el aire, sino que mortifico mi cuerpo y lo esclavizo, para que, habiendo proclamado a los otros, no sea yo mismo reprobado*³⁶. Y aún: *Hasta esta hora sufrimos el hambre, la sed, la desnudez, y nosotros mismos somos maltratados*³⁷. Y también dijo: *...en trabajo y fatiga, vigiliias frecuentes, frío y desnudez, y sin hablar del resto*³⁸.

15. Luchó en este combate contra los demonios que excitan los placeres carnales, usando la debilidad de su propia carne para ponerlos en fuga. Pero, para otros demonios que combaten por fomentar el odio, y a este efecto excitan a los negligentes contra los piadosos, para que tentados por aquéllos, los odien y así transgredan el mandamiento del amor, nuevamente, mostrándonos el modo de vencer con las obras, dice: *Injuriados, bendecimos; perseguidos, soportamos; calumniados, consolamos. Hemos llegado a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el deshecho de todos*³⁹.

34. Ef 6, 12.

35. Ef 6, 11.

36. 1 Co 9, 26-27.

37. 1 Co 4, 11.

38. 2 Co 11, 27.

39. 1 Co 4, 12-13.

Eran los demonios quienes sugerían que lo injuriasen, blasfemasen y persiguiesen, para moverlo a odiar a los que lo injuriaban, blasfemaban o perseguían, teniendo por fin el que transgrediese el mandamiento del amor. Pero el apóstol, no desconociendo sus pensamientos, bendecía a los que lo injuriaban, soportaba a los que lo perseguían, y a los que blasfemaban los exhortaba a apartarse de los demonios que los instigaban y a reconciliarse con el buen Dios. Y por este tipo de victoria, vencía a los instigadores, venciendo el mal siempre con el bien ⁴⁰, a imitación del Salvador. Así él y los demás apóstoles reconciliaron todo el mundo con Dios, liberándolo de los demonios, venciendo a través de la derrota a los que esperaban vencer.

Si tú también, hermano, alcanzas este fin, podrás amar a los que te odian; de modo contrario es imposible.

16. El hermano dijo: —En verdad, padre, es así y no de otro modo. Y por esto el Señor, blasfemado, abofeteado y sufriendo todas las otras cosas que sufrió de parte de los judíos, soportaba, teniendo piedad de aquellos como ignorantes y extraviados. Por eso también dijo sobre la cruz: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen* ⁴¹. Y triunfando sobre la cruz, sobre la perfidia y el engaño del diablo y sus secuaces, luchando hasta la muerte a causa de ellos, como dijiste, por el mandamiento del amor, nos concedió la victoria contra ellos, y destruyendo el imperio de la muerte, dio a todo el mundo su resurrección para la vida.

Ora por mí, padre, para que tenga fuerza para comprender perfectamente el fin del Señor, y de sus apósto-

40. Rm 12, 21.

41. Lc 23, 34.

les y pueda ser sobrio en los tiempos de la tentación, y no ignorar los designios del diablo y sus demonios.

17. El anciano respondiendo, dijo: —Si meditas siempre lo que hemos dicho, podrás no ignorarlos. Y si además comprendes que como tú eres tentado, también lo es tu hermano; y si perdonas al que es tentado y te opones al que quiere tentarte, moviéndote a odiar al que es tentado, no obedeciendo sus maquinaciones. Esto es lo que dice Santiago, el hermano del Señor, en las cartas católicas: *Someteos a Dios, oponeos al diablo y él huirá de vosotros*⁴². Y si meditas, como he dicho, continua y vigilantemente lo expresado, podrás conocer el fin del Señor y sus apóstoles, amar a los hombres y compadecerte de los que caen, y luchar incesantemente contra los malvados demonios, mediante el amor.

Pero si, por el contrario, somos negligentes, perezosos, despreocupados y oscurecemos la razón por los placeres carnales, combatiremos, no en contra de los demonios, sino contra nosotros mismos y contra los hermanos; por estas cosas cuidamos, más bien, de los demonios, combatiendo por ellos contra los hombres.

18. El hermano dijo: —Así es, padre, y en verdad los demonios siempre toman de mi negligencia ocasiones contra mí, pero te ruego padre, que me digas cómo debo adquirir la sobriedad

El anciano respondió: —El perfecto abandono de las cosas terrenas y la continua meditación de las divinas Escrituras llevan el alma al temor de Dios, y el temor de Dios lleva a la sobriedad. Y entonces el alma empieza a ver a los demonios que la combaten mediante pensa-

42. St 4, 7.

mientos y los rechaza. De ellos decía David: *Y mi ojo vio a mis enemigos*⁴³. También Pedro, el príncipe de los apóstoles, incitando a sus discípulos a esta lucha, decía: *Estad sobrios y vigilad porque nuestro adversario, el diablo, anda como león rugiente buscando a quien devorar; resistidle firmes en la fe*⁴⁴. Y también el Señor: *Velad y orad, para no caer en tentación*⁴⁵. El Eclesiastés dice: *Si un espíritu del que tiene poder viene sobre ti, no abandones tu lugar*⁴⁶. El lugar del intelecto es la virtud, la ciencia y el temor de Dios. El admirable Apóstol, con gran sobriedad y luchando valerosamente, decía: *Andando en la carne, no militamos según la carne; las armas de nuestra militancia no son carnales sino poderosas, por la fuerza de Dios, para destruir las fortalezas; abatiendo los pensamientos malvados y toda exaltación que se levanta en contra del conocimiento de Dios, sujetando todo pensamiento a la obediencia de Cristo y estando dispuestos a vengar toda desobediencia*⁴⁷.

Si tú imitas a los santos y te consagras esforzadamente a Dios, tendrás la sobriedad.

19. El hermano preguntó: —Qué he de hacer, padre, para estar consagrado incesantemente a Dios?

El anciano respondió: —Es imposible al intelecto consagrarse perfectamente a Dios, si no adquiere estas tres virtudes: el amor, la continencia y la oración.

El amor amansa la ira, la continencia a la concupiscencia, y la oración aparta del intelecto todos los pensa-

43. Sal 53, 9.

44. 1 P 5, 8.

45. Mt 26, 41.

46. Si 10, 4.

47. 2 Co 10, 3-6.

mientos y lo ofrece, desnudo, al Señor. Estas tres virtudes comprenden todas las otras; y sin ellas, el intelecto no puede consagrarse a Dios.

20. El hermano dijo: —Te suplico, padre, que me enseñes cómo el amor amansa la ira.

El anciano respondió: —Porque es propio del tener misericordia, hacer el bien al prójimo, ser magnánimo hacia él, soportar sus ofensas, como hemos dicho muchas veces. El amor, teniendo estas cosas, amansa la ira de quien lo ha adquirido.

El hermano dijo: —No son pequeñas sus obras, y feliz el que pueda conseguirlo. Yo en verdad, estoy lejos de él [el amor]. Y ahora, te ruego padre, que me digas qué es ser longánime.

21. El anciano respondió: —Perseverar en la adversidad y soportar los males, sostenerse hasta el fin en la tentación y no ceder en la sorpresa a la ira, ni decir palabra insensata, ni sospechar ni pensar cosa que no convenga a un hombre piadoso, según lo que dice la Escritura: *Hasta su momento aguanta el que es longánime, y al final se le da la alegría. Hasta su momento oculta sus palabras, y entonces los labios de muchos proclamarán su inteligencia*⁴⁸.

22. Estos son los signos de la longanimidad, y no sólo estos sino también el considerarse a sí mismo como causa de la tentación, es propio de la longanimidad. Y esto es así porque muchas veces las cosas que nos suceden, nos suceden para nuestra corrección, sea

48. Si 1, 23-24.

para quitar pecados pasados, sea para corregirnos de la negligencia presente, sea para cortar pecados futuros. Quien se da cuenta que por una de estas cosas le viene la tentación, no se irrita, golpeado, porque tiene conciencia de ser él mismo un pecador; no acusa a aquel por medio de quién le viene la tentación. Sea por medio de él o por medio de otro, de todos modos habría debido siempre beber el cáliz del juicio divino; sino que mira a Dios y agradece al que lo ha perdonado, acusándose a sí mismo y aceptando de grado la corrección, como lo hizo David con Semei, y Job con su mujer. El insensato pide muchas veces a Dios que tenga piedad de él, y no acepta la misericordia que le viene, porque no viene como él quería sino como el médico de las almas estimó que era conveniente. Y por esto se desanima y se turba, y entonces combate airadamente contra los hombres, entonces blasfema contra Dios. Haciendo esto manifiesta su insensatez, y nada recibe excepto la vara.

23. El hermano dijo: —Has dicho bien, padre, ahora te suplico que también me digas cómo la continencia extingue la concupiscencia.

El anciano le respondió: —Porque hace abstenerse de todas aquellas cosas que no satisfacen una necesidad, sino que sólo producen placer; y no hace participar de ninguna otra cosa salvo de las necesarias para vivir; y hace buscar, no las cosas dulces, sino las necesarias; mide la comida y la bebida de acuerdo a la necesidad, y no permite al cuerpo una molición superflua; y mantiene sólo la vida del cuerpo, protegiéndolo de la turbación del impulso carnal. Así la continencia extingue la concupiscencia. El placer y la saciedad de los alimentos y bebidas recalientan el vientre y encienden el impulso hacia el deseo vergonzoso, y empujan al animal, todo entero, hacia la

unión ilegítima ⁴⁹. Entonces los ojos se vuelven impúdicos, y la mano sin freno, la lengua dice cosas que acarician el oído, y la oreja acoge palabras vanas, el espíritu desprecia a Dios, y el alma comete mentalmente el adulterio e incita al cuerpo a la acción ilícita.

24. El hermano dijo. —En verdad padre, es así, ahora te suplico que me enseñes acerca de la oración, cómo aparta al intelecto de todos los pensamientos.

El anciano respondió: —Los pensamientos son pensamientos acerca de cosas; unas son sensibles y otras inteligibles. Cuando, pues, el intelecto se entretiene con ellas, se llena de pensamientos, pero la gracia de la oración une al intelecto con Dios y, unido con Dios, se aparta de todo pensamiento. Entonces el intelecto desnudo, conversando con Dios, se vuelve *deiforme* ⁵⁰. Y hecho tal, pide a Dios lo que es conveniente, y su súplica no deja jamás de ser escuchada. Por eso el apóstol manda orar intensamente ⁵¹, para que uniendo la mente continuamente a Dios, podamos librarnos, poco a poco, de la afección a las cosas materiales.

25. El hermano dijo: —¿Y cómo puede orar incesantemente ⁵² el intelecto, pues cuando nos consagramos a la salmodia o a la lectura, cuando nos encontramos o cuando servimos, nos dispersamos en muchos pensamientos e imágenes?

49. Esta explicación fisiológica se encuentra bastante extendida en la literatura monástica antigua.

50. Cf. *Char* III, 33.

51. 1 Ts 5, 17.

52. Este es quizá el deseo más ardiente de la vida monástica desde sus inicios: supeditar todo a esta meta, orar incesantemente. De distintas formas se buscó vivir prácticamente este mandato del apóstol.

El anciano respondió: —La divina Escritura no manda nada imposible. El mismo apóstol salmodiaba, leía, servía y oraba incesantemente. Incesante es la oración que conserva al intelecto unido a Dios con gran respeto y deseo de estar siempre adherido a Él y de depender siempre de Él por medio de la esperanza; y tener confianza en Él en todas las cosas, en todas las obras y en todo lo que nos sucede. En tal situación el apóstol decía: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la traición?, ¿la angustia?*, y lo que sigue⁵³. Y un poco después: *Estoy convencido que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles*⁵⁴; y también: *Atribulados en todo, pero no aplastados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos, por todas partes el morir de Cristo, a fin de que también la vida de Cristo se manifieste en nuestra carne mortal*⁵⁵.

26. En tal condición el apóstol oraba incesantemente: en todas las obras, como ha dicho, y en todo lo que sucede dependía de la esperanza de Dios. Por eso los santos se alegraban siempre en las aflicciones, para poseer el hábito de la caridad divina. Y por eso decía el apóstol: *Gustosamente me gloriaré en mis debilidades, para que repose en mí el poder de Cristo*⁵⁶. Y poco después: *Cuando soy débil, entonces soy poderoso*⁵⁷.

Pero ¡Ay! de nosotros míseros que abandonamos el camino de los santos padres, y por eso estamos privados de toda obra espiritual.

53. Rm 8, 35.

54. Rm 8, 38.

55. 2 Co 4, 10-11.

56. 2 Co 12, 9.

57. 2 Co 12, 10.

27. El hermano dijo entonces: —¿Por qué, padre, no tengo compunción?

El anciano respondió: —Porque no hay temor de Dios ante nuestros ojos, porque nos hemos hecho el refugio de todo mal, y por eso despreciamos, como si se tratase de un simple pensamiento, el terrible castigo de Dios. ¿Quién, de hecho, no se conmueve⁵⁸ escuchando a Moisés, el cual, en nombre del Señor, dice a los pecadores: *Se ha encendido fuego de mi ira que quemará hasta lo más profundo del infierno, devorará la tierra y sus productos y abrazará los cimientos de los montes. Reuniré sobre ellos males y completaré mis flechas sobre ellos*⁵⁹. Y también: *Afilaré como rayo mi espada y mi mano empuñará el juicio; tomaré venganza de mis adversarios y retribuiré a quienes me aborrecen*⁶⁰. E Isaías que grita: *¿Quién os anunciará que el fuego quema? ¿Quién os indicará el lugar eterno?*⁶¹. *Caminad a la luz de vuestro fuego y en la llama que encendisteis*⁶². Y también: *Saldrán y verán los cadáveres de aquellos que se rebelaron contra mí, su gusano no morirá, su fuego no se apagará y estarán a la vista de toda carne*⁶³. Y estas palabras de Jeremías: *Dad gloria al Señor vuestro Dios antes que oscurezca y avancen vuestros pies sobre montes sombríos*⁶⁴. Y nuevamente: *Oíd esto pueblo necio y sin corazón: tienen ojos y no ven, orejas y no oyen. ¿No me temeréis? —dice el Señor—, ¿delante de mí, no temblaréis, que puse la arena como límite al mar, un mandato*

58. Cf. *Char* III, 54.

59. Dt 32, 22-23.

60. Dt 32, 41.

61. Is 33, 14.

62. Is 50, 11.

63. Is 66, 24.

64. Jr 13, 16.

*eterno que no traspasará?*⁶⁵. Y de nuevo: *Tu apostasía te corregirá y tu malicia te escarmentará; reconoce y ve lo malo y amargo que te es dejarme, dice el Señor. Yo planté una viña fructífera, toda verdadera. ¿Cómo se ha vuelto amarga y bastarda la viña?*⁶⁶. Y sucesivamente: *No me senté en la reunión de los que juegan sino que aparté mi rostro de tu mano. Solitario me senté, porque estaba lleno de amargura*⁶⁷. Y *¿quien no temblará al escuchar a Ezequiel que dice: Derramaré sobre ti mi furor y completaré mi cólera sobre ti. Voy a juzgarte en tus caminos y retribuiré todas tus abominaciones. No perdonará mi ojo, ni tendré piedad, y entonces conocerás que yo soy el Señor*⁶⁸.

*¿Quién no se llenará de compunción escuchando a Daniel describir tan claramente el día del terrible juicio, cuando dice: Yo Daniel contemplaba hasta que se colocaron unos tronos. Y el anciano de días se sentó. Su vestidura era blanca como la nieve; los cabellos de su cabeza, puros como la lana. Su trono, llama de fuego; sus ruedas eran fuego ardiente. Un río de fuego corría, saliendo delante de él. Miles de miles le servían, y miríadas de miríadas asistían ante él. El tribunal se sentó y los libros fueron abiertos*⁶⁹, es decir las acciones de cada uno. Y nuevamente: *Contemplaba en la visión de la noche. Y he aquí que con las nubes del cielo venía como un hijo del hombre. Se dirigió hacia el anciano de días y fue llevado a su presencia, y se le dio el imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán. Y su im-*

65. Jr 5, 21-22.

66. Jr 2, 19-21.

67. Jr 15, 17.

68. Ez 7, 4.9.

69. Dn 7, 9-10.

*perio es un imperio eterno, y su reino es un reino eterno. Y yo Daniel, mi espíritu se estremeció por estas cosas y las visiones de mi cabeza me turbaron*⁷⁰.

28. ¿Quién no temerá a David que dice: *Dios ha hablado una vez, dos veces le he oído, que de Dios es la fuerza; tuyo, Señor, el amor y Tú pagas al hombre de acuerdo a sus obras*⁷¹? Y también estas palabras del Eclesiastés: *Escucha la conclusión, teme a Dios y observa sus mandamientos, que eso es ser hombre cabal, porque toda obra la emplazará Dios a su juicio, también todo lo oculto, a ver si es bueno o malo*⁷².

29. ¿Quién no temblará escuchando cosas semejantes del apóstol?: *Es necesario que todos nos presentemos ante el tribunal de Cristo, para que cada cual reciba conforme a lo que hizo por medio de su cuerpo, el bien o el mal*⁷³.

¿Quién no llorará por nuestra falta de fe y la ceguera de nuestra alma? Porque habiendo escuchado estas cosas, no nos convertimos y no lloramos amargamente nuestra negligencia y nuestra pereza. Jeremías, habiendo visto esto por adelantado, decía: *Maldito el que hace la obra de Dios con negligencia*⁷⁴, porque si tuviéramos un poco de preocupación por la salvación de nuestras almas, temblaríamos ante las palabras del Señor y nos esforzaríamos en cumplir sus mandamientos, mediante los cuales somos salvados. Y sin embargo, habiendo escuchado al Señor decirnos: *Entrad por la puerta estrecha*

70. Dn 7, 12-15.

71. Sal 61, 12.

72. Qo 11, 13.

73. 2 Co 5, 10; cf. Rm 14, 10.

74. Jr 48, 10.

*que conduce a la vida*⁷⁵, hemos preferido la ancha y espaciosa que conduce a la perdición. Por eso escucharemos cuando venga del cielo a juzgar a vivos y muertos: *Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles*⁷⁶.

30. Y oiremos estas cosas, no por haber hecho el mal, sino por haber descuidado el bien y por no haber amado a nuestro prójimo. Pero si hemos obrado el mal, ¿cómo podemos soportar ese día quienes somos negligentes? Además los mandamientos: *No cometerás adulterio, no matarás, no robarás*⁷⁷, etc. fueron dirigidos a los antiguos por medio de Moisés. Pero, el Señor, sabiendo que la sola observancia de los mandamientos no basta para la perfección del cristiano, dice: *En verdad os digo, si vuestra justicia no es superior a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos*⁷⁸. Por eso prescribe en toda ocasión la santidad del alma, por medio de la cual el cuerpo es también santificado, y el amor sincero hacia todos los hombres. Por estos medios podemos conseguir también el amor a Él. Y Él se ofreció a sí mismo como ejemplo para nosotros, amando hasta la muerte, como también lo han hecho sus discípulos, como se ha dicho ya muchas veces.

31. ¿Qué excusa tendremos aquel día, habiendo tenido tal ejemplo y habiendo permanecido negligentes así? Jeremías lloró por nosotros que, habiendo sido hechos dignos de tal gracia, tuvimos tan poco cuidado o, más aún, nos cubrimos de todo mal, diciendo: *¿Quién dará a*

75. Mt 7, 13.

76. Mt 25, 41.

77. Ex 20, 13.

78. Mt 5, 20.

*mi cabeza agua y a mis ojos la fuente de las lágrimas y lloraré por este pueblo día y noche?*⁷⁹. Acerca de nosotros escucho decir a Moisés: *Comió Jacob, se sació, y se apartó el amado, engordó, se puso grueso, se ensanchó, rechazó a Dios, que lo creó, y se alejó de Dios, su salvador*⁸⁰. Y a Miqueas, que lamentándose, dice: *¡Ay alma mía! El piadoso ha desaparecido del país, ni un recto hay entre los hombres, cada uno oprime a su hermano, sus manos están listas para el mal*⁸¹. Y el salmista dice, semejantemente, respecto de nosotros: *¡Sálvame, Señor!, no hay mas santos; la verdad ha desaparecido entre los hijos de los hombres*⁸², etc.

32. El Apóstol lamentándose proféticamente por nosotros, dijo: *No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo. Sepulcro abierto es su garganta, con sus lenguas urden engaños, veneno de áspides bajo sus labios: su boca está llena de maldición y amargura. Ruina y miseria en sus caminos. El camino de la paz no lo conocieron; no hay temor de Dios ante sus ojos*⁸³.

Por eso nuevamente, viendo por anticipado las cosas futuras, escribe a Timoteo acerca de nuestra mala conducta actual: *Sabe esto: en los últimos días vendrán momentos difíciles, los hombres serán egoístas, amigos del dinero, fanfarrones, orgullosos, difamadores, rebeldes a sus padres, ingratos, irreligiosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, enemigos del bien, traidores, irreflexivos*⁸⁴, etc.

79. Jr 8, 23.

80. Dt 32, 15.

81. Mi 7, 1-13.

82. Sal 11, 2.

83. Rm 3, 11-13; 16-18.

84. 2 Tm 3, 1-4.

Por eso, ¡ay de nosotros, porque hemos llegado a los límites del mal! ¿Quién de entre nosotros, dime, no tiene algunos de estos vicios enumerados?, ¿no encuentran su cumplimiento en nosotros estas profecías?, ¿no somos todos dominados por la gula?, ¿no amamos todos el placer?, ¿no estamos apegados a las cosas materiales?, ¿no somos irascibles?, ¿no somos todos rencorosos?, ¿no guardamos el recuerdo de las ofensas?, ¿no somos todos nosotros traidores de todas las virtudes?, ¿y todos maledicentes?, ¿y todos burlones, coléricos e irreflexivos?, ¿no odiamos a nuestros hermanos?, ¿no estamos todos inflados de suficiencia, altivos, orgullosos y vanidosos?, ¿no somos hipócritas y embusteros?, ¿no somos todos celosos, desobedientes, llenos de acedia, negligentes, inconstantes?, ¿no somos todos negligentes respecto a los mandamientos del Salvador?, ¿no estamos todos llenos de toda malicia? Acaso, ¿no nos hemos hecho templos de ídolos en lugar de templos de Dios? ¿No nos hemos hecho morada de los malos espíritus en lugar de morada del Espíritu Santo? ¿No invocamos ficticiamente a Dios como Padre? ¿Acaso no hemos llegado a ser hijos de la gehenna, en lugar de hijos de Dios? Acaso los que ahora llevamos el gran nombre de Cristo, ¿no nos hemos hecho peores que los judíos?, y que nadie se moleste al escuchar la verdad. Los judíos decían mientras transgredían la ley: *Nosotros tenemos un padre, Dios*, pero oyeron del Salvador la respuesta: *Vosotros tenéis al diablo por padre y queréis realizar los deseos de vuestro padre*⁸⁵.

33. ¿Cómo no oiremos nosotros, siendo también transgresores de sus mandatos, las mismas cosas de parte

85. Jn 8, 41-44.

de Él? El apóstol dice de aquellos que son conducidos por el Espíritu, que son Hijos de Dios: *Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios, dice, son hijos de Dios*⁸⁶. ¿Cómo, pues, nosotros, que somos conducidos por la muerte, podremos ser llamados hijos de Dios? *La sabiduría de la carne es la muerte*⁸⁷. En cambio, aquellos que son conducidos por el Espíritu se reconocen por los frutos del Espíritu: Conocemos los frutos del Espíritu. *El fruto del Espíritu, dice, es la caridad, la alegría, la paz, la magnanimidad, la bondad, la benignidad, la fe, la mansedumbre, la temperancia*⁸⁸. ¿Tenemos, acaso, esas cosas en nosotros? ¡Ojalá no tengamos todo lo opuesto! ¿Cómo podemos ser llamados hijos de Dios y no, más bien, lo contrario? Porque el que ha nacido de un ser, se asemeja a aquel que lo ha engendrado. El Señor lo manifiesta con estas palabras: *El engendrado del Espíritu, es Espíritu*⁸⁹. Pero hemos llegado a ser carne, ardiendo en deseos opuestos al Espíritu, y por eso justamente oímos de parte de Él: *Mi Espíritu no reposará en estos hombres porque son carne*⁹⁰. ¿Cómo podemos ser llamados cristianos, nosotros que no tenemos absolutamente nada de Cristo en nosotros?

34. Posiblemente alguno dirá: «Tengo la fe y me basta la fe en Él para ser salvado», pero Santiago lo contradice diciendo: *Los demonios también creen y tiemblan*⁹¹, y *La fe sin las obras está muerta, como también*

86. Rm 8, 14.

87. Rm 8, 6.

88. Ga 5, 22.

89. Jn 3, 6.

90. Gn 6, 3.

91. St 2, 19.

*las obras sin la fe*⁹². ¿Cómo creemos en Él o le creemos respecto a cosas futuras, sin creerle en aquello que concierne a las cosas temporales y presentes? Por eso estamos sumergidos en las cosas materiales, vivimos para la carne y luchamos contra el Espíritu.

Pero aquellos que han creído verdaderamente en Cristo y lo han hecho inhabitar plenamente en sí mismos por medio de los mandamientos, así dijeron: *Y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Y si ahora vivo en la carne, también vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí*⁹³. Por eso, en cuanto perfectos imitadores suyos y auténticos custodios de sus mandamientos, sufren a causa suya y para la salvación de todos. *Siendo insultados, bendecimos; perseguidos, soportamos; calumniados, consolamos*⁹⁴. Ellos, en efecto, habían oído decir: *Amad a vuestros enemigos, haced el bien a quienes os odian, bendecid a quienes os maldicen, y orad por quienes os maltratan*⁹⁵, etc. Y, por sus palabras y acciones, se manifestaba Cristo, que obraba en ellos.

Nosotros, por el contrario, hacemos todo lo opuesto a sus mandamientos, por eso estamos colmados de toda impureza. Por eso hemos llegado a ser *casa de comercio*, en vez de *templo de Dios*⁹⁶; y en lugar de *casa de oración, cueva de ladrones*⁹⁷; en vez de *pueblo santo, pueblo pecador*⁹⁸; en vez de *pueblo de Dios, pueblo lleno de pecados*; en vez de *semilla santa, semilla de maldad*; y en lugar de *hijos de Dios, hijos impíos*, porque abandonados

92. St 2, 17.26.

93. Ga 2, 20.

94. 1 Co 4, 12.

95. Lc 6, 27.

96. Cf. 1 Co 3, 16; Jn 2, 10.

97. Mt 21, 13.

98. 1 P 2, 9.

los mandatos del Señor, nos esclavizamos a los espíritus malignos por medio de las pasiones impuras y encolerizamos al Santo de Israel ⁹⁹.

35. Por eso, el gran Isaías, lamentándose por nosotros y queriéndonos, al mismo tiempo, socorrer en nuestra caída, grita: *¿Por qué sois golpeados, agregando iniquidad? Toda la cabeza está en dolor, toda entraña doliente; de los pies a la cabeza no hay en él cosa sana: golpes, magulladuras, heridas frescas, ni vendadas ni cuidadas con aceite* ¹⁰⁰. *¿Y qué es lo que sigue?: Será abandonada la hija de Sión, como tienda en la viña, como choza en pepinar, como ciudad sitiada* ¹⁰¹. También el apóstol, mostrando esta desolación de nuestra alma, decía: *Y como no probaron tener el pleno conocimiento de Dios, los entregó Dios a su intelecto insensato, para que hicieran lo que no conviene: llenos de toda injusticia, maldad, malicia y codicia; colmados de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malignidad; chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para el mal, rebeldes a sus padres, insensatos, desleales, desamorados, implacables, despiadados, los cuales, aun conociendo la sentencia de Dios que declara dignos de muerte a los que tales cosas practican, no sólo las practican sino que aprueban a los que las cometen* ¹⁰². *Por eso Dios los entregó a las pasiones vergonzosas de sus corazones, a la impureza de deshonrar sus cuerpos entre sí* ¹⁰³. Y para terminar: *Desde el cielo se ma-*

99. Cf. Is 1, 4.

100. Is 1, 5-6.

101. Is 1, 8.

102. Rm 1, 28-32.

103. Rm 1, 24.

nifiesta la cólera de Dios contra toda impiedad e injusticia de los hombres ¹⁰⁴, etc.

36. También el Señor, indicando esta desolación del alma, decía: *Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y lapidas a aquellos que te son enviados, ¿cuántas veces quise reunir a tus hijos como una gallina reúne sus polluelos bajo sus alas, y tú no quisiste? He aquí que vuestra casa queda desierta* ¹⁰⁵. Y también Isaías, viéndonos a nosotros que nos decimos monjes, que cumplimos solamente con los oficios corporales, depreciando los espirituales, y que por eso estamos orgullosos, decía: *Escuchad la palabra de Dios, príncipes de Sodoma, atended a la ley de Dios, pueblo de Górra, ¿qué me importa la multitud de los sacrificios que realizais? Harto estoy de los holocaustos de carneros. La grasa de carnero, sangre de novillos y machos cabríos no las quiero. No vengais a pisar mis atrios. Si traen flor de trigo, es en vano; el incienso es náusea para mí; vuestros novilunios, sábados y el gran día no los soporto. El ayuno, el reposo y vuestras fiestas las aborrece mi alma. Han llegado a ser para mí un hartazgo que ya no soporto. Cuando extendéis las manos hacia mí, aparto mis ojos de vosotros. Aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé. Y, ¿por qué esto? Vuestras manos —dice— están llenas de sangre* ¹⁰⁶, puesto que *quien odia a su hermano es un homicida* ¹⁰⁷. Por eso, toda la ascesis que no tenga caridad es extraña a Dios.

104. Rm 1, 18.

105. Mt 23, 37.

106. Is 1, 10-15.

107. 1 Jn 3, 15.

37. Por eso, rechazando nuestra hipocresía, decía más adelante: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí y en vano me dan culto* ¹⁰⁸, etc. Y las cosas que nuestro Señor dijo, maldiciendo a los fariseos, las entiendo como dirigidas a nosotros, los hipócritas de ahora; nosotros, que habiendo sido hechos dignos de tal gracia, estamos peor que ellos. ¿Acaso no atamos fardos pesados e insoportables y los cargamos sobre las espaldas de los hombres, mientras que no queremos moverlos si quiera con un dedo? ¹⁰⁹. ¿Acaso no realizamos todas nuestras acciones para ser vistos por los hombres? ¹¹⁰. ¿Acaso no nos gustan los primeros asientos en las fiestas y los primeros lugares en las reuniones (sinagogas) y ser llamados por los hombres: Rabí, Rabí? ¹¹¹. Y si se niegan a acceder a nuestras exigencias emprendemos contra ellos una lucha a muerte. Y, ¿acaso no llevamos la llave de la ciencia y cerramos el reino de los cielos ante los hombres, sin entrar nosotros ni hacer entrar a los demás? ¹¹². ¿O acaso no andamos cielo y tierra para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, lo hacemos digno de la *gehenna* dos veces más que nosotros mismos? ¹¹³. ¿Acaso no somos guías ciegos que filtramos el mosquito pero nos tragamos el camello? ¹¹⁴. ¿Acaso no purificamos el exterior de la copa y el plato, pero nuestro interior está lleno de rapiña y de avaricia, es más, de intemperancia? ¹¹⁵. ¿Acaso no pagamos el diezmo de la

108. Mt 15, 8; cf. Is 29, 13.

109. Cf. Mt 23, 4.

110. Cf. Mt 23, 5.

111. Cf. Mt 23, 6.

112. Cf. Lc 11, 52; Mt 23, 13.

113. Cf. Mt 23, 15.

114. Cf. Mt 23, 24.

115. Cf. Mt 23, 25.

menta, de la ruda y de toda hortaliza, y transgredimos la justicia y el amor de Dios? ¹¹⁶. ¿No somos acaso como los sepulcros oscuros, por fuera aparecemos a los hombres como justos, pero por dentro estamos llenos de hipocresía, impiedad y de toda impureza? ¹¹⁷. ¿No construimos acaso los sepulcros de los mártires y embellecemos las tumbas de los apóstoles y somos semejantes a los que los han matado? ¹¹⁸.

¿Quién llorará por nosotros, encontrándonos en tal situación? ¿Quién no llorará por esta tan penosa cautividad? A causa de esto los magníficos hijos de Dios son contados como vasijas de tierra. Por eso el oro se ha oscurecido y la plata se ha alterado ¹¹⁹. Por eso los *nazareos* de Sión, que brillan más que la nieve, hemos llegado a ser como los etíopes; y los que son más blancos que la leche, han sido oscurecidos más que la tinta. Por eso nuestro rostro se ha ensombrecido como el hollín ¹²⁰ y los que fuimos criados en la púrpura, abrazamos el estiércol. Nuestra iniquidad ha sobrepasado los pecados de Sodoma ¹²¹. Por eso los hijos del día y de la luz, hemos llegado a ser hijos de las sombras y de las tinieblas ¹²². Por eso los hijos del Reino, hemos llegado a ser hijos de la gehenna. Por eso los hijos del Altísimo morimos como hombres y caemos como uno de los príncipes. Por eso fuimos entregados en manos de enemigos impíos, es decir, de los demonios salvajes, y del rey injusto y más malvado de la tierra, es decir a su príncipe, porque peca-

116. Cf. Lc 11, 42.

117. Cf. Ibid.

118. Cf. Mt 23, 29.

119. Cf. Lm 4, 2.

120. Cf. Lm 4, 7.

121. Cf. Lm 4, 6.

122. Cf. 1 Ts 5, 5.

mos y obramos indignamente, transgrediendo los mandatos del Señor, nuestro Dios, y pisoteando al Hijo de Dios y profanando la sangre de la alianza ¹²³.

Pero no nos abandones ¹²⁴ para siempre a causa de tu nombre, Señor, y no rechaces tu alianza, ni retires de nosotros tu misericordia ¹²⁵ a causa de tu nombre, Padre nuestro, que estás en los cielos, y en nombre de la compasión de tu Hijo unigénito y por medio de la misericordia de tu Santo Espíritu *no recuerdes nuestras culpas pasadas, sino que venga pronto a nosotros tu compasión, porque estamos abatidos del todo. Socórrenos, Oh Dios, Salvador nuestro. Por la gloria de tu nombre, Señor, libranos y perdona nuestros pecados* ¹²⁶, acordándote de nuestra primicia; primicia que, tomando de nosotros tu Hijo unigénito por amor a los hombres, conserva en el cielo para concedernos una esperanza firme de salvación, y para que no lleguemos a ser peores, por la desesperanza, ya que derramó su preciosa sangre para dar vida al mundo. Por sus santos apóstoles y mártires que derramaron su propia sangre a causa de su nombre; por los santos profetas, padres y patriarcas que lucharon por agradar a tu santo nombre. No desprecies nuestra plegaria, Señor, ni nos abandones para siempre ¹²⁷. No confiamos en nuestra justicia, sino en tu misericordia ¹²⁸, por la cual preservas nuestra stirpe. Suplicamos y pedimos a tu bondad que no sea para nuestra condenación el misterio de salvación realizado en favor nuestro por tu

123. Cf. Hb 10, 29.

124. Aquí comienza una hermosísima y larga oración, tejida de citas bíblicas, que suplica la misericordia divina.

125. Cf. Dn 3, 34.

126. Sal 78, 8.

127. Cf. Sal 54, 2 y 43, 24.

128. Cf. Dn 9, 18.

Hijo único, y que no nos arrojes lejos de tu rostro. No sientas repugnancia por nuestra indignidad, sino compadécete de nosotros según tu gran misericordia, y según la grandeza de tu compasión¹²⁹ perdona nuestros pecados: a fin que viviendo sin condenación ante tu santa gloria, seamos dignos de la protección de tu Hijo unigénito y no seamos rechazados como siervos malos a causa de nuestros pecados. Sí, Maestro y Señor Todopoderoso, escucha nuestra súplica porque fuera de ti no conocemos a otro. Invocamos tu nombre. Tú *eres el que obra todas las cosas en todos*¹³⁰ y es junto a ti que todos acudimos por auxilio. Observa desde el cielo, Señor, y mira desde la morada de tu santa gloria. ¿Dónde está tu celo y tu fuerza? ¿Dónde está la enormidad de tu piedad? ¿Por qué has permitido nuestra caída? Tú eres nuestro Padre, porque Abraham no nos conoció e Israel no nos reconoció. Pero Tú Señor, Padre nuestro, líbranos, porque desde el principio está sobre nosotros tu santo nombre y el de tu unigénito Hijo¹³¹ y el de tu Santo Espíritu. ¿Por qué nos hiciste errar lejos de tus caminos, Señor? No nos castigues con la vara de tus juicios. ¿Por qué endureciste nuestros corazones para que no te temamos? ¿Por qué nos abandonaste a nuestra autonomía en el error? Convierte, Señor, a tus siervos, por tu santa Iglesia, por todos tus santos de siempre a fin que tengamos en herencia una pequeña parte de tu santo monte. Nuestros enemigos han saqueado tu santuario. Hemos llegado a ser como en los tiempos antiguos

129. Cf. Sal 50, 13.3.

130. 1 Co 12, 6.

131. Veremos como en la *Interpretación del Padre nuestro* Máximo interpreta el «Nombre de Dios» como la segunda persona de la Trinidad. Esto no ocurre aquí.

cuando no nos gobernabas ni era invocado tu nombre sobre nosotros¹³².

38. ¡Ah, si abrieras los cielos! Ante ti los montes temblarían y se fundirían como la cera ante le fuego. Y el fuego consumiría a los adversarios y tu nombre les sería terrible. Cuando realices obras gloriosas temblarán ante ti las montañas. Desde los tiempos antiguos no oímos ni nuestros ojos vieron otro Dios fuera de ti, y tus obras, esas obras que haces en favor de los que esperan en tu misericordia, se realizarán en favor de los que practican la justicia y ellos recordarán tus sendas. Y he aquí que Tú te enojaste y nosotros pecamos¹³³. O más aún, pecamos y te enojaste. Por eso erramos y nos hemos hecho impuros todos nosotros. Como paño in-mundo es toda nuestra justicia. Caímos como hojas por nuestras culpas y como ellas el viento nos llevará, y no hay quien invoque tu nombre y recuerde apoyarse en ti, pues apartaste tu rostro de nosotros y nos dejaste a merced de nuestras culpas. Pues bien, Señor, tú eres nuestro Padre, nosotros la arcilla obra de tus manos, no te irrites demasiado contra nosotros, ni recuerdes para siempre la culpa. Y ahora, mira, pues todos somos tu pueblo. La ciudad de tu santuario ha quedado desierta; desolada ha quedado Jerusalén. La morada de nuestro santuario está maldita, y la gloria que bendecían nuestros padres, ha ardido con el fuego y todo lo glorioso ha caído. Has permanecido insensible a todo esto, Señor, has guardado silencio y nos has humillado sin medida.

132. Cf. Is 63, 15.19.

133. Cf. Is 63, 19 y 64, 4.

39. Todas estas cosas sucedieron al pueblo antiguo en figura, y ahora se cumplen verdaderamente en nosotros. Hemos llegado a ser vergüenza para nuestros vecinos, burla y escarnio para los que nos rodean ¹³⁴. Pero, mira desde el cielo y ve, y sálvanos por tu santo nombre y danos a conocer los engaños de nuestros adversarios, y líbranos de sus insidias y no alejes de nosotros tu auxilio, porque no somos capaces de vencer a nuestros enemigos; pero Tú eres poderoso para salvarnos de toda adversidad. Sálvanos de los peligros de este mundo por tu bondad, a fin que, atravesando con conciencia pura el océano de esta vida, podamos mantenernos sin censura ni reproche ante tu temible trono y seamos hechos dignos de la vida eterna.

40. El hermano, habiendo escuchado todas estas cosas, profundamente compungido, dijo al anciano: —Por lo que veo, padre, no me queda esperanza de salvación, *mis iniquidades sobrepasan mi cabeza* ¹³⁵. Pero dime, te suplico, qué debo hacer para salvarme.

El anciano le respondió diciendo: —Salvarse es para los hombres imposible, pero para Dios todo es posible ¹³⁶, como dijo el Señor mismo: *Vayamos a su presencia confesando, adorémoslo, postrémonos y lloremos ante el Señor, que nos ha hecho, porque él es nuestro Dios* ¹³⁷. Y escuchémoslo decir por boca del profeta Isaías: *Cuando vuelvas y gimas, entonces serás salvado* ¹³⁸; y también: *¿Es impotente la mano del Señor para salvar o su oído demasiado duro para escuchar? Pero nuestros pecados*

134. Sal 78, 4.

135. Sal 37, 5.

136. Cf. Lc 1, 37.

137. Sal 94, 2.

138. Is 30, 15.

*están entre nosotros y Dios, y por nuestros pecados apartó de nosotros su rostro, para no tener piedad*¹³⁹; por eso nos dice: *Lavaos, purificaos, quitad la malicia de vuestras almas de delante de mis ojos, cesad en vuestras maldades. Aprended a hacer el bien, buscad lo justo, liberad al oprimido, haced justicia al huérfano y justificad a la viuda; y venid, pues, y disputaremos, dice el Señor, y aunque vuestros pecados sean como la escarlata, los blanquearé como la nieve, y si fuesen rojos como la púrpura, los blanquearé como la lana y si queréis y me escucháis, comeréis las delicias de la tierra. La boca del Señor ha hablado estas cosas*¹⁴⁰. Y nuevamente por Joel: *Convertíos a mí, de todo corazón, con ayunos, lágrimas y llantos de duelo; rasgad vuestros corazones, no vuestros vestidos, porque el Señor es clemente y compasivo y se arrepiente del mal*¹⁴¹. Y dice a Ezequiel: *Hijo del hombre, di a la casa de Israel: Hablad así diciendo: nuestros pecados y nuestras iniquidades están sobre nosotros, y por causa de ellos nos consumimos. ¿Cómo viviremos? Diles: Vivo yo, dice el Señor, que no quiero la muerte del impío sino que se convierta de su camino y viva. Convertíos de vuestro camino. ¿Por qué has de morir, casa de Israel?*¹⁴². Y el tercer libro de los Reyes, manifestando la exuberancia de la bondad divina, dice así: *Mientras que Ajab estaba en la viña de Nabot, que había heredado después que éste fue asesinado por instigación de Jezabel, escuchó a Elías decirle: Esto dice el Señor: Has asesinado y has heredado, y en el lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, lamerán la tuya, y los perros comerán a Jezabel*

139. Is 59, 1.

140. Is 1, 16-20.

141. Jl 2, 12-13.

142. Ez 33, 10-11.

sobre el muro de Israel¹⁴³. Y, habiendo escuchado Ajab estas palabras, rasgó sus vestiduras y se puso un saco sobre su carne y ayunó y durmió sobre su saco. Y vino la palabra del Señor a Eliseo diciendo: Has visto como se ha convertido Ajab ante mi rostro; no atraeré la desgracia durante sus días¹⁴⁴. Y David dice: Mi falta la he dado a conocer y no oculté mi pecado, dije: confesaré contra mí mi iniquidad al Señor, y tú has quitado la iniquidad de mi corazón, por eso que todo fiel te suplique en el momento oportuno y en la inundación las grandes aguas no se le acercarán¹⁴⁵. Y el Señor en los Evangelios: Convertíos, dice, se ha acercado el reino de los cielos¹⁴⁶. A Pedro que pregunta: ¿Cuántas veces al día debo perdonar a mi hermano si peca contra mí?, ¿hasta siete veces?, le respondió el que es bueno por naturaleza e inigualable en bondad: No te digo siete veces, sino hasta setenta veces siete¹⁴⁷. ¿Qué es igual a este amor? ¿Qué cosa puede rivalizar con esta filantropía?

41. Habiendo conocido del Antiguo y Nuevo Testamento el temor del Señor, su bondad y el amor a los hombres, convirtámonos de todo corazón. ¿Por qué hemos de perecer, hermanos? Los pecadores purifiquémonos las manos, limpiemos nuestros corazones los vacilantes, gimamos, hagamos luto y lloremos a causa de nuestros pecados. Cesemos nuestras malas acciones, tengamos fe en la misericordia de Dios; temamos sus amenazas, guardemos sus mandamientos, amémonos los

143. 1 R 21, 19-23.

144. 1 R 21, 27-29.

145. Sal 31, 5-6.

146. Mt 4, 17.

147. Mt 18, 21-22.

unos a los otros de todo corazón. Llamemos «hermanos nuestros» también a aquellos que nos odian y nos detestan para que el nombre del Señor sea glorificado y contemplado en su gozo. Perdonémonos los unos a los otros, ya que nos tentamos entre nosotros, porque todos somos combatidos por el mismo enemigo. Opongámonos a nuestros malos pensamientos, invocando el socorro de Dios y hagamos huir de nosotros los espíritus malvados e impuros. Sometamos la carne al espíritu, mortificándola y esclavizándola a través de toda penuria¹⁴⁸. *Purifiquémonos de toda contaminación de la carne y del espíritu*¹⁴⁹. Estimulémonos unos a otros en el paroxismo del amor y de las buenas obras¹⁵⁰. No nos envidiemos ni, envidiosos, nos hagamos feroces; más bien, tengamos compasión unos de otros y curémonos mutuamente por medio de la humildad. No nos calumnemos, no nos injuriemos, *porque somos miembros unos de otros*¹⁵¹. Alejemos de nosotros la negligencia y la pereza; mantengámonos virilmente luchando contra los espíritus del mal: Tenemos junto al Padre a un abogado, Jesucristo, el justo¹⁵². Él es propiciación de nuestros pecados; supliquémosle con un corazón purificado con toda nuestra alma y Él perdonará nuestros pecados. *Porque el Señor está cerca de todos los que lo invocan de verdad*¹⁵³. Y por eso dice: *Ofrece al Señor un sacrificio de alabanza y al Altísimo tus votos, e invócame en el día del peligro; yo te sacaré y tú me glorificarás*¹⁵⁴. Y nueva-

148. Cf. 1 Co 9, 27.

149. 2 Co 7, 1.

150. Cf. Hb 10, 24.

151. Ef 4, 25.

152. Cf. 1 Jn 2, 1.

153. Sal 144, 18.

154. Sal 49, 14.

mente en Isaías: *Rompe todas las cadenas injustas, desata todos los lazos de servidumbre; da la victoria a los quebrantados y destruye todo contrato injusto. Parte tu pan con el hambriento, introduce en tu casa a los pobres sin techo. Si ves a uno desnudo, vístelo y no desprecies a los que son de tu raza. Entonces brotará tu luz como la aurora y encontrarás rápidamente remedio a tus heridas: Tu justicia marchará delante de ti y la gloria del Señor te rodeará*¹⁵⁵. ¿Y qué después de esto? *Grita entonces y el Señor te escuchará, y mientras aún estás hablando te dirá: «Aquí estoy», entonces surgirá tu luz en las tinieblas, y tu oscuridad será como el mediodía. Y Dios estará siempre contigo y tu alma será colmada como lo desea*¹⁵⁶. Observa que rompiendo todos los lazos de injusticia en nuestro corazón, disolviendo toda obligación de contratos violentos de rencor y buscando con toda el alma beneficiar al prójimo, nos iluminamos con la luz del conocimiento, nos libramos de las pasiones indignas, nos llenamos de toda virtud, resplandecemos por la gloria del Señor y nos liberamos de toda ignorancia: invocando los dones de Cristo, somos escuchados, tendremos siempre a Dios con nosotros y seremos colmados del deseo de Dios.

42. Amémonos unos a otros y seremos amados por Dios. Seamos magnánimos unos con otros y él será magnánimo con nuestros pecados. No devolvamos mal por mal¹⁵⁷, y no lo recibiremos según nuestros pecados. En el perdón a los hermanos encontraremos el perdón por nuestros pecados. Y la misericordia de Dios está oculta

155. Is 58, 6-8.

156. Is 58, 9-10.

157. Cf. Rm 12, 17.

en la misericordia hacia el prójimo. Por eso el Señor decía: *Perdonad y se os perdonará*¹⁵⁸. *Y si perdonáis a los hombres sus faltas, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados*¹⁵⁹. Y también: *Dichosos los misericordiosos, porque obtendrán misericordia*¹⁶⁰. Y: *Con la medida con que midáis, seréis medidos*¹⁶¹. He aquí que el Señor nos ha concedido el modo de salvación, y nos ha dado el poder eterno de hacernos hijos de Dios; y, en definitiva, en nuestra voluntad está nuestra salvación¹⁶².

43. Démonos enteramente al Señor, a fin de recibirlo todo entero. *Hagámonos dioses* por su gracia, por eso Él se hizo hombre, siendo Dios y Señor por naturaleza. Obedezcámosle, y Él sin esfuerzo nos vengará de nuestros enemigos. Si *mi pueblo me hubiese escuchado*, dice, *si Israel hubiese marchado por mi senda, en un instante habría abatido a mis adversarios, y habría vuelto la mano en contra de los que lo afligían*¹⁶³. Pongamos toda nuestra esperanza solo en Él. Y enraicemos toda nuestra solicitud en Él solo, y Él mismo nos liberará de toda tribulación, y nos nutrirá durante toda la vida. Amemos de corazón a todos los hombres, pero no pongamos la esperanza en hombre alguno: porque en la medida en que el Señor nos guarde, todos nuestros amigos nos cuidarán, y todos los enemigos serán impotentes contra

158. Lc 6, 37.

159. Mt 6, 14.

160. Mt 5, 7.

161. Mt 7, 2.

162. Clara afirmación de Máximo, ya desde sus primeros escritos, de la insoslayable función de la voluntad humana en la obra de salvación.

163. Sal 80, 14-15.

nosotros. Pero cuando el Señor nos abandone, entonces todos nuestros amigos también y todos los enemigos llegarán a ser fuertes contra nosotros. Y más aún, quien confía en sí mismo, caerá con una caída indigna, pero el que teme al Señor será exaltado. Por eso dice David: *No espero en mi arco, ni mi espada me salva. Tú nos salvaste de los que nos afligían y confundiste a los que nos odian* ¹⁶⁴.

44. No admitamos ningún pensamiento que minimice nuestros pecados y predique su remisión. Contra estos pensamientos el Señor nos ponía en guardia diciendo: *Guardaos de los falsos profetas, que vendrán a vosotros con vestidos de ovejas, pero que dentro son lobos rapaces* ¹⁶⁵. Porque mientras nuestro intelecto permanece turbado por el pecado, no alcanzamos aún su perdón porque no hemos producido aún frutos dignos de penitencia, y el fruto de la penitencia es la imperturbabilidad del alma, y la imperturbabilidad es la cancelación del pecado. Y aún no tenemos una perfecta imperturbabilidad cuando, por momentos, somos turbados por las pasiones y, por momentos, no lo somos. Por medio del santo bautismo hemos sido liberados del pecado original, pero de los que osamos cometer después del bautismo, somos liberados por medio de la penitencia.

45. Hagamos sinceramente penitencia para que, liberados de las pasiones, consigamos la remisión de los pecados. Despreciemos las cosas temporales a fin de no transgredir el mandamiento del amor, para que no caigamos del amor de Dios combatiendo por su causa a los

164. Sal 43, 7-8.

165. Mt 7, 15.

hombres ¹⁶⁶. *Andemos en el Espíritu y no realizaremos el deseo de la carne* ¹⁶⁷. Veamos y estemos sobrios, rechacemos el sueño de la pereza. Rivalicemos con los santos atletas del Salvador. Imitemos sus combates, olvidándonos de lo que queda atrás y tendiendo hacia lo que está delante ¹⁶⁸. Imitemos su carrera infatigable, su ardiente deseo, la fortaleza de la continencia, la santificación de la castidad, la nobleza de la paciencia, el aguante de la magnanimidad, la lamentación de la compasión, la tranquilidad de la dulzura, el ardor del celo, el amor sin ficción, la altura de la humildad, la simplicidad de la pobreza, la virilidad, la bondad, la benignidad. No nos dejemos relajar por los placeres, no nos hagamos soberbios por los pensamientos, no corrompamos la conciencia; *busquemos la paz con todos y la santificación, sin la cual ninguno verá al Señor* ¹⁶⁹. Y, sobre todas las cosas, huyamos del mundo, hermanos y del señor del mundo ¹⁷⁰. Abandonemos la carne y las cosas carnales. Corramos hacia el cielo, allí tendremos nuestra ciudadanía. Imitemos al divino Apóstol; acojamos al caudillo de la vida; gocemos de la fuente de la vida. Danzaremos con los ángeles, con los ángeles alabaremos a nuestro Señor Jesucristo; a Él la gloria y el poder junto con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

166. Aquí se ve diáfananamente el encadenamiento de los tres niveles: desprecio por la materia, amor al prójimo y amor a Dios.

167. Ga 5, 16.

168. Cf. Flp 3, 13.

169. Hb 12, 14.

170. Cf. Ef 6, 12.

**CENTURIAS
SOBRE LA CARIDAD**

INTRODUCCIÓN

*Las Centurias sobre la Caridad*¹ son ubicadas por Von Balthasar, junto al Diálogo Ascético hacia el año 626. Pegon, a su vez, las sitúa en el período 618-25. Sherwood, por su parte, coincide en la fecha fijada por von Balthasar². Según el prólogo de las Centurias, Máximo parece haberlas destinado al mismo Elpidio a quien antes había enviado ese Diálogo Ascético³. Son los primeros años de vida monástica, probablemente, en el monasterio de San Jorge en Cízico.

1. La edición crítica de las *Centurias sobre la Caridad* es la realizada por A. CERESA-GASTALDO, *Capitoli sulla Carità*. Roma, 1963. Sobre ella hemos realizado la presente traducción. El título dice: «Capítulos sobre la Caridad de nuestro santo Padre Abba Máximo».

Tenemos una versión latina de Cerbanus publicada por A. B. TERECESSY (Budapest 1944). En cuanto a las lenguas modernas tenemos dos versiones: las de J. TOURAILLE, en *Philocalie des Pères Néphtiques*, fasc. 6. Intr. y trad. de Abbaye de Bellefontaine 1985, la de J. PEGON en *Centuries sur la Charité*, SC 9. Paris-Lyon 1945. En alemán encontramos la de H. U. VON BALTHASAR, en *Kosmische Liturgie*, 1961, p. 414-481. En inglés está la versión de P. SHERWOOD, en *The ascetic Life. The four Centuries on Charity*. London 1955. En italiano, la de A. CERESA-GASTALDO, que está en páginas opuestas a la edición crítica del mismo autor. En español tenemos solamente una versión, la de P. SAENZ, en *Centurias sobre la Caridad*, Introd. de A. COSTA. Buenos Aires 1990. Esta versión está realizada, sin embargo, sobre el texto griego de la edición de Migne, y no sobre la edición crítica de A. CERESA-GASTALDO.

2. Cf. P. SHERWOOD, *An annotated...*, cit., p. 26.

3. Cf. *Char*, Pról.

El carácter temprano de este escrito se refleja en una estrecha dependencia respecto a Evagrio. Ésta se extiende a la terminología, las definiciones y los esquemas⁴. Se ha afirmado que las Centurias son la obra menos personal de Máximo y que, aún así, éste ha sabido construir en ellas un sistema original⁵. En efecto, un análisis profundo deja ver la reformulación sutil y gradual que Máximo va realizando del pensamiento del Póntico. Y, como en los otros escritos que presentamos, la caridad aparece como el hilo conductor también de estas Centurias.

Estos 400 capítulos ascético-espirituales pertenecen al género de las Centurias bastante extendido en la literatura espiritual y monástica. Consta de capítulos más o menos breves en forma de sentencias o apotegmas, y son de carácter sapiencial. Su brevedad está en relación al destino que tienen: ser aprendidas de memoria por los monjes, probablemente por los más jóvenes. En ellas se encuentra generalmente la sabiduría acumulada durante siglos de experiencia monástica, resumiendo en breves sentencias las cuestiones más importantes de la vida espiritual. Están ordenadas por un tema que es presentado al principio, para irse modulando con distintos matices. Luego se pasa a otro tema con el mismo método, lo cual tiene un claro sentido mnemotécnico. Otro carácter particular es que la cantidad de capítulos se establece, con frecuencia, en relación a ciertos números simbólicos⁶.

4. Ya hemos señalado como M. VILLER, *art. cit.*, limitando su análisis a las *Centurias sobre la Caridad* creyó ver en Máximo un mero repetidor de Evagrio.

5. Cf. I. H. DALMAIS, «L'héritage évagrien dans la synthèse de saint Maxime le Confesseur», *cit.*, p. 359.

6. Lo más común es la centuria. Sin embargo, en su *Tratado de la oración*, EVAGRIO escribe 153 capítulos dando una interpretación alegórica de ese número: «número simbólico en la figura del triángulo».

Lo que hemos afirmado en el párrafo anterior se verifica en el caso de Máximo. En efecto, él confiesa haber recorrido «los tratados de los santos Padres, y haber recogido allí los conceptos que se referían al tema, y haber reunido después muchas cosas resumidamente, para que fuesen claras para recordarlas fácilmente»⁷. Al mismo tiempo se refiere al sentido simbólico de las cuatro centurias como el «discurso sobre la caridad, en centurias de capítulos de igual número que los cuatro Evangelios»⁸.

Así como referimos la variación en el tamaño de los capítulos, lo mismo podemos decir respecto a la temática, a la calidad y a la facilidad de comprensión. Esto es reconocido por el mismo autor: «No todos son fácilmente perceptibles a cada uno, como lo creo; sino que para muchos la mayor parte necesita de mucha investigación, aunque parezcan dichos con simplicidad»⁹.

lo y del hexágono, que representan la gnósis de la Santísima Trinidad y la descripción del orden del mundo», *Tratado de la oración*, Pról.

7. *Char*, Pról.

8. *Ibid.*

9. *Ibid.*

CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD

He aquí, oh padre Elpidio, que además del discurso acerca de la vida ascética, he enviado a tu santidad también el discurso sobre la caridad, en centurias de capítulos de igual número que los cuatro Evangelios. No es, en modo alguno, digno de tu expectativa, pero por lo menos no es inferior a nuestra posibilidad. Por lo restante, sepa tu santidad que estas cosas no son en manera alguna labor de mi pensamiento personal, sino que, después de haber recorrido los tratados de los santos Padres y recogido de allí los conceptos que se referían al tema, y haber reunido después muchas cosas resumidamente, para que fuesen claras para recordarlas fácilmente, las envié a tu santidad, recomendándote leerlas benévola-mente y captar sólo su utilidad, pasando por alto la falta de belleza del estilo, y orar por mi modesta condición, privada de todo provecho espiritual. Te recomiendo también no tener lo escrito por inoportuno, pues he cumplido una orden; y digo esto porque somos muchos los que hoy oscurecemos con las palabras, mientras son pocos, en cambio, los que con las obras instruyen o son instruidos¹.

Aplicáte, más bien, con esfuerzo a cada uno de los capítulos. No todos son fácilmente perceptibles a cada uno, como lo creo; sino que para muchos la mayor parte necesita de mucha investigación, aunque parezcan dichos

1. Cf. *Char* IV, 85.

con simplicidad. Así, pues, revelada por ellos, podrá aparecer cosa útil para el alma. Y se revelará del todo por la gracia de Dios, a quien lea con pensamientos no curiosos, sino con el temor de Dios y caridad. En cambio, nada útil se revelará jamás en ninguna parte a quien lea este trabajo o cualquier otro, no en vistas a una utilidad espiritual, sino con la intención de apresar expresiones para poder hablar mal de quien lo escribe, con el fin naturalmente de mostrarse a sí mismo, por presunción, más sabio que aquél.

PRIMERA CENTURIA

1. La caridad es una buena disposición del alma, por la cual nada antepone al conocimiento de Dios. Es imposible que llegue a la posesión de esta caridad el que tiene una inclinación hacia cualquier cosa terrestre.

2. La caridad nace de la imperturbabilidad²; la imperturbabilidad, de la esperanza en Dios; la esperanza, de la paciencia y de la longanimidad; éstas, del perfecto dominio de sí; el dominio de sí, del temor de Dios; el temor, de la fe en el Señor.

3. Quien cree en el Señor teme el castigo; quien teme el castigo domina las pasiones; quien domina las pasiones soporta las aflicciones; quien soporta las aflicciones tendrá la esperanza en Dios; la esperanza en Dios separa de toda pasión terrena; el intelecto separado de éstas tendrá el amor de Dios.

4. El que ama a Dios antepone el conocimiento de Él a todas las cosas hechas por Él y persevera incesantemente en Él, mediante el deseo.

5. Si todas las cosas han sido hechas por Dios y por medio de Dios, Dios es mejor que las cosas hechas por

2. Traducimos *apátheia* como «imperturbabilidad», siguiendo a CERESA-GASTALDO, en vez de «libertad interior», como lo hacen VON BALTHASAR (innere Freiheit) y PEGON (liberté intérieure).

Él. Quien deja lo mejor y se dedica a las cosas peores, muestra que él mismo prefiere, antes que a Dios, las cosas hechas por Él.

6. Quien tiene el intelecto fijo en el amor de Dios desprecia todas las cosas visibles y su mismo cuerpo como algo extraño.

7. Si el alma es mejor que el cuerpo, e incomparablemente mejor que el mundo es Dios que lo ha creado, quien pone antes que el alma, el cuerpo, y antes que a Dios, el mundo creado por Él, no se distingue en nada de los idólatras.

8. Quien ha apartado el intelecto del amor y de la atención a Dios y lo tiene ligado a cualquier objeto sensible, éste es el que prefiere, antes que el alma, el cuerpo y antes que a Dios creador, las cosas creadas por Él.

9. Si la vida del intelecto es la iluminación del conocimiento y éste nace del amor a Dios, es justo decir que nada es más grande que el amor divino³.

10. Cuando por el ardiente amor [*eros*]⁴ de la caridad hacia Dios, el intelecto sale fuera de sí [*emigra*], entonces no percibe nada ni de sí mismo ni de cualquier objeto. Iluminado por la luz divina e infinita, permanece insensible frente a todas las cosas nacidas de él, como también el ojo sensible respecto a los astros, cuando surge el sol.

3. Cf. 1 Co 13, 13.

4. SHERWOOD hace notar cómo en el vocabulario maximiano *eros* indica el deseo natural de la creatura de alzarse hacia Dios; *agápe* es el don divino que permite la realización de este deseo, que se realiza en el amor. Cf. CERESA-GASTALDO, p. 53, n. 3.

11. Todas las virtudes colaboran con el intelecto hacia el ardiente amor [eros] divino; pero más que todas la oración pura. Volando por medio de ésta a Dios, se hace extraño a todos los seres.

12. Cuando por medio de la caridad el intelecto es raptado por la ciencia divina y, hecho extraño a los seres, percibe la infinitud divina, entonces llegado con estupor, según el divino Isaías, a la conciencia de la propia baja-za, pronuncia con convicción las palabras del profeta: *¡Oh!, infeliz de mí, estoy compungido, porque, siendo hombre y teniendo labios impuros, habito en medio de un pueblo que tiene labios impuros y he visto con mis ojos al Señor, rey de los ejércitos*⁵.

13. El que ama a Dios no puede no amar también a todo hombre como a sí mismo, aunque aborrezca las pasiones de quienes aún no se han purificado. Por eso, cuando ve su conversión y su corrección, goza con un gozo inconmensurable e inefable.

14. Impura es el alma pasional, llena de pensamientos de concupiscencia y de odio.

15. Quien ve en su propio corazón huella de odio hacia cualquier hombre, por cualquier error, es totalmente extraño al amor a Dios, porque el amor a Dios no tolera el odio al hombre.

16. *El que me ama, dice el Señor, observará mis mandamientos. Éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros*⁶. Quien no ama al prójimo, no observa el

5. Is 6, 5.

6. Jn 14, 15 (con modificaciones) y 15, 12.

mandamiento; y quien no observa el mandamiento, no puede tampoco amar al Señor.

17. Feliz el hombre que puede amar a todo hombre por igual.

18. Feliz el hombre que no se liga a ninguna cosa corruptible o efímera.

19. Feliz el intelecto que ha sobrepasado todos los seres y se deleita incesantemente en la belleza divina.

20. Quien cuida de la carne por concupiscencia⁷ y tiene rencor al prójimo por cosas temporales, ése adora a la creatura en vez de al Creador⁸.

21. Quien conserva el cuerpo sin placeres y sin enfermedades, lo tiene como compañero al servicio de las cosas mejores.

22. Quien huye de todos los deseos mundanos, se pone a sí mismo por encima de toda tristeza mundana.

23. Quien ama a Dios, ama ciertamente también al prójimo. Ése no puede conservar riquezas, sino que las administra de un modo digno de Dios, ofreciéndolas a cada uno de los que las necesitan.

24. Quien hace la limosna a imitación de Dios, no conoce distinción entre malo y bueno o entre justo e injusto, en las cosas necesarias al cuerpo, sino que distri-

7. Cf. Rm 13, 14.

8. Cf. Rm 1, 25.

buye a todos por igual según la necesidad, aunque por una buena elección prefiera el virtuoso al malo.

25. Como Dios, que es por naturaleza bueno e imperturbable, ama de igual modo a todos los hombres como obras suyas, pero glorifica al virtuoso ⁹, porque está unido íntimamente a Él también con la voluntad, y por bondad tiene compasión del malo y en esta vida lo convierte corrigiéndolo; así también quien es por voluntad bueno e impasible ama por igual a todos los hombres: al virtuoso, por naturaleza [humana] y por la buena elección; al malo, por naturaleza [humana] y por compasión, teniendo piedad de él como de quien es insensato y anda en tinieblas.

26. La disposición de la caridad se manifiesta no sólo mediante la distribución de riquezas, sino mucho más mediante la distribución de la palabra de Dios y el servicio corporal [*diakonía*].

27. Quien ha renunciado sinceramente a las cosas del mundo y sirve sin hipocresía al prójimo con la caridad, se libra rápidamente de toda pasión y es constituido partícipe de la caridad y de la ciencia divinas.

28. Quien ha adquirido en sí la divina caridad, no se cansa de seguir tras el Señor su Dios, según el divino Jeremías ¹⁰, sino que soporta con coraje toda fatiga, ultraje y violencia, no pensando generalmente mal de nadie.

9. El texto crítico aportado por CERESA-GASTALDO dice *enáteton*. Seguramente debería decir *enáreton*.

10. Cf. Jr 17, 16.

29. Cuando recibas violencia de parte de cualquiera o seas ultrajado en cualquier cosa, entonces guárdate de los pensamientos de ira, para que éstos, separándote de la caridad por medio de la tristeza, no te sitúen en la región del odio.

30. Cuando sufras intensamente por una injuria o una deshonra, reconoce que te es de gran provecho, porque mediante la deshonra es expulsada de ti providencialmente la vanagloria.

31. Como la memoria del fuego no calienta el cuerpo, así la fe sin la caridad no obra la iluminación del conocimiento en el alma.

32. Como la luz del sol atrae a sí al ojo sano, así también el conocimiento de Dios atrae a Sí naturalmente al intelecto puro, mediante la caridad.

33. Es puro el intelecto que, habiendo sido separado de la ignorancia, es iluminado por la luz divina.

34. Es pura el alma que ha sido liberada de las pasiones y es alegrada continuamente por la caridad divina.

35. La pasión es el movimiento reprochable del alma contra la naturaleza.

36. La imperturbabilidad es el estado pacífico del alma, por el cual ésta llega a ser difícilmente excitable hacia el mal ¹¹.

11. Véase la semejanza de esta definición con la que EVAGRIO hace de la virtud en *Kephalaia Gnostica* VI, 21: «La virtud es el estado

37. Quien por el empeño ha adquirido los frutos de la caridad, no se aparta de ésta aunque sufra innumerables males. Y que te persuada Esteban, el discípulo de Cristo y sus seguidores, y Él mismo, que ora por sus asesinos y pide al Padre perdón por ellos como por aquellos que no saben¹².

38. Si es propio de la caridad el ser paciente y hacer el bien¹³, quien se irrita y obra el mal se hace claramente extraño a la caridad; y quien es extraño a la caridad es extraño a Dios, porque *Dios es caridad*¹⁴.

39. *No digáis* —afirma el divino Jeremías¹⁵—: *Es el templo del Señor*. Y tú no digas: La sola fe en nuestro Señor Jesucristo me puede salvar. Esto es imposible, si no adquieres también el amor a Él mediante las obras. En cuanto al solo creer, *también los demonios creen y tiemblan*¹⁶.

40. Obras de caridad son el hacer el bien al prójimo por buena disposición, la longanimidad, la paciencia y el uso de todas las cosas con recta intención.

41. El que ama a Dios no se entristece ni entristece a nadie por cosas temporales; en cambio se entristece y entristece por una tristeza salvífica, por la cual el biena-

del alma racional, en el cual ella difícilmente es puesta en movimiento hacia el mal». *Les six Centuries des Kephalaia gnostica*, ed. crit. y trad. de A. GUILLAUMONT. *Patrologia Orientalis* 28. París 1958, p. 225.

12. Cf. Hch 7, 59-60 y Lc 23, 34.

13. Cf. 1 Co 13, 4.

14. Cf. 1 Jn 4, 8.

15. Jr 7, 4.

16. St 2, 19.

venturado Pablo se entristeció y entristeció a los Corintios¹⁷.

42. Quien ama a Dios vive una vida angélica sobre la tierra ayunando, velando, salmodiando, orando y pensando siempre el bien de todo hombre.

43. Si uno desea cualquier cosa, lucha para obtenerla; de todas las cosas buenas y deseables es incomparablemente más bueno y más deseable lo divino. ¡Cuánto empeño debemos mostrar para conseguir esto, lo que es bueno y deseable por naturaleza!

44. No ensucies tu carne con acciones vergonzosas y no manches tu alma con malos pensamientos, y la paz de Dios descenderá sobre ti, trayendo la caridad.

45. Macera tu carne con la abstinencia y la vigilia y conságrate sin pereza a la salmodia y a la oración, y la santidad de la continencia descenderá sobre ti, trayendo la caridad.

46. Quien ha sido hecho digno del conocimiento divino y ha obtenido su iluminación por medio de la caridad, no se dejará inflar por el espíritu de la vanagloria; quien, en cambio, aún no ha sido hecho digno, es agitado fácilmente por aquél. Pero si éste mira a Dios en todas sus acciones, como haciendo todo por Él, la evitará fácilmente con la ayuda de Dios.

47. Quien aún no ha obtenido el conocimiento divino que obra mediante la caridad, piensa grandes cosas de

17. Cf. 2 Co 7, 8ss.

las acciones que realiza según Dios. Quien, en cambio, fue hecho digno de tenerlo, dice con convicción las palabras del patriarca Abraham, aquellas que pronunció cuando fue hecho digno de la divina manifestación: *Yo soy tierra y ceniza* ¹⁸.

48. Quien teme al Señor tiene siempre por compañía a la humildad y, mediante sus sugerencias, llega a la caridad y al agradecimiento a Dios. Recuerda su precedente conducta mundana y las diversas caídas y las tentaciones acaecidas desde la juventud y cómo el Señor lo arrancó de todas aquellas cosas y lo hizo pasar de la vida viciosa a la vida divina. Y junto con el temor recibe también la caridad, dando siempre gracias con mucha humildad al Benefactor y Guía de nuestra vida.

49. No ensucies tu intelecto tolerando pensamientos de concupiscencia y de ira, a fin de que, cayendo de la oración pura, no sucumbas al espíritu de *acedia* ¹⁹.

50. El intelecto pierde la libre familiaridad ²⁰ con Dios, cuando se hace compañero de pensamientos malvados e impuros.

51. El insensato, llevado por las pasiones, cuando es movido por la ira se turba, se apresura a huir irracionalmente de los hermanos ²¹. Cuando luego es encendido por la concupiscencia, cambiando de parecer corre de

18. Gn 18, 27.

19. El significado de *acedia* se explica en I, 67.

20. Traducimos por «libre familiaridad» el significativo término de *parrhesia*.

21. Se trata del abandono de la vida monástica, como queda patente en el próximo capítulo.

nuevo a su encuentro. El sabio, en cambio, hace lo contrario en ambos casos. En cuanto a la ira, quitadas las causas de la turbación, se libra de la tristeza hacia los hermanos; en cuanto a la concupiscencia, domina el impulso y el encuentro irracional.

52. En el tiempo de las tentaciones no abandones tu monasterio, sino soporta con coraje las olas de pensamientos y, sobre todo, aquellos de la tristeza y de la acedia. Puesto así providencialmente a prueba mediante las aflicciones, tendrás firme la esperanza en Dios. Pero si te vas, serás hallado reprobado, débil e inconstante.

53. Si no quieres perder la caridad según Dios, no dejes que el hermano se vaya a descansar entristecido por ti y tú no te vayas a descansar entristecido por él; sino *ve, reconcíliate con tu hermano y, volviendo, ofrece a Cristo con conciencia pura y mediante una ferviente oración, el don*²² de la caridad.

54. Si el que posee todos los dones del Espíritu, no posee la caridad, de nada le aprovecha según el divino Apóstol²³. ¡Cuánto empeño debemos mostrar para adquirirla!

55. Si *la caridad no hace mal al prójimo*²⁴, quien envidia al hermano y se entristece por su buena fama, y con burlas contamina su reputación o en cualquier modo le tiende maliciosamente insidias, ¿cómo no se hará extraño a la caridad y reo del juicio eterno?

22. Mt 5, 24.

23. Cf. 1 Co 13, 1-3.

24. Rm 13, 10.

56. Si *la plenitud de la ley es la caridad*²⁵, quien guarda rencor hacia el hermano, trama contra él engaños e impreca contra él, y goza de su caída, ¿cómo no será transgresor de la ley y digno del castigo eterno?

57. Si *el que calumnia al hermano y juzga al hermano, calumnia la ley y juzga la ley*²⁶ —y la ley de Cristo es la caridad—, ¿cómo no caerá de la caridad de Cristo el calumniador y se hará culpable de castigo eterno?

58. No des tu oído a la lengua del calumniador ni tu lengua al oído del maldiciente, hablando o escuchando voluntariamente contra el prójimo, a fin de que no caigas de la caridad divina y seas excluido de la vida eterna.

59. No soportes injurias contra tu padre ni animes a quien lo ofende, para que el Señor, encolerizado por tus obras, no te extermine de la tierra de los vivientes.

60. Cierra la boca a quien calumnia a tus oídos, para que no peques junto a él con un doble pecado, habituándote a ti mismo a la funesta pasión y no impidiendo a aquél de hablar contra el prójimo.

61. *Yo os digo* —afirma el Señor—: *Amad a vuestros enemigos, haced el bien a aquellos que os odian, orad por aquellos que os tratan mal*²⁷. ¿Por qué mandó esto? Para liberarte del odio, de la tristeza, de la ira y del rencor, y hacerte digno del grandísimo tesoro de la perfecta caridad; es imposible que la posea quien no ama por igual a

25. Rm 13, 10.

26. St 4, 11.

27. Lc 6, 27-28 (cf. también Mt 5, 44).

todos los hombres, a imitación de Dios, que ama por igual a todos los hombres y *quiere que se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*²⁸.

62. *Yo os digo: no hagáis frente al malvado; pero si alguien te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra, y si alguno quiere disputar contigo y tomar tu túnica, déjale también el manto, y si alguno te exige andar una milla, anda dos con él*²⁹. ¿Por qué? Para conservarte sin ira y sin tristeza, corregir a aquél mediante tu paciencia y conducir a ambos, bueno como es, bajo el yugo de la caridad.

63. De las cosas de las cuales alguna vez hemos tenido impresión llevamos también las imágenes pasionales. Quien vence, pues, las imágenes pasionales, desprecia completamente también las cosas de las cuales nacen las imágenes; porque la lucha contra los recuerdos es mucho más dura que aquélla contra las cosas, como el pecar de pensamiento es más fácil que el pecar de obra.

64. De las pasiones, algunas son corporales, otras espirituales. Las corporales toman ocasión del cuerpo; las espirituales, de las cosas externas. La caridad y el dominio de sí cortan ambas, una las espirituales; el otro, las corporales.

65. De las pasiones algunas pertenecen a la parte irascible, otras a la parte concupiscible del alma. Ambas se mueven por medio de los sentidos, y se mueven cuando el alma se encuentra fuera de la caridad y del dominio de sí.

28. 1 Tm 2, 4.

29. Mt 5, 39-41.

66. Las pasiones de la parte irascible del alma son más difíciles de combatir que aquéllas de la parte concupiscible; por eso, como remedio mayor contra aquéllas, ha sido dado por el Señor el mandamiento de la caridad.

67. Todas las otras pasiones tocan sólo la parte irascible del alma o la concupiscible o la racional, como el olvido y la ignorancia; la acedia, en cambio, aferrando todas las potencias del alma, excita casi todas las pasiones juntas y, por eso, es la más grave de todas. Dice bien, pues, el Señor, que ha dado el remedio contra ella: *Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas*³⁰.

68. No ofendas nunca a algún hermano, sobre todo sin razón, para que no suceda que, no soportando la aflicción se vaya³¹, y no escapes tú, entonces, del reproche de la conciencia, la cual te entristece siempre en el momento de la oración y excluye al intelecto de la familiaridad divina.

69. No tolere sospechas o personas que son para ti ocasión de escándalo hacia alguno, porque aquellos que en cualquier modo se escandalizan de las cosas que acaecen deliberada o casualmente no conocen el camino de la paz, el cual lleva, por medio de la caridad, al conocimiento de Dios a aquellos que lo aman.

70. No posee aún la caridad perfecta el que está todavía adherido a los juicios de los hombres, igual que aquel que ama esto y odia aquello por tal o cual motivo, o ahora lo ama y luego lo odia por los mismos motivos.

30. Lc 21, 19.

31. Cf. *Char* I, 51-52.

71. La caridad perfecta no escinde la única naturaleza de los hombres según sus diversas disposiciones, sino que, mirando siempre a esta sola, ama de igual modo a todos los hombres: a los virtuosos los ama como amigos, a los malos como enemigos, haciéndoles el bien, teniendo paciencia y soportando lo que recibe de parte de ellos, no pensando mal en ningún modo, sino sufriendo por ellos, si la ocasión lo requiere, para hacerlos también a ellos amigos, si es posible. En caso contrario no se aparta tampoco de la propia buena intención, mostrando siempre los frutos de la caridad hacia todos los hombres igualmente. Por esto, el Señor y Dios nuestro Jesucristo, mostrando su caridad hacia nosotros, sufrió por toda la humanidad y dio a todos igualmente la esperanza de la resurrección, aunque cada uno se haga digno de la gloria o del castigo.

72. El que no desprecia gloria y deshonra, riqueza y pobreza, placer y tristeza, no ha adquirido aún la caridad perfecta; la caridad perfecta no sólo desprecia estas cosas, sino también la misma vida temporal y la muerte.

73. Escucha lo que dicen los que fueron hechos dignos de la caridad perfecta: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Como está escrito, a causa tuya somos entregados a la muerte todo el día; fuimos considerados como destinados al matadero. Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria por medio de Aquel que nos amó. Estoy persuadido que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni las potencias ni el presente ni el futuro, ni la altura ni la profundidad, ni ninguna otra creatura podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús, nues-*

tro Señor ³². Esto dicen y hacen todos los santos acerca del amor a Dios.

74. Escucha, nuevamente, lo que dicen acerca del amor al prójimo: *Digo la verdad en Cristo, no miento, y testimonia en mi favor también mi conciencia en el Espíritu Santo; tengo mucha tristeza y una pena continua en mi corazón. Desearía ser yo mismo separado de Cristo por mis hermanos, mis parientes según la carne, que son israelitas* ³³, etc. Así también Moisés ³⁴ y los otros santos.

75. El que no desprecia gloria, placer y la avaricia, que hace crecer estas pasiones y surge por medio de ellas, no puede cortar las ocasiones de la ira; y el que no las corta, no puede alcanzar la caridad perfecta.

76. Humildad y sufrimiento libran al hombre de todo pecado: aquélla extirpa las pasiones del alma, ésta las del cuerpo. También el bienaventurado David hace claramente esto, cuando suplica a Dios diciendo: *Mira mi humildad y mi fatiga, y perdona todos mis pecados* ³⁵.

77. Por medio de los mandamientos el Señor hace imperturbables a aquellos que los practican, y por medio de las doctrinas divinas les concede la iluminación del conocimiento.

32. Rm 8, 35-39.

33. Rm 9, 1-3.

34. Cf. Ex 32, 31ss.

35. Sal 24, 18.

78. Todas las doctrinas son o acerca de Dios, o acerca de las cosas visibles o invisibles, o acerca de la providencia y el juicio divino respecto a ellas ³⁶.

79. La limosna cura la parte irascible del alma, el ayuno doma la concupiscencia, la oración purifica al intelecto y lo prepara a la contemplación de los seres. Para las potencias del alma el Señor nos ha dado también los mandamientos.

80. *Aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazón* ³⁷, etc. La mansedumbre mantiene a la parte irascible imperturbada; la humildad libra al intelecto de la presunción y de la vanagloria.

81. Doble es el temor de Dios: el primero es engendrado en nosotros por las amenazas del castigo, y por medio de él nacen en nosotros progresivamente el dominio de sí, la paciencia, la esperanza en Dios y la imperturbabilidad, de la cual [nace] la caridad; el segundo está unido a la misma caridad y produce continuamente en el alma la reverencia, para que la confianza de la caridad no llegue al desprecio de Dios.

82. La caridad perfecta expulsa al primer temor del alma que la ha alcanzado, no temiendo más el castigo. En cambio, está siempre unida al segundo, como se ha dicho. Al primer temor corresponde este pasaje: *Por el temor del Señor cada uno se aparta del mal, y: El comienzo de la sabiduría es el temor del Señor* ³⁸. Al segun-

36. En la introducción se señaló ya el trasfondo evagriano de esta afirmación.

37. Mt 11, 29.

38. Pr 15, 27 y 1, 7.

do, éste: *El temor del Señor es santo, permanece por siglos de los siglos, y: Nada falta a quienes le temen*³⁹.

83. *Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicación, impureza, pasión, malos deseos y avaricia*⁴⁰, etc. Llamó tierra al pensamiento de la carne; decía fornicación al pecado de obra; llamó impureza al consentimiento; designó pasión al pensamiento pasional; malos deseos a la aceptación sola del pensamiento del deseo; llamó avidez a la materia que engendra y hace crecer la pasión. A todos éstos, en cuanto son miembros del pensamiento de la carne, mandó mortificar el divino Apóstol.

84. En primer lugar la memoria lleva al intelecto el pensamiento simple y, perdurando éste, excita la pasión; no siendo suprimida ésta, pliega el intelecto al consenso; sucedido éste, llega luego al pecado en acto. El sapientísimo Pablo, escribiendo a los gentiles convertidos, manda eliminar en primer lugar el efecto del pecado y luego, retrocediendo en orden, subir a la causa. Y la causa es, como se ha dicho, la avaricia que engendra y hace crecer la pasión. Pienso que así se indica la gula, como madre y nutriz de la fornicación. Y la avidez es un mal no sólo respecto a las riquezas, sino también respecto a los alimentos; como el dominio de sí es bueno no sólo respecto a los alimentos, sino también respecto a las riquezas.

85. Como un pájaro atado al pie apenas comienza a volar es tirado a tierra, arrastrado por la correa, así tam-

39. Sal 18, 10 y 33, 10.

40. Col 3, 5.

bién el intelecto que aún no ha alcanzado la imperturbabilidad y vuela hacia el conocimiento de las cosas celestes es tirado a tierra, arrastrado por las pasiones.

86. Cuando el intelecto se ha librado perfectamente de las pasiones, entonces camina directamente hacia la contemplación de los seres, dirigiéndose hacia el conocimiento de la santa Trinidad.

87. Siendo el intelecto puro, al recoger las ideas de las cosas es movido hacia la contemplación espiritual de ellas. Hecho impuro por indolencia, imagina las simples ideas de las otras cosas, pero cuando recibe aquellas humanas, se vuelve a pensamientos vergonzosos o malvados.

88. Cuando jamás un pensamiento mundano perturbe tu intelecto durante el tiempo de la oración, sabe entonces que no estás fuera de los confines de la imperturbabilidad.

89. Cuando el alma empieza a sentir su propia buena salud, entonces comienza también a ver las imágenes en el sueño, simples y sin turbación.

90. Como la belleza de las cosas visibles atrae a sí el ojo sensible, así también el conocimiento de las cosas invisibles atrae a sí el intelecto puro: por invisible entiendo las cosas incorpóreas ⁴¹.

41. EVAGRIO dice: «Igual que la piedra de Magnesia, por su potencia natural atrae el hierro a sí, de la misma manera el santo conocimiento atrae naturalmente a sí al intelecto puro». *Kephalaia Gnostica* II, 34.

91. Es gran cosa no sufrir a causa de las cosas, pero mucho más grande es permanecer imperturbable ante sus imágenes. Por esto, la guerra de los demonios contra nosotros mediante los pensamientos, es más dura que aquella mediante las cosas.

92. Quien ha cultivado bien las virtudes y se ha enriquecido por el conocimiento, viendo claramente las cosas según su naturaleza, hace y considera toda cosa según la recta razón, no engañándose en modo alguno. Llegamos a ser, pues, virtuosos o malos por el uso racional o irracional de las cosas.

93. Signo de gran imperturbabilidad es que las ideas de las cosas suban siempre simples al corazón, cuando el cuerpo vela y durante el sueño.

94. Con la práctica de los mandamientos el intelecto se despoja de las pasiones; con la contemplación espiritual de las cosas visibles [se desprende] de las ideas pasionales de las cosas; con el conocimiento de las cosas invisibles [se despoja] de la contemplación de las cosas visibles; y finalmente, con el conocimiento de la santa Trinidad [se desprende] de aquéllas [las cosas invisibles].

95. Como el sol, surgiendo e iluminando al mundo, se muestra a sí mismo y a las cosas iluminadas por él, así también el Sol de justicia surgiendo en el intelecto puro, se muestra a sí mismo y a los principios de todas las cosas que han sido y serán hechas por Él.

96. No conocemos a Dios por su esencia, sino por su magnificencia y por su providencia de los seres; por medio de éstas, como por medio de espejos, comprendemos su infinita bondad, sabiduría y potencia.

97. El intelecto puro se encuentra en las ideas simples de las cosas humanas o en la contemplación natural de las cosas visibles o en aquélla de las invisibles, o en la luz de la santa Trinidad.

98. El intelecto que ha llegado a la contemplación de las cosas visibles busca sus principios naturales o aquello que las cosas significan o investiga su misma causa.

99. Dándose a la contemplación de las cosas invisibles, [el intelecto] busca sus principios naturales, la causa de su origen, aquello que está en relación con ellas y qué providencia y juicio exista en torno a ellas.

100. Llegado a Dios, inflamado por el vivo deseo, [el intelecto] busca en primer lugar los principios en torno a la esencia [de Dios], pero no encuentra apaciguamiento en aquello que le es propio: esto es realmente imposible y negado igualmente a toda naturaleza creada. Y es apaciguado entonces por aquello que está en torno a Él, es decir, cuanto respecta a la eternidad, la infinitud, la inmensidad, la bondad, la sabiduría y la potencia que crea, provee y juzga a los seres. Y de Él, sólo esto es comprensible: la infinitud; y el hecho mismo de no conocer nada es un conocimiento superior al intelecto, como han dicho los teólogos Gregorio⁴² y Dionisio⁴³.

42. GREGORIO DE NACIANZO, *Orat.* 38, 7 (PG 36, 317c y 628a).

43. PSEUDO-DIONISIO, *Ep.* 1-5 (PG 3, 1065-1076).

SEGUNDA CENTURIA

1. El que ama sinceramente al Señor ora también sin distracción, y quien ora sin distracción ama también sinceramente al Señor. No ora, en cambio, sin distracción quien tiene el intelecto adherido a cualquier cosa terrestre; por eso no ama a Dios quien tiene el intelecto ligado a cualquier cosa terrestre.

2. El intelecto que se entretiene en una cosa sensible tiene ciertamente pasión por ella, de concupiscencia o tristeza, ira o rencor; y si no desprecia aquella cosa, no puede librarse de aquella pasión.

3. Las pasiones, dominando al intelecto, lo atan a las cosas materiales y, separándolo de Dios, hacen que se consagre a ellas. El amor de Dios, en cambio, cuando domina al intelecto, lo libra de los lazos, persuadiéndolo de despreciar no sólo las cosas sensibles, sino también nuestra misma vida temporal.

4. Es obra de los mandamientos volver puras las ideas de las cosas; [es obra] de la lectura y de la contemplación hacer al intelecto inmaterial e informe, y de esto viene el orar sin distracción.

5. No basta la vida activa para la perfecta liberación del intelecto respecto a las pasiones, de modo que pueda orar sin distracción, si no le suceden también diversas

contemplaciones espirituales ⁴⁴. La primera libra al intelecto sólo de la incontinencia y del odio, la otra, en cambio, también del olvido y de la ignorancia; y así podrá orar como es debido.

6. Dos son los estados más altos de la oración pura: uno es propio de los hombres activos, el otro de los contemplativos. Aquél nace en el alma por el temor de Dios y por la buena esperanza; el otro, del ardiente amor divino y de la total purificación. Signos del primer estado son que el intelecto recoja en sí todas las ideas del mundo y, como si estuviese presente Dios mismo, como realmente lo está, hacer las oraciones sin distracción ni turbación. Signos del segundo estado son que el intelecto sea raptado en el mismo impulso de la oración, por la luz divina e infinita y no sentir absolutamente nada más, ni de sí mismo ni de cualquier otro ser, sino sólo de quien obra tal esplendor en él, por medio de la caridad. Entonces, movido en torno a los principios acerca de Dios, recibe puras y límpidas las imágenes acerca de Él.

7. Se adhiere plenamente al objeto que se ama y, para no ser privado de él, se desprecia todo lo que lo obstaculiza. Así quien ama a Dios se empeña en la oración y aparta de sí toda pasión que la obstaculiza.

8. Quien expulsa el amor propio ⁴⁵, madre de las pasiones, aleja también, fácilmente, las otras con la ayuda de Dios, como la ira, la tristeza, el rencor y el resto. Pero

44. Para el significado de «contemplaciones espirituales» véanse *Char* II, 55; III, 67; IV, 7, 79.

45. *filautía*.

quien es vencido por el amor propio, es golpeado también por las otras, aunque no lo quiera. El amor propio es la pasión por el cuerpo.

9. A causa de estos cinco motivos los hombres se aman entre sí, sea laudablemente sea reprochablemente: O por Dios, como el virtuoso que ama a todos o como quien, aun no siendo virtuoso, ama al virtuoso; o por naturaleza, como los padres aman a los hijos y viceversa; o por vanagloria, como quien es honrado ama a quien lo honra; o por avaricia, como quien ama al rico por interés; o por amor al placer, como quien cuida del vientre y de los placeres sexuales. El primer motivo es laudable, el segundo, indiferente; los otros, pasionales.

10. Si a algunos odias; a otros, en cambio, no los amas ni los odias; a otros los amas, pero con medida; a otros, en cambio, los amas intensamente; conoce de tal desigualdad que estás lejos de la caridad perfecta que manda amar a todo hombre por igual.

11. *Apártate del mal y haz el bien*⁴⁶. Es decir, combate a los enemigos, para atenuar las pasiones, y luego sé sobrio, para que no aumenten. Y de nuevo: combate para adquirir la virtud y luego sé sobrio para custodiarla. Y en esto consistiría el *trabajar* y el *custodiar*⁴⁷.

12. Los que con permiso de Dios nos tientan, o calientan la parte concupiscible del alma o turban la irascible u oscurecen la racional o llenan el cuerpo con dolores o arrebatan las cosas corporales.

46. Sal 36, 27.

47. Alusión a Gn 2, 15.

13. Los demonios o nos tientan por sí mismos o arman contra nosotros a aquellos que no temen al Señor. Por sí mismos, cuando nos apartamos de los hombres, como [tentaron] al Señor en el desierto; por medio de los hombres, cuando vivimos con ellos, como [tentaron] al Señor por medio de los fariseos. Pero nosotros, mirando a nuestro modelo, rechazamos a ambos.

14. Cuando el intelecto comienza a progresar en el amor a Dios, entonces también el demonio de la blasfemia comienza a tentarlo y le insinúa tales pensamientos, que ningún hombre —sólo el padre de ellos, el diablo— puede interpretar. Hace esto, envidiando al amigo de Dios, para que, llegado a la desesperación por haber tenido tales pensamientos, no ose elevarse más a Él con la oración habitual. Pero no obtiene su objetivo el que es execrable, sino que nos hace aún más firmes. Combatidos y combatiendo, somos hallados más probados y más sinceros en el amor de Dios: *Entra su espada en su corazón y sus arcos se quiebran*⁴⁸.

15. El intelecto, aplicándose a las cosas visibles, piensa según naturaleza las cosas mediante la sensación, y no es malo ni el intelecto ni el pensar según naturaleza ni las cosas ni la sensación. Éstas son obra de Dios. ¿Qué es, entonces, el mal? Evidentemente la pasión del pensamiento según naturaleza, que puede incluso no encontrarse en el uso de los pensamientos, si el intelecto vigila.

16. La pasión es un movimiento del alma contra naturaleza o hacia un amor irracional o hacia un odio insensato o hacia cualquiera o a causa de cualquier cosa

48. Sal 36, 15.

sensible. Por ejemplo, hacia un amor irracional o de alimentos o de mujer o de riqueza o de gloria pasajera o de cualquier otro objeto sensible o a causa de estas cosas; hacia el odio insensato, por ejemplo, de una de las cosas predichas, como se ha afirmado, o contra cualquiera a causa de éstas.

17. A su vez, el vicio es el uso errado de las ideas, al cual sigue el abuso de las cosas. Así, por ejemplo, para la mujer el recto uso de la unión conyugal es el fin de la procreación de los hijos. El que mira al placer yerra en torno al uso, teniendo por bien lo que no lo es; ese tal abusa uniéndose con la mujer. Y así también respecto a las otras cosas e ideas.

18. Cuando los demonios expulsan al intelecto de la castidad, lo rodean con pensamientos de fornicación; entonces di con lágrimas al Señor: *Después de haberme expulsado, ahora me rodean. ¡Oh gozo mío, líbrame de aquellos que me rodean!*⁴⁹, y serás salvado.

19. Terrible es el demonio de la fornicación y violentamente cae sobre aquellos que luchan contra la pasión, y especialmente en el descuido de la conducta y en los encuentros con las mujeres. Escondido en la dulzura del placer asalta al intelecto, luego ataca mediante el recuerdo a quien se ha recogido en soledad, e inflamando el cuerpo y presentando al intelecto formas variadas, lo atrae a consentir el pecado. Si quieres que éstas no se entretengan en ti, toma el ayuno, el trabajo, la vigilia y el bello recogimiento⁵⁰ junto con la oración continua.

49. Sal 16, 11 y 31, 7.

50. *hesychía*.

20. Los que buscan siempre nuestra alma, la buscan mediante los pensamientos pasionales, para moverla al pecado de pensamiento o de obra. Cuando encuentran, pues, al intelecto que no los acoge, entonces serán avergonzados y rechazados; cuando lo encuentran dedicado a la contemplación espiritual, entonces serán rechazados y avergonzados un breve tiempo.

21. Muestra carácter de diácono quien unge el intelecto para los sagrados combates y expulsa de él los pensamientos pasionales; carácter de presbítero, quien lo ilumina en el conocimiento de los seres y disipa el falso conocimiento; carácter de obispo, quien lo perfecciona con el óleo sagrado del conocimiento de la adorable y santa Trinidad.

22. Los demonios se debilitan cuando por medio de los mandamientos las pasiones disminuyen en nosotros; perecen, cuando son dispersados definitivamente por medio de la imperturbabilidad del alma, al no encontrar ya aquello por lo cual estaban en ella y la combatían. Y éste sería el sentido de: *Se debilitarán y perecerán lejos de tu rostro*⁵¹.

23. De los hombres, algunos se abstienen de las pasiones por temor humano; otros, por vanagloria; otros, por dominio de sí; otros son liberados de las pasiones por medio de los juicios divinos.

24. Todas las palabras del Señor comprenden estas cuatro cosas: los mandamientos, la doctrina, las amenazas y las promesas. Y por estas cosas soportamos toda

51. Sal 9, 4.

pena, es decir: ayunos, vigiliias, dormir sobre tierra, fatigas y angustias en el servicio de los otros, afrentas, deshonra, torturas, muerte y cosas semejantes: *Por las palabras de tus labios, dice el salmo, mantuve duros caminos*⁵².

25. Recompensa al dominio de sí es la imperturbabilidad, y a la fe, el conocimiento. La imperturbabilidad engendra el discernimiento, y el conocimiento, el amor a Dios.

26. El intelecto que realiza bien la «vida activa» progresa en la prudencia; el que realiza bien la «contemplativa», en el conocimiento. De aquélla es propio el llevar a quien lucha, al discernimiento de la virtud y del vicio; de ésta, el conducir a quien participa de ella, a las esencias de las cosas incorpóreas y corpóreas. Será encontrado digno de «la gracia teológica» cuando, superadas todas las cosas dichas mediante las alas de la caridad y encontrándose en Dios, por medio del Espíritu, examinará a fondo, en cuanto es posible al intelecto humano, Su esencia.

27. Cuando estés por dedicarte a la teología, no busques los principios de lo que es propio de Él —no los puede encontrar un intelecto humano, ni siquiera el de alguno de aquellos que están después de Él—; sino, en la medida de lo posible, indaga los principios de lo que está en torno a Él, es decir, aquéllos acerca de la eternidad, la infinitud, la inmensidad, la bondad, la sabiduría y la potencia creadora, providente y juez de los seres. Éste es entre los hombres un gran teólogo, el que encuentra, aunque sea limitadamente, las razones de estas cosas.

52. Sal 16, 4.

28. Poderoso es el hombre que ha unido el conocimiento a la acción; con ésta destruye la concupiscencia y domina la ira; con aquél pone alas al intelecto y vuela hacia Dios.

29. Cuando el Señor dice: *Yo y el Padre somos uno*, señala la identidad de la sustancia. Cuando luego dice: *Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*, revela la inseparabilidad de las personas. Los triteístas, separando al Hijo del Padre, caen en un precipicio. Sea cuando dicen que el Hijo es coeterno con el Padre, pero separan uno del otro, están forzados a decir que no ha sido engendrado por Él y a caer en afirmar que son tres Dioses y tres principios; sea cuando dicen que es engendrado por Él, pero lo separan, están forzados a decir que no es coeterno con el Padre y a someter al tiempo al Señor de los tiempos. Es necesario conservar el Dios uno y confesar las tres personas, según el gran Gregorio, y cada una con su propiedad. Según él, «es distinto», pero «sin división», y «está unido», pero «con distinción». Por esto es extraordinaria la distinción y la unión: porque, ¿qué tiene de extraordinario si, como un hombre está unido y es distinto de otro, así también el Hijo respecto al Padre y nada más?

30. Quien es perfecto en la caridad y ha alcanzado el culmen de la imperturbabilidad no conoce distinción entre lo propio y lo ajeno, o entre fiel e infiel, o entre esclavo y libre o, en una palabra, entre varón y mujer; sino que, llegado a ser superior a la tiranía de las pasiones, y mirando a la única naturaleza de los hombres, considera a todos de modo igual y está dispuesto de igual modo hacia todos. No hay en él, pues, griego y judío, ni varón y mujer, ni esclavo y libre, sino Cristo en todo y en todos⁵³.

53. Citación libre de Ga 3, 28.

31. De las pasiones escondidas en el alma los demonios toman ocasión para excitar en nosotros los pensamientos pasionales; luego, combatiendo con éstos al intelecto, lo fuerzan a llegar a consentir el pecado. Derrotado aquél, lo mueven al pecado de pensamiento y, cumplido esto, lo conducen prisionero, por último, a la acción. Y después de ésta, los que han desolado el alma con los pensamientos, se marchan con éstos. Y permanece sólo en el alma el ídolo del pecado, del cual dice el Señor: *Cuando veáis la abominación de la desolación estar en el lugar santo, el que lee que entienda*⁵⁴. Lugar santo y templo de Dios es el intelecto del hombre, en el cual los demonios, desolada el alma con los pensamientos pasionales, ponen el ídolo del pecado. Y que esto ha sucedido también históricamente, ninguno de los que han leído las obras de José⁵⁵, a mi parecer, puede dudarlo, aun cuando algunos dicen que estas cosas sucederán en el tiempo del Anticristo.

32. Tres son las cosas que nos mueven al bien: las tendencias naturales, las santas potencias⁵⁶ y la buena elección. Las tendencias naturales, cuando lo que queremos que nos hagan los hombres, también se lo hacemos de modo semejante; o cuando vemos a cualquiera en dificultad o en necesidad y nos compadecemos naturalmente de él. Las santas potencias, como cuando, movidos hacia una cosa buena, encontramos una buena ayuda y caminamos directamente. La buena elección, como cuando, distinguiendo el bien del mal, elegimos el bien.

54. Mt 24, 15.

55. Se refiere a la *Guerra Judaica* de FLAVIO JOSEFO.

56. Cuando MÁXIMO designa a las «potencias» se refiere a los ángeles. Cf. *Char* III, 26.

33. Así son también tres las cosas que nos mueven al mal: las pasiones, los demonios y la mala elección. Las pasiones, como cuando deseamos una cosa contra razón, sea el alimento fuera de tiempo o sin necesidad, sea una mujer fuera del fin de la procreación de hijos o aquella no legítima; y además cuando nos enojamos y nos entristecemos sin derecho, por ejemplo contra quien nos ha deshonrado o dañado. Los demonios, como cuando, espionando el tiempo oportuno, nos caen de improviso con gran violencia durante nuestro descuido, excitando las ya dichas pasiones y otras similares. La mala elección, como cuando, aun conociendo el bien, elegimos el mal.

34. Recompensas de las fatigas de la virtud son la imperturbabilidad y el conocimiento; éstas nos procuran el reino de los cielos, mientras las pasiones y la ignorancia nos procuran el suplicio eterno. Quien busca estas recompensas por gloria humana y no por el bien en sí, escuche de parte de la Escritura: *Pedís y no recibís, porque pedís mal*⁵⁷.

35. Muchas son las obras de los hombres, buenas por naturaleza, que, sin embargo, dejan de ser buenas por algún motivo: el ayuno y la vigilia, la oración y la salmodia, la limosna y la hospitalidad son obras buenas por naturaleza, pero cuando se hacen por vanagloria, ya no son buenas.

36. De todo lo que hacemos Dios busca la intención: si lo hacemos por Él o por otro motivo.

57. St 4, 3.

37. Cuando escuchas la Escritura que dice: *Tú das a cada uno según sus obras*⁵⁸, quiere decir que Dios retribuye las obras buenas, no aquéllas hechas contra la recta intención, aunque parezcan ser buenas, sino evidentemente aquéllas según la recta intención. El juicio de Dios contempla no los hechos, sino la intención de los hechos.

38. El demonio de la soberbia tiene una doble maldad: o persuade al monje a atribuir las obras buenas a sí mismo y no a Dios, el dispensador de los bienes y auxilios para su realización, o sugiere a quien no está convencido de esto, de despreciar a los hermanos aún imperfectos. El que así obra ignora que de este modo le sugiere rehusar la ayuda de Dios. Si desprecia a aquéllos como incapaces de realizar el bien, evidentemente se presenta a sí mismo como quien lo ha realizado con sus propias fuerzas, lo que es imposible, ya que el Señor dice: *Sin mí no podéis hacer nada*⁵⁹; porque nuestra debilidad, movida al bien, sin el dispensador de los bienes no puede llegar a término.

39. El que ha conocido la debilidad de la naturaleza humana ha tenido también experiencia de la potencia divina, y éste, obrando bien por medio de ella en algunas cosas, esforzándose en hacer otras, no desprecia jamás a ningún hombre. Sabe que Dios, como lo auxilió y lo libró [a él] de muchas pasiones y dificultades, así es también capaz de ayudar a todos, cuando Él quiere, y especialmente a quien lucha por Él, aunque por alguno de sus juicios no lo libre de todas las pasiones de una

58. Sal 61, 13.

59. Jn 15, 15.

vez, sino en el tiempo oportuno, ya que, como buen médico y amigo de los hombres ⁶⁰, cura a cada uno de aquellos que se esfuerzan.

40. La soberbia sobreviene a la inactividad de las pasiones, o siendo eliminadas las causas o retirándose fingidamente los demonios.

41. Casi todo pecado se produce por el placer, mientras que su destrucción [se realiza] por medio del sufrimiento y la aflicción –voluntarios o involuntarios– a través de la penitencia o de una prueba que sobreviene dispuesta por la Providencia. *Si nos examinamos nosotros mismos no seremos juzgados; pero, juzgados por el Señor, somos corregidos, para no ser condenados con el mundo* ⁶¹.

42. Cuando te viene inesperadamente la tentación, no acuses a aquel por medio de quien te viene, sino busca la causa por la cual te viene y encuentra la corrección: porque tanto por medio de aquél como por medio de otros, tendrías que beber totalmente el ajeno de los juicios de Dios.

43. Inclinado como eres al mal, no rehuses el sufrimiento, a fin de que, humillado por medio de éste, puedas vomitar tu soberbia.

44. Algunas tentaciones llevan placer a los hombres; otras, aflicciones; otras, penas corporales. Según la causa de las pasiones que se encuentra en el alma, el médico de las almas aplica el remedio mediante sus juicios.

60. *filánthropos*.

61. 1 Co 11, 31-32.

45. Los ataques de las tentaciones llevan a algunos a la destrucción de los pecados ya cometidos; a otros, a la destrucción de aquellos que se cometen ahora; a otros, al impedimento de aquellos que se están por cometer; excepto aquellas tentaciones que advienen para la prueba, como en el caso de Job.

46. El sabio, considerando la sanación de los juicios divinos, soporta con agradecimiento la adversidad que le sucede por éstos y no atribuye a ningún otro la causa sino a sus propios pecados. El necio, en cambio, ignorando la sapientísima providencia de Dios, pecando y siendo castigado, tiene a Dios o a los hombres por causa de sus propios males.

47. Hay ciertas cosas que detienen las pasiones en su movimiento y no les permiten que aumenten, y hay otras que las disminuyen y hacen que disminuyan; por ejemplo, el ayuno, el trabajo y la vigilia no permiten que la concupiscencia crezca; la soledad, la contemplación, la oración y el intenso amor a Dios la disminuyen y llevan a su desaparición. Así también para la ira: la longanimidad, la ausencia de rencor y la mansedumbre la detienen y no la dejan crecer; la caridad, en cambio, la limosna, la bondad y la benevolencia la disminuyen.

48. En aquel cuyo intelecto está continuamente [orientado] hacia Dios, también su concupiscencia crece sobre medida en el ardiente amor divino y también la entera potencia irascible se transforma en caridad divina. Por la detenida participación en la iluminación divina, habiendo llegado a ser todo luminoso y habiendo dominado la parte pasible, la dirige, como se ha dicho, hacia el ardiente e incesante amor divino y hacia la caridad infinita, trasportándola completamente de las cosas terrestres a lo divino.

49. El que no envidia, ni se llena de ira, ni tiene rencor a quien lo ha entristecido no posee aún completamente la caridad hacia él; puede, incluso sin amarlo, no devolverle mal por mal, según el mandamiento, pero ciertamente no darle libremente bien a cambio de mal. El hacer deliberadamente el bien a quien nos odia es propio sólo de la perfecta caridad espiritual.

50. El que no ama a alguno, no lo odia aún completamente, ni, por otra parte, quien no lo odia lo ama ya completamente; pero puede estar en el medio respecto a él, es decir, no amarlo ni odiarlo. Sólo los cinco motivos expuestos en el capítulo noveno de esta centuria, hacen nacer en nosotros la disposición de amor: el [motivo] laudable, el indiferente y los reprochables.

51. Cuando veas a tu intelecto entregado con placer a las cosas materiales y entretenido voluntariamente con sus ideas, sabe entonces que amas a éstas más que a Dios: *Donde está tu tesoro —dice el Señor— allí estará también tu corazón*⁶².

52. El intelecto que está unido a Dios y se entretiene por largo tiempo con Él mediante la oración y la caridad, se hace sabio, bueno, poderoso, amigo de los hombres⁶³, compasivo y magnánimo; y, para decirlo simplemente, lleva en sí casi todos los atributos divinos. Alejándose de Él y dándose a las cosas materiales, se hace amante del placer y llega a ser bestial, combatiendo por esto a los hombres.

62. Mt 6, 21.

63. *filánthropos*.

53. Mundo llama la Escritura a las cosas materiales y mundanos son quienes ocupan al intelecto en estas cosas, a los cuales dice en modo aún más severo: *No améis al mundo ni las cosas del mundo; la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida no vienen de Dios, sino del mundo*⁶⁴, y el resto.

54. Monje es aquel que ha separado el intelecto de las cosas materiales y persevera unido a Dios mediante el dominio de sí, la caridad, la salmodia y la oración.

55. Criador de ganado es, en sentido espiritual, el hombre práctico: los ganados significan las acciones morales, y por esto Jacob decía: *Hombres criadores de ganado son tus siervos*⁶⁵. Pastor de ovejas es, en cambio, el hombre contemplativo [gnóstico]: las ovejas significan los pensamientos que son pastoreados por el intelecto en los montes de la contemplación, y por eso: *Todo pastor de ovejas es una abominación para los egipcios*⁶⁶, es decir, para las potencias adversarias.

56. El intelecto vicioso, cuando el cuerpo es movido mediante los sentidos a sus propias concupiscencias y placeres, sigue y consiente a las imaginaciones y a los impulsos de éste; el intelecto virtuoso, en cambio, es dueño de sí y frena las imaginaciones y los impulsos pasionales y, sobre todo, se empeña como un verdadero filósofo, en hacer mejor sus movimientos.

57. De las virtudes, unas son corporales y otras espirituales. Corporales son, por ejemplo, el ayuno, el dor-

64. 1 Jn 2, 15-16.

65. Gn 46, 34.

66. Ibid.

mir sobre tierra, el servicio a los otros, el trabajo manual para no ser carga a ninguno o para distribuir los beneficios, etc. Espirituales son, por ejemplo, la caridad, la magnanimidad, la mansedumbre, el dominio de sí, la oración, etc. Si, pues, por cualquier necesidad o circunstancia corporal, como por enfermedad o algo similar, nos sucede de no poder realizar las predichas virtudes corporales, obtenemos perdón de Aquel que conoce también los motivos. Pero si no realizamos aquellas espirituales no tendremos justificación alguna, pues no están sujetas a necesidad alguna.

58. El amor a Dios persuade a quien participa de él a despreciar todo placer pasajero, toda fatiga y tristeza. Y que te convenzan todos los santos, que con gozo sufrieron tanto por Cristo.

59. Cuídate del amor propio, madre de los vicios, que es el amor irracional del cuerpo. De él nacen, sin duda, los primeros tres pensamientos pasionales fundamentales: el de la gula, el de la avaricia y el de la vanagloria, que tiene su origen en las exigencias necesarias del cuerpo; por ellos nace toda la serie de vicios. Es preciso, pues, como se ha dicho, cuidarse necesariamente de este amor propio y combatirlo con mucha sobriedad; destruido éste, son destruidos todos los pensamientos que provienen de él.

60. La pasión del amor propio sugiere al monje tener compasión del cuerpo e indulgencia respecto a los alimentos más allá de lo conveniente, para que, bajo el pretexto de un sabio cuidado de sí, arrastrado poco a poco, caiga en la fosa del amor al placer. Luego, inspira al hombre mundano el tener cuidado de sí por la concupiscencia.

61. Dicen que éste es el grado más alto de la oración: que el intelecto durante la oración se ponga fuera de la carne y del mundo, totalmente inmaterial y sin forma. Quien mantiene este estado íntegro, éste en verdad ora incesantemente.

62. Como el cuerpo que muere se separa de todas las cosas del mundo, así también el intelecto, muriendo en el grado más alto de oración, se separa de todas las ideas del mundo. Si no muere de tal muerte, no puede encontrarse a sí mismo y vivir en Dios.

63. Que nadie te engañe, oh monje, diciéndote que es posible salvarte sirviendo al placer y a la vanagloria.

64. Como el cuerpo peca por medio de las cosas y tiene las virtudes corporales para corrección, para llegar a ser temperante, así también el intelecto peca por medio de las ideas pasionales y tiene, de modo semejante, para corrección, las virtudes espirituales, para que llegue a ser temperante, viendo las cosas de manera pura e imperturbable.

65. Como las noches suceden a los días y los inviernos a los veranos, así tristezas y dolores siguen a la vanagloria y a los placeres, sea en el presente, sea en el futuro.

66. No es posible que el que ha pecado escape del juicio futuro sin penas voluntarias o pruebas involuntarias.

67. Dicen que por cinco motivos Dios permite que seamos combatidos por los demonios: dicen que el primero es éste: para que combatidos y combatiendo lleguemos al discernimiento de la virtud y del vicio; el se-

gundo, para que, conquistada la virtud por la lucha y la fatiga, la mantengamos firme y constante; el tercero, para que progresando en la virtud no nos hagamos soberbios, sino que aprendamos a ser humildes; el cuarto, para que, habiendo experimentado el mal, lo odiamos con un odio total; el quinto, sobre todos, para que, hechos inmunes a las pasiones, no nos olvidemos de nuestra debilidad propia ni de la potencia de Quien nos ha auxiliado.

68. Como el intelecto de quien tiene hambre se imagina el pan y el de quien tiene sed, el agua; así también el del goloso se imagina variedad de alimentos; y el de quien ama el placer, formas de mujeres; y el del que tiene vanagloria, honores de parte de los hombres; y el del avaro, las ganancias; y el del rencoroso, la venganza de quien lo ha ofendido; y el del envidioso, el mal de quien el envidia, y así también para las otras pasiones. El intelecto, agitado por ellas, recibe las ideas pasionales, en la vigilia del cuerpo y en los sueños.

69. Cuando crece la concupiscencia, el intelecto se representa en el sueño los objetos que producen los placeres; cuando crece la ira, ve las cosas que producen los temores. Son los demonios impuros quienes hacen crecer las pasiones, tomando como colaboradora a nuestra negligencia y excitándola; los santos ángeles, en cambio, las hacen disminuir, empujándonos al ejercicio de la virtud.

70. La parte concupiscible del alma, excitada más frecuentemente, pone en sí una pertinaz actitud de amor al placer; la parte irascible, continuamente turbada, hace al intelecto temeroso y débil. Curan a la primera el ejercicio asiduo del ayuno, de la vigilia y de la oración; a la segunda, el de la benignidad, del amor a los hombres, de la caridad y de la misericordia.

71. Los demonios combaten por medio de las cosas o por medio de los pensamientos pasionales unidos a las cosas: por las cosas [combaten] a aquellos que están entre ellas; por los pensamientos, a aquellos que están separados de ellas.

72. Es más fácil pecar de pensamiento que de obra, igual que es más difícil la lucha contra los pensamientos que contra las cosas.

73. Las cosas están fuera del intelecto, pero sus ideas están dentro. En el intelecto está el usar bien o mal de éstas; el abuso de las cosas sigue al uso erróneo de sus pensamientos.

74. El intelecto recibe las ideas pasionales por estos tres medios: la sensación, la condición del cuerpo y la memoria. Mediante la sensación, cuando las cosas a las cuales tenemos pasión, se dirigen a ella y mueven al intelecto a pensamientos pasionales; mediante la condición del cuerpo, cuando éste, alterado por un modo de vida desarreglado o por acción de los demonios o por cualquier enfermedad, mueve al intelecto nuevamente a pensamientos pasionales o contra la Providencia; mediante la memoria, cuando ésta representa las ideas de las cosas por las cuales hemos sido tomados por las pasiones y mueve, de modo semejante, al intelecto hacia pensamientos pasionales.

75. De las cosas que Dios nos ha dado en uso, algunas se encuentran en el alma, otras en el cuerpo y otras en torno al cuerpo. En el alma, por ejemplo, sus potencias; en el cuerpo, los órganos de los sentidos y los otros miembros; en torno al cuerpo, los alimentos, las riquezas, los bienes, etc. El uso bueno o malo de estas cosas o

de los accidentes que las modifican muestra que somos virtuosos o viciosos.

76. De los accidentes que modifican las cosas, algunos son propios de las cosas del alma, otros, de aquellas del cuerpo y otros, de aquellas en torno al cuerpo; de aquellas del alma, como conocimiento e ignorancia, olvido y memoria, amor y odio, temor y coraje, tristeza y alegría, etc.; de aquellas del cuerpo, como placer y dolor, sensibilidad e insensibilidad, salud y enfermedad, vida y muerte, y otros semejantes; de aquellas en torno al cuerpo, como fecundidad y esterilidad, riqueza y pobreza, gloria y deshonor, etc. De estos accidentes, algunos son considerados por los hombres como buenos y otros como malos, aunque ninguno de ellos sea malo en sí; sin embargo se convierten verdaderamente en buenos o malos por su uso.

77. El conocimiento es bueno por naturaleza, como también la salud; pero sus opuestos les sirvieron a muchos exactamente como éstos. A los viciosos el conocimiento no les viene para bien, aun cuando sea un bien por naturaleza, como se ha dicho; así tampoco la salud ni la riqueza ni la alegría, porque no usan de ellas convenientemente. Por esto, a ellos les conviene lo opuesto, que no es malo en sí, aunque lo parezca.

78. No abuses de los pensamientos para no abusar luego necesariamente también de las cosas. Si alguno no pecase antes con el pensamiento, no pecaría luego de obra.

79. Imagen del hombre terrestre son los vicios capitales: insensatez, vileza, intemperancia, injusticia; imagen del hombre celeste, las virtudes cardinales: prudencia,

fortaleza, templanza, justicia. Pero como llevamos la imagen del hombre terrestre, llevaremos también la imagen del hombre celeste⁶⁷.

80. Si quieres encontrar el camino que conduce a la vida, búscalo en el camino –y allí lo encontrarás– que dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*⁶⁸. Pero búscalo intensamente y con esfuerzo, *porque son pocos los que lo encuentran*⁶⁹, para que no seas excluido de los pocos, y hallado entre los muchos.

81. Por estos cinco motivos el alma se abstiene de los pecados: o por temor a los hombres o por temor al juicio o por la recompensa futura o por el amor a Dios o, finalmente, por el remordimiento de la conciencia.

82. Algunos dicen que no estaría el mal en los seres si no hubiera otra potencia que nos arrastrara a ello; y ésta no es otra que la negligencia de las operaciones naturales del intelecto. Por eso aquellos que cuidan de él, hacen siempre el bien y nunca el mal. Si también tú quieres, aleja la negligencia y con ella el vicio, que es el uso equivocado de las ideas, al cual sigue el abuso de las cosas.

83. Es propio de nuestra parte racional, sea estar sujetos al Verbo divino, sea comandar nuestra parte irracional: mientras este orden sea respetado en todas las cosas, ni el mal estará en los seres ni se encontrará lo que conduce a ello.

67. 1 Co 15, 29.

68. Jn 14, 6.

69. Mt 7, 14.

84. De los pensamientos, algunos son simples y otros compuestos. Son simples aquéllos sin pasión; compuestos aquéllos pasionales, estando formados de pasiones y representaciones. Estando así las cosas, se pueden ver muchos pensamientos simples que siguen a los compuestos, cuando comienzan a ser movidos al pecado de pensamiento. Así, por ejemplo, a propósito del dinero: a la memoria de uno se presentó un pensamiento pasional en torno al dinero y lo movió con el intelecto a robar y consumó el pecado en el intelecto. Al recuerdo del dinero siguieron también el recuerdo de la bolsa, del cofre, del cuarto y del resto. Mientras que el recuerdo del dinero era un pensamiento compuesto, porque implicaba la pasión, el de la bolsa, el cofre, el cuarto y el resto era simple: el intelecto no tenía pasión respecto a estas cosas; y para todo otro pensamiento se trata de la misma cosa: para la vanagloria, para la mujer, etc. No todos los pensamientos que siguen al pasional son pasionales también ellos, como lo ha demostrado el discurso. De eso podemos conocer cuáles son los pensamientos pasionales y cuáles los simples.

85. Algunos dicen que los demonios, tocando durante el sueño las partes escondidas del cuerpo, excitan las pasiones de la fornicación; entonces, excitada la pasión, lleva al intelecto la forma de la mujer mediante la memoria. Otros, en cambio, dicen que [los demonios] aparecen al intelecto bajo el aspecto de mujer y, acercándose a las partes escondidas del cuerpo, mueven el deseo y así nacen las imaginaciones. Otros también dicen que la pasión predominante en el demonio que se aproxima, excita la pasión y así el alma se vuelve a los pensamientos, llevando las formas por medio de la memoria; y así para las otras imaginaciones pasionales algunos dicen que sucede en este modo y otros en ese otro. Pero en

ninguna de las predichas situaciones los demonios tienen el poder de excitar cualquier pasión, ni cuando el cuerpo está despierto ni durante el sueño, si están en el alma la caridad y el dominio de sí.

86. Es necesario que algunos mandamientos de la ley se observen a la letra y en espíritu, otros, en cambio, sólo en espíritu. Por ejemplo los mandamientos: *No cometerás adulterio, no matarás, no robarás*⁷⁰ y otros semejantes, es necesario observarlos a la letra y en espíritu; en espíritu en tres modos. En cambio el circuncidarse, el observar el sábado, el inmolar el cordero y el comerlo con ácidos y hierbas amargas y otros semejantes, sólo en espíritu⁷¹.

87. Tres son, en general, las condiciones morales que se piden a los monjes: la primera, no pecar de obra en nada; la segunda, no entretenerse en el alma con los pensamientos pasionales; la tercera, contemplar con el pensamiento imperturbablemente las formas de las mujeres y de quienes le han ofendido.

88. Pobre es aquel que ha renunciado a todos los bienes que tenía y no posee ya nada en la tierra, salvo el cuerpo; y, rota también la relación con éste, confía a Dios y a los hombres piadosos el cuidado de sí.

89. De aquellos que poseen, algunos poseen sin pasión, por eso, si son privados de sus cosas no se entristecen, como aquellos que acogieron con gozo el robo de sus bienes. Otros, en cambio, poseen con pasión, por

70. Ex 20, 13-15.

71. Cf. Gn 17, 10; Ex 31, 13; 12, 6-8.

eso, cuando van a ser privados, se afligen, como el rico del Evangelio, que *se marchó triste*⁷²; si son además efectivamente privados, se entristecen hasta la muerte. La privación revela, pues, la disposición de quien no tiene pasión y de quien, en cambio, la tiene.

90. Los demonios combaten a aquellos que han llegado a la cumbre de la oración, para que no reciban simples las ideas de las cosas sensibles; [combaten] a los contemplativos⁷³, para que entretengan en ellos los pensamientos pasionales; a aquellos que luchan en la vida activa, para inducirlos a pecar de obra; en suma, luchan en todo modo contra todos, para separar, malvados como son, a los hombres de Dios.

91. Los que en esta vida se ejercitan en la piedad bajo la guía de la providencia divina, son probados mediante estas tres tentaciones: o con el don de cosas agradables, como salud, belleza, fecundidad, riquezas, gloria, o cosas semejantes; o con el advenimiento de cosas dolorosas, como la privación de hijos, de riquezas o de gloria; o con aquellas cosas que hacen sufrir al cuerpo, como las enfermedades, los tormentos y cosas similares. A los primeros dice el Señor: *Si alguno no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser mi discípulo*⁷⁴; a los segundos y terceros: *Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas*⁷⁵.

92. Dicen que estas cuatro cosas modifican la condición del cuerpo y dan al intelecto, por medio de ella, pensamientos, sea pasionales sea sin pasión: los ángeles, los

72. Mt 19, 32.

73. gnósticos.

74. Cf. Lc 14, 33.

75. Lc 21, 19.

demonios, el clima y el tenor de vida. Dicen que los ángeles la cambian con la razón; los demonios, con el tacto; el clima, con sus variaciones; el tenor de vida, con la cualidad de los alimentos y de las bebidas y con su exceso o defecto, además de las modificaciones que advienen al alma a través de la memoria, el oído y la vista, padeciendo en primer lugar por los dolores o las alegrías que se le presentan. Entonces el alma, padeciendo estas cosas, modifica la condición del cuerpo y ésta, modificada luego por las cosas predichas, lleva al intelecto los pensamientos.

93. Muerte es, propiamente, la separación de Dios; *aguijón de la muerte, el pecado*⁷⁶, y recibiendo a éste, Adán fue expulsado al mismo tiempo del árbol de la vida, del paraíso y de Dios; a esto siguió necesariamente también la muerte del cuerpo. En cambio, vida es, propiamente, Aquel que dice: *Yo soy la vida*⁷⁷; y muriendo éste, condujo de nuevo a la vida a aquel que estaba muerto.

94. La palabra escrita se escribe o para recuerdo propio o para provecho de otros o también por ambos motivos o para daño de algunos o por ostentación o por necesidad.

95. *Lugar de hierbas* es la virtud activa; *agua de reposo*⁷⁸, el conocimiento de los seres.

96. *Sombra de muerte* es la vida humana; pero si uno está con Dios y Dios está con él, ése puede decir clara-

76. 1 Co 15, 56.

77. Jn 14, 6.

78. Sal 22, 2.

mente: *Aunque camine en medio de sombra de muerte, no temeré los males, porque tú estás conmigo* ⁷⁹.

97. Un intelecto puro mira rectamente a las cosas; una palabra desnuda pone bajo la vista las cosas observadas; un oído claro las recibe. Pero quien está privado de las tres facultades maldice a quien ha hablado.

98. Está con Dios quien conoce la santa Trinidad y sus obras creadoras y providentes y ha vuelto inmune de pasiones la parte del alma susceptible a ellas.

99. Dicen que la vara significa el juicio de Dios, el bastón su providencia. Es propio, pues, de quien ha obtenido el conocimiento de estas cosas decir: *Tu vara y tu bastón me han consolado* ⁸⁰.

100. Cuando el intelecto es despojado de las pasiones y es iluminado por la contemplación de los seres, entonces puede estar también en Dios y orar como es debido.

79. Sal 22, 4.

80. Id.

TERCERA CENTURIA

1. El uso racional de las ideas y de las cosas es causa de templanza, amor y conocimiento; el uso irracional, de intemperancia, odio e ignorancia.

2. *Has preparado ante mí una mesa*⁸¹, etc. La mesa significa aquí la virtud activa; ésta fue preparada por Cristo *frente a los que nos afligen*. El *óleo* que unge al intelecto significa la contemplación de los seres; el *cáliz* de Dios, el verdadero conocimiento de Dios; la *misericordia* de Él, su Verbo y Dios. Éste, por su encarnación, nos sigue *todos los días*, hasta que haya alcanzado a todos aquellos que se deben salvar, como Pablo⁸². La *casa* significa el reino, en el cual serán restablecidos todos los santos. La *longitud de los días*, la vida eterna.

3. A causa del abuso nos sobrevienen los vicios de las potencias del alma, es decir de la parte concupiscible, de la irascible y de la racional. Abuso de la potencia racional es la ignorancia y la insensatez; de las potencias irascible y concupiscible, el odio y la intemperancia. Uso de éstas, es el conocimiento y prudencia, amor y templanza;

81. Sal 22, 5-6: *Tú preparas ante mí una mesa frente a mis adversarios; unges con óleo mi cabeza, rebosante está mi copa. Sí, dicha y gracia me acompañarán todos los días de mi vida; mi morada será la casa de Yahveh a lo largo de los días.*

82. Cf. Flp 3, 12.

y, si esto es así, ninguna de las cosas creadas por Dios y que existen es mala.

4. No son malos los alimentos, sino la gula; ni la procreación de los hijos, sino la fornicación; ni las riquezas, sino la avaricia; ni la gloria, sino la vanagloria. Si es así, ninguno entre los seres es malo, a no ser el abuso que viene de la negligencia del intelecto en cultivarse a sí mismo según la naturaleza.

5. El bienaventurado Dionisio ⁸³ afirma que el mal en los demonios consiste en esto: ira irracional, concupiscencia insensata, fantasía precipitada. Irracionalidad, insensatez y precipitación son para las creaturas racionales privación de razón, de intelecto y de circunspección. Las privaciones son posteriores a la posesión; en consecuencia, una vez había en ellos razón, intelecto y prudente circunspección. Si esto es así, tampoco los demonios son malos por naturaleza, sino que han llegado a serlo por el abuso de las potencias naturales.

6. Algunas pasiones son causa de intemperancia; otras, de odio; otras, de intemperancia y de odio.

7. El comer muchos y agradables alimentos es causa de intemperancia; la avaricia y la vanagloria, de odio hacia el prójimo; el amor propio, madre de estos vicios, es causa de ambos.

8. El amor propio es el amor pasional e irracional por el cuerpo, al cual se contraponen la caridad y el dominio de sí. Quien tiene aquél, tiene todas las pasiones.

83. *De div. nom.* 4, 23 (PG 3, 724ss.).

9. *Ninguno*, dice el Apóstol, *odia su propia carne, sino que la mortifica y la esclaviza*⁸⁴, no concediéndole nada salvo *el alimento y el vestido*⁸⁵, y de esto, sólo lo necesario para vivir. Así, pues, la ama sin pasión, y *la nutre* como servidora de las cosas divinas y *la cuida* sólo con lo que cubre su necesidad.

10. Cuando se ama a alguno, hay un empeño por servirlo en todo. Si, pues, alguno ama a Dios, se empeña también en hacer todo lo que Le agrada; si, en cambio, ama la carne, se empeña en realizar lo que la deleita.

11. A Dios le agradan la caridad, la templanza, la contemplación y la oración; a la carne, en cambio, la gula, la intemperancia y lo que las hace crecer. Por eso, *aquellos que están en la carne no pueden agradar a Dios; en cambio, los que están en Cristo crucifican la carne con las pasiones y las concupiscencias*⁸⁶.

12. El intelecto que se inclina a Dios, tiene esclavizado el cuerpo y no le concede más que las cosas necesarias a la vida; pero si se inclina a la carne, llega a ser esclavo de las pasiones, cuidando de ella [la carne] siempre por su concupiscencia.

13. Si quieres dominar los pensamientos, vigila las pasiones y fácilmente las expulsarás del intelecto. Por ejemplo, en cuanto respecta a la fornicación, ayuna, vela, fatígate, vive en soledad; en cuanto a la ira y a la tristeza, desprecia la gloria, la deshonra y las cosas materiales; en

84. Ef 5, 29 y 1 Co 9, 27.

85. 1 Tm 6, 8.

86. Rm 8, 8 y Ga 5, 24.

cuanto al resentimiento, ora por quien te ofende y serás librado.

14. No te compares con hombres más débiles, sino más bien atiende al mandamiento de la caridad; comparándote con aquéllos, caes en el abismo de la presunción; atendiendo, en cambio, al mandamiento, progresas hasta la altura de la humildad.

15. Si observas en todo el mandamiento del amor al prójimo, ¿por qué motivo le causas la amargura de la aflicción? ¿No es claro que, prefiriendo al amor las cosas efímeras y apegándote a ellas, combates al hermano?

16. El dinero es objeto de envidia a los hombres no tanto por necesidad, cuanto porque muchos, por medio de él, se procuran placeres.

17. Tres son las causas del amor a las riquezas: amor al placer, vanagloria y falta de fe; pero más grave que las otras dos es la falta de fe.

18. El amante del placer ama el dinero, para deleitarse por medio de él; el que se vanagloria, para ser glorificado por él; el que no tiene fe, para esconderlo y custodiarlo, teniendo miedo del hambre, de la vejez, de la enfermedad o del exilio, y espera más en él que en Dios, autor y providente de toda la creación, hasta de los últimos y más pequeños seres vivientes.

19. Cuatro son aquellos que conservan riquezas: los tres predichos y el buen administrador; sólo éste, evidentemente, las conserva rectamente, para que no le falte nunca para subvenir a la necesidad de cada uno.

20. Todos los pensamientos pasionales o excitan la parte concupiscible del alma o turban aquella irascible o entenebrecen aquella racional. Y por esto sucede que el intelecto se hace ciego a la contemplación espiritual y al vuelo de la oración. Por eso el monje, y sobre todo aquel solitario, debe vigilar diligentemente los pensamientos y reconocer y cortar sus causas. Se reconocen así: por ejemplo los recuerdos pasionales de las mujeres excitan la parte concupiscible del alma; causas de éstos son la intemperancia en el comer y en el beber y el encuentro frecuente e irracional con las mismas mujeres; arrancan estos recuerdos el hambre, sed, vigilia y apartamiento⁸⁷. Así, los recuerdos pasionales de aquellos que nos entristecen turban la parte irascible; causas de éstos son el amor al placer, la vanagloria y el amor a las cosas materiales; por éstos se entristece el hombre pasional: o porque ha sido privado o porque no los ha alcanzado; cortan los recuerdos el desprecio y el descuido de estas mismas cosas por amor a Dios.

21. Dios se conoce a sí mismo y conoce también las cosas que ha creado; también las santas potencias conocen a Dios y conocen las cosas creadas por Dios. Pero no conocen las santas potencias a Dios y las cosas creadas por Él, del mismo modo como Dios se conoce a sí mismo y las cosas que ha creado.

22. Dios se conoce a sí mismo a partir de su bienaventurada sustancia; y [conoce] las cosas que ha creado, a partir de su sabiduría, mediante la cual y en la cual creó todos los seres. En cambio, las santas potencias conocen a Dios por participación, [Dios] que está por en-

87. *anachóresis*.

cima de la participación; y [conocen] las cosas creadas por Él con la percepción de las ideas que están en ellas.

23. Las cosas creadas están fuera del intelecto, pero éste recibe dentro de sí la contemplación de las cosas creadas. No así, respecto a Dios, eterno, infinito e inmenso, que da a las creaturas el ser, el ser-bueno y el ser-eterno.

24. La sustancia racional e intelectual participa de Dios santo, por su mismo ser, por la actitud del ser-bueno –hablo de bondad y de sabiduría–, y por la gracia del ser-eterno⁸⁸. De este modo conoce a Dios y [conoce] las cosas hechas por Él, por la percepción, como se ha dicho, de la sabiduría creadora contemplada en los seres, la cual se encuentra simple y no bajo forma de sustancia en el intelecto.

25. Dios, por suma bondad, llevando al ser a la sustancia racional e intelectual, le comunicó cuatro de sus divinas propiedades que mantienen, custodian y preservan las creaturas: el ser, el ser siempre, la bondad y la sabiduría. De éstas, las primeras dos las atribuyó a la sustancia; las otras dos a la facultad volitiva; precisamente a la sustancia, el ser y el ser siempre; a la facultad volitiva la bondad y la sabiduría, para que la creatura llegue a ser por participación aquello que Él es según su sustancia. Por esta participación ella se dice creada a imagen y se-

88. Máximo establece esta tríada: *ser*, *ser-bueno*, *ser-eternamente-bueno*. Mientras que el *ser* lo recibe por la creación, el *ser-bueno* lo escoge con su libre voluntad, y el *ser-eternamente-bueno* lo recibe como premio y don de la gracia en la vida futura. Es la confirmación eterna en el ser bueno. De esta manera, entre el nivel creacional y el nivel de la gracia se sitúa la libertad del hombre.

mejanza de Dios: a imagen, como ser, del Ser, y como dotada de ser siempre, de Aquel que siempre es; aunque no sin principio, pero sin fin; a semejanza, como buena, de Quien es bueno, y como sabia, de Quien es sabio: por naturaleza, Él; por gracia, ella. Toda naturaleza racional es a imagen de Dios, pero a semejanza, sólo los buenos y sabios.

26. Toda sustancia racional e intelectual se divide en dos órdenes: la naturaleza angélica y la humana. Toda naturaleza angélica se divide, nuevamente, en dos voluntades y grupos universales, santos y malditos: las santas potencias y los demonios impuros. Toda naturaleza humana se divide sólo en dos voluntades universales: piadosos e impíos.

27. Dios —existiendo de por sí y siendo la misma bondad y sabiduría o, para decir mejor, siendo superior incluso a todos estos atributos—, no posee absolutamente ninguna cualidad contraria. Las creaturas, en cambio, participan de todas, teniendo por gracia la existencia; aquellas racionales e intelectuales tienen también la actitud hacia la bondad y la sabiduría, y la cualidad contraria: respecto a la existencia, el no-existir; respecto a la actitud a la bondad y sabiduría, el vicio y la ignorancia. Y tanto el existir siempre, cuanto su no-existir está en poder de Quien las ha creado; en cambio, el participar de su bondad y sabiduría o el no participar, depende de la voluntad de las creaturas racionales.

28. Los griegos, afirmando que la sustancia de los seres coexiste con Dios desde la eternidad y ha recibido de Él sólo las cualidades propias, dicen que no hay nada que sea contrario a la sustancia, sino que lo contrario se encuentra sólo en la cualidad. Nosotros, en cambio, afir-

mamos que la única sustancia divina no tiene nada de contrario, siendo eterna e infinita y concediendo la eternidad a las otras sustancias; que, en cambio, a la sustancia de los seres pertenece el no-ser como contrario y que su ser-eterno y el no-ser están en poder de Aquel que verdaderamente es, y que *sus dones son irrevocables*⁸⁹. Y por esto ella siempre es y será conservada por Su potencia omnipotente, aunque tenga el no-ser como contrario, como se ha dicho, habiendo sido conducida por Dios del no-ser al ser y teniendo su ser o no-ser en Su voluntad.

29. Como el mal es privación de bien y la ignorancia privación de conocimiento, así también el no-ser es privación de ser, no del verdadero Ser —porque Éste no tiene contrario—, sino del que es por participación del Ser verdadero. Las privaciones de las primeras dependen de la voluntad de las creaturas; la privación de lo segundo está en la voluntad del Creador, el cual por bondad quiere que las creaturas siempre existan y sean siempre beneficiadas por Él.

30. De todas las creaturas, algunas son racionales e inteligentes y susceptibles de los contrarios, como de virtud y vicio, de conocimiento e ignorancia; otras, en cambio, son cuerpos diversos compuestos de contrarios, es decir, de tierra, aire, fuego y agua. Y algunas creaturas son del todo incorpóreas e inmateriales, aun cuando alguna de ellas está unida a los cuerpos; otras, en cambio, consisten sólo de materia y forma.

31. Todos los cuerpos son inmóviles por naturaleza; son movidos, sin embargo, por el alma: algunos por un

89. Cf. Rm 11, 29.

alma racional, otros por una irracional, otros por una insensible.

32. De las potencias del alma la primera es nutritiva y hace crecer; la segunda imaginativa y apetitiva; la tercera racional e intelectual. Sólo de la primera participan los vegetales; de la segunda, además de ésta, los animales irracionales; de la tercera, además de las otras dos, los hombres. Las dos primeras potencias se manifiestan corruptibles; la tercera, en cambio, incorruptible e inmortal.

33. Las santas potencias comunicándose entre sí la iluminación, comunican también a la naturaleza humana la propia virtud o el conocimiento que hay en ellas: la virtud, como por ejemplo la bondad que imita a Dios, según la cual hacen el bien a sí mismas, entre sí y a las inferiores, haciéndolas deiformes ⁹⁰; el conocimiento o algo más alto acerca de Dios –*Tú*, dice la Escritura, *eres altísimo por siempre, Señor* ⁹¹– o más profundo acerca de los cuerpos o más preciso acerca de los seres incorpóreos o más penetrante en torno a la providencia o más claro acerca del juicio.

34. Impureza del intelecto es, en primer lugar, tener un conocimiento falso; en segundo lugar, ignorar cualquier cosa de lo que es universal –me refiero al intelecto humano, porque es propio de un ángel no ignorar nada de lo que es particular–; en tercer lugar, tener pensamientos pasionales; en cuarto lugar, consentir al pecado.

90. Todo este capítulo respira la atmósfera de la *Jerarquía celeste* del PSEUDO-DIONISIO.

91. Sal 91, 9.

35. Impureza del alma es no obrar según la naturaleza, de lo cual nacen en el intelecto los pensamientos pasionales. Obra, en cambio, según la naturaleza, cuando sus potencias susceptibles de pasión —me refiero a la ira y a la concupiscencia—, permanecen imperturbables en el asalto de las cosas y de sus ideas.

36. Impureza del cuerpo es el pecado de obra.

37. Ama la soledad el que está desprendido de las cosas del mundo; ama a todos los hombres quien no ama nada de lo humano; y tiene el conocimiento de Dios y de las cosas divinas el que no se escandaliza de nadie, sea a causa de las caídas sea a causa de los pensamientos surgidos de la sospecha.

38. Es gran cosa el estar desprendido de las cosas, pero es mucho más grande permanecer imperturbable respecto a las ideas de las cosas.

39. La caridad y el dominio de sí conservan el intelecto imperturbable respecto a las cosas y los pensamientos de las cosas.

40. El intelecto de quien ama a Dios no combate contra las cosas ni contra las ideas de las cosas, sino contra las pasiones que están unidas a las ideas. Por ejemplo, no combate contra la mujer ni contra el que lo ha afligido ni contra las representaciones de estas cosas, sino contra las pasiones que están unidas a las representaciones.

41. Toda la lucha del monje es contra los demonios, para alejar las pasiones de las ideas, porque de otro modo, no puede mirar las cosas sin pasión.

42. Una cosa es la cosa, otra la idea y otra la pasión: la cosa es, por ejemplo, un hombre, una mujer, el oro, etc. Idea, por ejemplo, [es] un simple recuerdo de alguna de las cosas dichas; pasión, por ejemplo, [es] amor irracional u odio insensato hacia cualquiera de las cosas dichas. Contra la pasión es, pues, la lucha del monje.

43. Es pensamiento pasional un pensamiento compuesto de pasión y de idea. Separemos la pasión del pensamiento y permanece el simple pensamiento; si queremos, lo separamos por medio de la caridad espiritual y del dominio de sí.

44. Las virtudes separan al intelecto de las pasiones; las contemplaciones espirituales [lo separan] de las ideas simples; la oración pura lo ofrece al mismo Dios.

45. Las virtudes están ordenadas al conocimiento de los seres; el conocimiento [está ordenado] al que conoce; el que conoce, al Objeto incognosciblemente conocido y que conoce más allá de todo conocimiento.

46. Dios, que está por encima de toda plenitud, llevó las creaturas al ser no porque tuviese necesidad de algo, sino para que gozaran participando analógicamente de Él, y Él mismo gozase en sus obras, viéndolas alegres y que se sacian siempre insaciablemente del Insaciable.

47. El mundo tiene muchos pobres de espíritu, pero en un modo no conveniente; y muchos que lloran, pero por haber perdido las riquezas o los hijos; y muchos mansos, pero hacia las pasiones impuras; y muchos que tienen hambre y sed, pero de robar las cosas ajenas y de tener ganancias de la injusticia; y muchos compasivos, pero hacia el cuerpo y las cosas del cuerpo; y puros de

corazón, pero por vanagloria; y pacíficos, pero que someten el alma a la carne; y muchos perseguidos, pero porque son inmorales; y muchos despreciados, pero a causa de vergonzosos pecados. En cambio, bienaventurados son sólo aquellos que hacen y sufren tales cosas por Cristo y conforme a Cristo. ¿Por qué? *Porque de ellos es el reino de los cielos y ellos verán a Dios*⁹², etc. Y así son bienaventurados, no porque hacen o sufren tales cosas –también aquellos otros hacen las mismas cosas–, sino porque las hacen y sufren por Cristo y conforme a Cristo.

48. En todas nuestras acciones es la intención lo que Dios busca, como se ha dicho muchas veces, si hacemos eso por Él o por cualquier otro motivo. Cuando queramos realizar algo bueno, tengamos como fin no el deseo de agradar a los hombres, sino a Dios, para que, mirando siempre a Él, hagamos todo por Él, para que no soportemos la fatiga y perdamos la recompensa.

49. Durante el tiempo de la oración arroja del intelecto tanto las ideas simples de las cosas humanas como las contemplaciones de toda creatura, para que, no suceda que, figurándote las cosas inferiores, pierdas a Aquel que es incomparablemente mejor que todos los seres.

50. Si amamos sinceramente a Dios, expulsemos las pasiones por medio de este mismo amor. El amor a Él consiste en preferirlo al mundo y [en preferir] el alma a la carne; en despreciar las cosas mundanas, en dedicarse continuamente a Él mediante el dominio de sí, el amor, la oración, la salmodia, etc.

92. Cf. Mt 5, 3ss.

51. Si dedicándonos por largo tiempo a Dios cuidamos la parte pasible del alma, no cederemos más a los asaltos de los pensamientos, sino que, considerando con más precisión sus causas y cortándolas, llegaremos a ser más clarividentes, de manera que se cumpla en nosotros el: *Mi ojo vio a mis enemigos y mi oído escuchará a aquellos que se levantan contra mí para hacerme mal*⁹³.

52. Cuando veas que tu intelecto se ocupa piadosa y justamente de las ideas del mundo, sabe que también tu cuerpo permanece puro y sin pecado; cuando, en cambio, veas que el intelecto se da al pecado de pensamiento y no lo impides, sabe que también tu cuerpo no tardará mucho en caer en éste.

53. Como el cuerpo tiene por mundo a las cosas, así también el intelecto tiene por mundo a las ideas; y como el cuerpo fornicia con el cuerpo de la mujer, así también el intelecto fornicia con la idea de la mujer mediante la imagen de su propio cuerpo: ve la forma de su propio cuerpo unida en el pensamiento con la forma de la mujer. Del mismo modo se venga en el pensamiento, mediante la forma de su propio cuerpo, de la forma del que lo afligió. Y así también para los otros pecados: lo que el cuerpo hace en el mundo de las cosas, el intelecto lo realiza también en el mundo de las ideas.

54. No hay que temblar ni horrorizarse ni sorprenderse por el hecho de que Dios Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo⁹⁴. El Hijo exclama: *No juzguéis, para que no seáis juzgados; no condenéis*

93. Sal 91, 12.

94. Cf. Jn 5, 22.

para no ser condenados ⁹⁵. Y el Apóstol de modo semejante: *No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y: En el juicio en que juzgas al otro, te condenas a ti mismo* ⁹⁶. Los hombres, en cambio, habiendo dejado de llorar sus pecados, substraen el juicio al Hijo y ellos mismos, como si fueran sin pecado, se juzgan y condenan uno al otro: *y el cielo permaneció atónito por esto* ⁹⁷, la tierra tembló, pero ellos no se avergüenzan, habiendo llegado a ser insensibles.

55. El que se dedica a los pecados ajenos o por sospecha juzga al hermano, no ha iniciado aún la penitencia ni el discernimiento ni el conocimiento de las propias culpas, que son, en verdad, más pesadas que una masa de plomo de muchos talentos, ni comprende de dónde viene que un hombre se haga duro de corazón, amante de la vanidad y busque la mentira. Por esto, como un insensato y andando en tiniebla, habiendo dejado sus propias culpas, va imaginándose aquellas ajenas, sean reales o sean imaginadas por sospecha.

56. El amor propio, como se ha dicho muchas veces, es causa de todos los pensamientos pasionales. De ése se engendran los tres pensamientos capitales de la concupiscencia: el de la gula, el de la avaricia y el de la vanagloria. De la gula nace el de la fornicación; de la avaricia, el de la avidez; de la vanagloria, el de la soberbia. Todos los otros siguen cada uno a los tres: el de la ira, la tristeza, el resentimiento, la acedia, la envidia, la maledicencia y los restantes. Estas pasiones atan el intelecto a las cosas

95. Mt 7, 1 y Lc 6, 37.

96. 1 Co 4, 5 y Rm 2, 1.

97. Jr 2, 12.

materiales y lo retienen en la tierra, como una piedra pesadísima encima de él, aun siendo el intelecto por naturaleza más ligero y ágil que el fuego.

57. Principio de todas las pasiones es el amor propio; el fin es la soberbia. El amor propio es el amor irracional por el cuerpo; quien lo ha cortado, ha cortado conjuntamente todas las pasiones que nacen de él.

58. Como aquellos que engendran los cuerpos tienen afecto por los que han nacido de ellos, así también el intelecto tiene una inclinación natural por sus razonamientos. Y así como a los padres más susceptibles de pasión los propios hijos, aunque sean bajo toda consideración los más ridículos de todos, parecen los más amables y los más bellos, así también al intelecto insensato sus razonamientos, aunque sean más malos que todos, parecen más sabios que todos. No así para el sabio los propios razonamientos, pues, cuando parece persuadido que son verdaderos y buenos, sobre todo entonces, no confía en su propio juicio, sino que escoge otros hombres sabios como jueces de sus razonamientos, para no correr o haber corrido en vano⁹⁸; y de ellos recibe seguridad.

59. Cuando hayas vencido cualquiera de las pasiones más deshonorosas, por ejemplo gula o fornicación, ira o avidez, rápidamente caerá sobre ti el pensamiento de la vanagloria; y si vences a éste, le seguirá el de la soberbia.

60. Mientras todas las pasiones deshonorosas dominan al alma, el pensamiento de la vanagloria está lejos de

98. Cf. Ga 2, 2.

ésta; pero apenas son vencidas todas las predichas pasiones, lo encadenan a ella.

61. La vanagloria, sea alejada o sea presente, engendra soberbia; alejada, produce presunción; presente, arrogancia.

62. El obrar ocultamente quita la vanagloria; el atribuir a Dios las buenas acciones, la soberbia.

63. El que ha sido hecho digno del conocimiento de Dios y ha gozado abundantemente de este gozo, ése desprecia todos los placeres que nacen de la potencia concupiscible.

64. El que desea las cosas terrenas, desea los alimentos o lo que sirve a los placeres sexuales o la gloria humana o las riquezas o cualquier otra cosa que sigue a todo esto; y si el intelecto no encontrase algo mejor que esto a lo cual volver el deseo, no se persuadiría jamás en despreciar totalmente estas cosas. Incomparablemente mejor que ellas es el conocimiento de Dios y de las cosas divinas.

65. El que desprecia los placeres los desprecia o por temor o por esperanza o por conocimiento y amor de Dios.

66. El conocimiento sin pasión de las cosas divinas no mueve al intelecto a despreciar totalmente las cosas materiales, sino que lo asemeja al pensamiento simple de una cosa sensible. Por esto es posible encontrar muchos hombres que tienen mucha ciencia, pero se revuelcan como puercos en el barro de las pasiones de la carne⁹⁹.

99. Cf. 2 P 2, 22.

Tras haber sido purificados un poco por su diligencia y haber obtenido el conocimiento, vueltos luego negligentes, se han hecho semejantes a Saúl, el cual fue considerado digno del reino, pero habiendo gobernado indignamente fue expulsado de él con terrible ira.

67. Como el pensamiento simple de las cosas humanas no obliga al intelecto a despreciar aquellas divinas, así tampoco el simple conocimiento de las cosas divinas lo persuade a despreciar totalmente aquellas humanas, por eso la verdad está en sombras y figuras. Y por esto hay necesidad de la bienaventurada pasión de la santa caridad, que liga el intelecto con las contemplaciones espirituales y lo persuade a preferir las cosas inmateriales a aquellas materiales, y las cosas espirituales y divinas a aquellas sensibles.

68. El que ha cortado totalmente las pasiones y ha vuelto simples los pensamientos, no los ha dirigido aún completamente a las cosas divinas, sino que puede no estar inclinado ni a las cosas humanas ni a aquellas divinas; esto le sucede a quien se dedica sólo a la vida activa y no ha sido hecho digno aún del conocimiento, el cual se abstiene de las pasiones por el temor al castigo o por la esperanza del reino.

69. *Por la fe caminamos, no por visiones*, y tenemos el conocimiento en espejos y en enigmas. Por eso tenemos necesidad de mucho ejercicio en estas cosas, para que por una detenida meditación y familiaridad con ellas hagamos inalterable la posesión de las contemplaciones.

70. Si, después de haber cortado un poco las causas de las pasiones, nos dedicamos a las contemplaciones espirituales, pero sin aplicarnos continuamente a ellas, durante

esta misma ocupación, entonces nos volveremos fácilmente de nuevo a las pasiones de la carne, no recogiendo de ello fruto alguno, sino un simple conocimiento con presunción, cuyo fin será el oscurecimiento gradual del conocimiento y el retorno total del intelecto a las cosas materiales.

71. La pasión reprochable del amor entretiene al intelecto en las cosas materiales; la pasión laudable del amor lo liga con las cosas divinas. En aquellas cosas en las cuales se entretiene, el intelecto se habitúa también a explanarse; en aquéllas en las cuales se extiende, [se habitúa] a volver aún el deseo y el amor a ellas, sea a las cosas divinas e intelectuales que le son propias, sea a las cosas y a las pasiones de la carne.

72. Dios creó el mundo invisible y el visible, y Él hizo también el alma y el cuerpo. Y si este mundo visible es tan bello, ¿cómo será, entonces, el invisible? Si aquél, pues, es mejor que éste, ¿cuánto superior a los dos será Dios que los creó? Si, pues, el creador de todas las cosas bellas es mejor que todas las creaturas, ¿por qué motivo el intelecto, dejado aquello que es mejor que todo, se dedica a lo que es peor que todo? —hablo de las pasiones de la carne—, ¿no es quizá porque, vuelto y habituado desde el nacimiento a esta meta, no ha alcanzado aún una perfecta experiencia de Aquel que es mejor y superior a todo? Si con un prolongado ejercicio¹⁰⁰ de dominio sobre los placeres y de meditación de las cosas divinas lo arrancamos gradualmente de tal condición, progresando poco a poco se extenderá en las cosas divinas y reconocerá su propia dignidad y finalmente transferirá todo su deseo hacia lo divino.

100. *ascesis*.

73. El que, sin pasión, dice el pecado del hermano lo dice por dos razones: o para corregirlo o para provecho de otro. Si lo dice fuera de estas dos razones, sea a él sea a otro, lo dice para ultrajarlo o para herirlo y no podrá huir al abandono de Dios, sino que caerá absolutamente en uno u otro pecado y, rechazado y ultrajado por otros, será avergonzado.

74. No es único el motivo del que comete en acto el mismo pecado, sino que son diversos. Por ejemplo, una cosa es pecar por hábito y otra por sorpresa; éste no tenía conciencia ni antes ni después del pecado, pero se duele vivamente de lo que ha sucedido; el que peca por hábito, por el contrario, incluso antes no cesaba de pecar con el pensamiento y, cometido el acto, tiene la misma disposición.

75. El que busca las virtudes por vanagloria, evidentemente busca también el conocimiento por vanagloria. Ése no hace o dice nada para edificación, sino que en todo busca la gloria de parte de quienes lo ven o escuchan. La pasión se revela cuando cualquiera de los predichos critica sus obras o sus palabras y por esto se entristece grandemente, no porque aquéllos no sean edificados —pues no tenía eso por objetivo—, sino porque él es despreciado.

76. La pasión de la avaricia se muestra en el recibir con alegría y en el dar con tristeza. Tal hombre no puede ser un buen administrador.

77. Por estas razones se soporta sufriendo: por el amor de Dios o por la esperanza de la recompensa o por temor al castigo o por temor a los hombres o por naturaleza o por placer o por ganancia o por vanagloria o por necesidad.

78. Una cosa es ser liberado de los pensamientos y otra serlo de las pasiones. Muchas veces nos liberamos de los pensamientos cuando no están presentes aquellas cosas por las cuales se tienen las pasiones. Las pasiones están escondidas en el alma y se manifiestan cuando aparecen las cosas. Es necesario, pues, custodiar al intelecto de las cosas y saber hacia cuál tiene pasión.

79. Amigo auténtico es aquel que en el tiempo de la tentación soporta, sin agitarse ni turbarse, junto con el prójimo toda eventual aflicción, necesidad y desgracia como propia.

80. No desprecies la conciencia que te sugiere siempre cosas óptimas: te da consejos divinos y angélicos, libera de las manchas escondidas del corazón y concede confianza en Dios en el momento de la partida.

81. Si quieres llegar a ser sabio y modesto y no ser esclavo de las pasiones de la presunción, busca siempre en los seres lo que está escondido a tu conocimiento. Y encontrando muchísimas y diversas cosas que se te esconden, te maravillarás de tu ignorancia y reprimirás tu soberbia y, habiéndote conocido a ti mismo, comprenderás muchas, grandes y maravillosas cosas; porque el creer saber no permite progresar hacia el saber ¹⁰¹.

82. Desea verdaderamente ser salvado el que no se opone a los remedios saludables: éstos son los dolores y tristezas que provienen por variadas circunstancias. El

101. Es fácil intuir en el trasfondo la vieja cuestión de la *Apología: Gnósthí seautón*.

que, en cambio, se rebela a ellas, no sabe a qué tienden ni qué ventajas le traerán antes de dejar el mundo.

83. Vanagloria y avaricia son una el origen de la otra: los que tienen vanagloria se enriquecen y los ricos tienen vanagloria, pero en cuanto mundanos; mientras el monje, careciendo de posesiones, tiene más vanagloria, pues teniendo dinero, lo esconde, avergonzándose de poseer una cosa no conveniente a su estado.

84. Es propio de la vanagloria del monje vanagloriarse por la virtud y por lo que le sigue; además, es propio de su soberbia exaltarse por su rectitud, despreciando a los otros, y atribuyéndosela a sí mismo y no a Dios. Es propio, en cambio, de la vanagloria y de la soberbia del hombre mundano vanagloriarse y exaltarse por la belleza, la riqueza, el poder y la prudencia.

85. Los bienes de los hombres mundanos son males para los monjes, y los bienes de los monjes son males para los hombres mundanos. Por ejemplo, los bienes de los hombres mundanos son riquezas, gloria, poderío, lujo, buena salud, fecundidad de prole y las cosas que siguen a éstos; llegando a éstos, el monje está perdido. Así los bienes del monje son la falta de posesiones, de gloria, de poderío, dominio de sí, sufrimiento por las cosas que siguen a éstos; llegando a éstos el hombre amante del mundo considera esto como una gran desgracia e incluso corre peligro muchas veces de ahorcarse y hubo algunos que, ciertamente, lo hicieron.

86. Los alimentos fueron creados por dos motivos: para la nutrición o para el cuidado. El que usa de ellos fuera de estos motivos está condenado como disoluto,

porque abusa de lo que ha sido dado en uso por Dios, y en todas estas cosas el abuso es el pecado.

87. La humildad es la oración continua con lágrimas¹⁰² y aflicciones; ella, clamando siempre a Dios en auxilio, no permite confiar insensatamente en la propia fuerza y sabiduría ni que nos exaltemos sobre los otros; dichos vicios son enfermedades penosas de la pasión de la soberbia.

88. Una cosa es combatir contra el pensamiento simple, para no excitar la pasión, y otra es combatir contra el pensamiento pasional, para que no suceda el consenso. Ambos modos, sin embargo, no permiten que los pensamientos se detengan.

89. La tristeza está unida al rencor; cuando el intelecto mira con tristeza el rostro del hermano, es evidente que tiene rencor hacia él. *Pero los caminos de los rencorosos llevan a la muerte, porque todo rencoroso es un transgresor de la ley*¹⁰³.

90. Si guardas rencor a alguno, ora por él y así frenas la pasión que te turba, separando con la oración la tristeza del recuerdo del mal que te hizo; llegado luego a ser caritativo y compasivo [*filántropo*], expulsa completamente del alma la pasión. Si, en cambio, otro te guarda rencor, sé gentil y humilde con él, estate amigablemente con él y así lo libras de la pasión.

102. La oración con lágrimas es uno de los aspectos característicos de la espiritualidad monástica.

103. Pr 12, 28 y 21, 24.

91. Con esfuerzo detendrás la tristeza del envidioso, él considera desgracia aquello que envidia en ti y no es posible detener la tristeza de otro modo, si no le ocultas algo. Pero si eso es provechoso a muchos, y lo entristece a él, ¿por cuál parte optarás? Es necesario ser de utilidad a muchos y no descuidar a aquél, en cuanto es posible, ni dejarse arrastrar por la malicia de la pasión, como si combateses no contra la pasión, sino contra el que está sujeto a ella; debes, en cambio, con humildad considerarlo superior a ti y en todo tiempo, lugar y situación darle la precedencia. También tu envidia puede detenerse, si te alegras de lo que se alegra el que es envidiado por ti y si también te entristeces de lo que él se entristece, cumpliendo la palabra del Apóstol: *Alégrate con los que se alegran y llora con los que lloran*¹⁰⁴.

92. Nuestro intelecto está en medio de dos cosas, produciendo cada una un efecto propio; de la virtud y del vicio, es decir del ángel y del demonio. El intelecto tiene el poder y la capacidad sea de seguir sea de oponerse al que quiere.

93. Las santas potencias nos mueven hacia el bien; las tendencias naturales y la buena disposición nos auxilian. Las pasiones y la mala disposición favorecen los asaltos de los demonios.

94. El intelecto puro es enseñado por Dios mismo viniendo a él, o por las santas potencias que le inspiran el bien, o por la naturaleza de las cosas contempladas por él.

104. Rm 12, 15.

95. El intelecto que fue hecho digno del conocimiento debe conservar imperturbables las ideas de las cosas, estables sus contemplaciones y puro el estado de la oración; no puede, en cambio, preservarlo siempre de los impulsos de la carne, [cuando está] turbado por el ataque de los demonios.

96. No siempre nos enojamos por aquellas cosas por las cuales nos entristecemos; las causas de la tristeza son más numerosas que las de la ira. Por ejemplo, si esta cosa se quebró, se arruinó esta otra, murió un tal: por estas cosas solamente nos entristecemos. Por las restantes, nos entristecemos y nos enojamos, no comportándonos de modo filosófico.

97. Acogiendo el intelecto las ideas de las cosas, es llevado por naturaleza a transformarse en cada idea; contemplándolas espiritualmente, se transfigura variadamente en cada objeto contemplado; llegado a Dios, se hace totalmente sin forma y sin figura; contemplando a Aquel que es simple, llega a ser simple y todo luminoso.

98. Es perfecta el alma cuya potencia pasible se ha inclinado enteramente hacia Dios.

99. Es perfecto el intelecto que por medio de la verdadera fe, en suprema ignorancia conoce supremamente a Aquel que es supremamente incognoscible y contemplando la universalidad de sus creaturas, ha recibido de Dios el conocimiento que abraza la providencia y el juicio respecto a ellas, digo, en cuanto es posible a los hombres.

100. El tiempo se divide en tres períodos. La fe se extiende a todos los tres; la esperanza, a uno; la caridad, a

dos. La fe y la esperanza duran hasta un determinado momento; la caridad, en cambio, permanece por siglos infinitos, en suprema unión con Aquel que es supremamente infinito y en continuo aumento: y por esto *más grande que todas es la caridad*¹⁰⁵.

105. 1 Co 13, 13.

CUARTA CENTURIA

1. El intelecto se admira, primeramente, considerando la absoluta infinitud divina y aquel mar ilimitado y ardientemente deseado. En segundo lugar, se estremece por cómo condujo de la nada a la existencia a las creaturas. Pero como *su magnificencia no tiene límite*¹⁰⁶, así es impenetrable su sabiduría.

2. ¿Cómo no se maravilla contemplando aquel inmenso y extraordinario mar de bondad? o, ¿cómo no sale de sí considerando cómo y de dónde vienen la sustancia racional e intelectual y los cuatro elementos, de los cuales son los cuerpos, no preexistiendo materia alguna a su creación? ¿Cuál es además, aquella potencia que, pasando al acto, llevó estas cosas al ser? Pero los discípulos de los griegos no admiten esto, ignorando la bondad omnipotente y su activa e impenetrable sabiduría y ciencia.

3. Dios, existiendo como creador desde la eternidad, cuando quiere crea con el Verbo consustancial y con el Espíritu por infinita bondad. Y no digas: ¿Por qué razón ha creado ahora, siendo Él siempre bueno? Porque, te respondo, la sabiduría inescrutable de la sustancia infinita no cae bajo el conocimiento humano.

106. Sal 144, 3.

4. El Creador, cuando quiso, dio sustancia y existencia al conocimiento de los seres eternamente preexistentes en Él. Es absurdo dudar de Dios omnipotente, si Él puede hacer subsistir cualquier cosa, cuando lo quiere.

5. Busca por qué causa Dios ha creado; ésta es el conocimiento. No busquéis, en cambio, cómo y por qué Él ha creado. No cae bajo tu mente; porque de las cosas divinas algunas son comprensibles, otras incomprensibles a los hombres. Una contemplación sin freno podría arrojar en un precipicio, como dice uno de los santos.

6. Algunos dicen que las creaturas coexisten desde la eternidad con Dios, lo cual es imposible. ¿Cómo pueden coexistir desde la eternidad con Aquel que es absolutamente infinito, aquellas cosas que son bajo todo aspecto finitas? ¿Y cómo pueden ser realmente creaturas, si son coeternas con el Creador? Pero éste es el discurso de los griegos, los cuales admiten a Dios como creador solamente de la cualidad, pero de ningún modo de la sustancia. Nosotros, en cambio, habiendo conocido al Dios omnipotente, afirmamos que Él es creador no de cualidad, sino de sustancias dotadas de cualidad. Si esto es así, las creaturas no coexisten con Dios desde la eternidad.

7. La divinidad y las cosas divinas, son según cierto aspecto cognoscibles; según otro, incognoscibles; cognoscibles, en las contemplaciones respecto a sus atributos; incognoscibles, en las prerrogativas de su sustancia.

8. No busques modos y propiedades en la sustancia simple e infinita de la santa Trinidad, para no hacerla compuesta como las creaturas; pensar esto acerca de Dios es absurdo e impío.

9. Única sustancia, simple, uniforme, sin cualidad, pacífica e inmutable es la sustancia infinita, omnipotente y creadora de todas las cosas. Toda creatura, en cambio, es compuesta de sustancia y accidente, y necesitada siempre de la divina providencia, en cuanto no es libre de cambio.

10. Toda la sustancia intelectual y sensible, llevada al ser por Dios, ha recibido potencias para percibir los seres: la sustancia intelectual [ha recibido] los pensamientos; la sensible, las sensaciones.

11. Dios es solamente participado; la creatura, en cambio, participa y comunica: participa del ser y del ser-bueno, y comunica solamente el ser-bueno; pero de un modo la sustancia corpórea y de otro la incorpórea.

12. La sustancia incorpórea comunica el ser-bueno sea hablando sea obrando sea siendo contemplada; la corpórea, sólo siendo contemplada.

13. El ser-siempre y el no-ser de la sustancia racional e intelectual está en la voluntad de Aquel que creó todos los bienes; el ser aquélla buena o mala, en cambio, según la elección, está en la voluntad de las creaturas.

14. El mal no es contemplado en torno a la sustancia de las creaturas, sino en torno al movimiento errado e irracional.

15. El alma se mueve rectamente cuando su parte concupiscible se distingue por el dominio de sí; su parte irascible, expulsado el odio, persevera en la caridad; y su parte racional es conducida hacia Dios mediante la oración y la contemplación espiritual.

16. No tiene aún la caridad perfecta ni el conocimiento profundo de la providencia divina, el que en tiempo de tentación no soporta las adversidades que le acaecen y se separa de la caridad de los hermanos espirituales.

17. Objetivo de la providencia divina es unificar mediante la fe recta y la caridad espiritual, a aquellos que han sido divididos por el mal en diversos modos; por esto ha sufrido el Salvador, *para reconducir a la unidad a los hijos dispersos de Dios*¹⁰⁷. Quien no tolera los fastidios ni soporta la adversidad ni resiste a las aflicciones, camina fuera de la caridad y del objetivo de la providencia.

18. Si *la caridad es paciente y benigna*¹⁰⁸, el que es pusilánime en las aflicciones que le acaecen y por esto llega a ser malo hacia aquellos que lo afligen y se separa del amor a ellos, ¿cómo no se va a alejar del objetivo de la providencia divina?

19. Presta atención a ti mismo, para que el mal que te separa del hermano no venga a encontrarse no en el hermano, sino en ti; y empéñate en reconciliarte con él, para que no te apartes del mandamiento de la caridad.

20. No desprecies el mandamiento de la caridad, para que por medio de él seas hijo de Dios; transgrediéndolo, serás hallado hijo de la gehenna.

21. Las cosas que separan de la caridad a los amigos son éstas: envidiar o ser envidiado, dañar o ser dañado,

107. Jn 11, 52.

108. 1 Co 13, 4.

despreciar o ser despreciado y los pensamientos que nacen de la sospecha. Ojalá no hayas hecho ni sufrido ninguna de estas cosas, y por ello no estés separado de la caridad por el amigo.

22. Te ha acontecido una tentación de parte del hermano y la tristeza te ha conducido al odio; no seas vencido por el odio, sino vence con la caridad ¹⁰⁹ al odio. Vencerás de este modo: orando sinceramente a Dios por él, aceptando su justificación o buscando tú mismo cautivarlo con ésta, considerándote a ti mismo como causa de la tentación y siendo paciente hasta que la nube pase.

23. Es paciente quien espera el fin de la tentación y aguarda la gloria de la perseverancia.

24. *El hombre paciente es grande en prudencia* ¹¹⁰, porque soporta hasta el fin todo lo que le acontece y, esperando, resiste las adversidades. Y *el fin es la vida eterna* ¹¹¹, según el divino Apóstol; *ésta es la vida eterna, que Te conozcan a Ti, el único Dios verdadero y a quien enviaste, Jesucristo* ¹¹².

25. No consentas fácilmente a la pérdida de la caridad espiritual, porque no ha sido dejado a los hombres otro camino de salvación.

26. No juzgues como inepto o malo al hermano espiritual y virtuoso de ayer, por el odio que hoy ha so-

109. Cf. Rm 12, 21.

110. Pr 14, 29.

111. Rm 6, 22.

112. Jn 17, 3.

brevenido en ti por la envidia del maligno; sino que con la caridad paciente, pensando las cosas buenas de ayer, expulsa del alma el odio de hoy.

27. No vituperes hoy como inepto y malo a aquel que ayer alababas como bueno y elogiabas como virtuoso, justificando el reproche al hermano, mediante tu cambio de la caridad al odio, el odio malvado que hay en ti; sino continúa con los mismos elogios aunque ahora estés dominado por la tristeza, y así llegarás fácilmente a la misma caridad que salva.

28. No manches el elogio habitual del hermano en compañía de los otros hermanos, mezclando escondidamente en la conversación el vituperio, a causa de la tristeza hacia él que aún está en ti; sino que en compañía emplea un elogio puro y ora sinceramente por él como por ti mismo y así serás rápidamente liberado del odio funesto.

29. No digas: no odio a mi hermano, si vuelve a ti su recuerdo; sino escucha a Moisés que dice: *No odies de pensamiento a tu hermano, pero en cambio, lo reprocharás abiertamente y no incurrirás en pecado por su causa*¹¹³.

30. Si acaso un hermano, tentado, continúa hablando mal de ti, tú no te alejes de la disposición de la caridad, soportando su malvado demonio que turba tu mente. No te alejes de esta disposición y si eres injuriado, bendecirás; si eres difamado, hablarás bien¹¹⁴; si eres insidia-

113. Lv 19, 17.

114. Aquí la traducción italiana de CERESA-GASTALDO, p. 207, traduce erróneamente como: «calumniado, callarás» (calunniato, tace-

do, pensarás bien: ésta es la vía de la filosofía según Cris-
to y quien no la recorre no habita con Él.

31. No consideres benévolos, aunque parezcan decir la verdad, a aquellos que te traen palabras que producen en ti tristeza y odio hacia el hermano; más bien expúlsalos como a serpientes mortíferas, para impedirles vituperar, y así libres a tu propia alma de la malicia.

32. No hieras al hermano con alusiones ambiguas, para que, recibiendo palabras semejantes de él, no apartes de ambos la disposición de la caridad; sino, ve y repróchale con amorosa franqueza, para que, removidas las causas de la tristeza, libres a ambos de la turbación y de la tristeza.

33. Explora la conciencia con toda exactitud, no sea que el hermano no se haya reconciliado por culpa tuya; y no la engañes, a ella que conoce tus cosas secretas y te acusa en el tiempo de la partida y llega a ser para ti obstáculo en el tiempo de la oración.

34. No recuerdes en tiempo de paz las cosas dichas por el hermano en tiempo de la tristeza, sea que estas cosas tristes te hayan sido dichas abiertamente a ti, sea que hayan sido dichas a otro acerca de ti y tú las hayas oído después, a fin de que, no soportando el resentimiento de los pensamientos, no vuelvas al odio funesto al hermano.

rai) que no corresponde con el texto griego. Al mismo tiempo en el texto de Migne falta la segunda recomendación: «si eres difamado, hablarás bien».

35. Un alma racional que nutre odio hacia un hombre no puede estar en paz con Dios, que es el dispensador de los mandamientos: *Si pues –Él dice– no perdonas a los hombres sus faltas, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestras faltas* ¹¹⁵. Pero si aún aquél no quiere hacer la paz, guárdate, sin embargo, del odio, orando sinceramente por él y no hablando mal de él a nadie.

36. La inefable paz de los santos ángeles es alcanzada con estas dos disposiciones: el amor a Dios y el amor mutuo; semejantemente la de todos los santos que han existido. Magníficamente ha sido dicho por nuestro Salvador: *De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas* ¹¹⁶.

37. No seas presuntuoso y no odiarás al hermano; no te ames a ti mismo y amarás a Dios.

38. Si has decidido vivir junto a hermanos espirituales, renuncia desde la puerta de casa a tus deseos; de otro modo no podrás vivir en paz ni con Dios ni con los que viven contigo.

39. El que ha podido obtener la perfecta caridad y ha dirigido a ella toda su vida, éste dice: *Señor Jesús en el Espíritu Santo* ¹¹⁷; y, en caso contrario, dirá, evidentemente, lo contrario.

40. El amor a Dios ama siempre poner alas al intelecto para la unión divina; la caridad hacia el prójimo lo dispone a pensar siempre cosas buenas de él.

115. Mt 6, 14-15.

116. Mt 22, 40.

117. 1 Co 12, 3.

41. Es propio de quien ama aún la vanagloria o está apegado a cualquier cosa material, el entristecerse con los hombres por cosas temporales o guardar rencor o tener odio contra ellos, o ser esclavo de vergonzosos pensamientos. Todas estas cosas, en cambio, son completamente extrañas al alma que ama a Dios.

42. Cuando no digas ni realices nada vergonzoso de pensamiento y cuando no guardes rencor contra quien te dañó o habló mal de ti y cuando en el tiempo de la oración conserves siempre al intelecto libre de la materia y forma, sabe entonces que has alcanzado la plenitud de la imperturbabilidad y de la perfecta caridad.

43. No es lucha pequeña el librarse de la vanagloria; pero uno se libera de ella con el trabajo oculto de la virtud y con la oración más asidua. Signo de la liberación es el no guardar ya rencor, contra quien ha dicho o continúa diciendo el mal.

44. Si quieres ser justo, da a cada una de las partes que están en ti aquello que les es debido, es decir al alma y al cuerpo. A la parte racional del alma, lecturas, contemplaciones espirituales y oración; a aquella irascible, caridad espiritual que se oponga al odio; a aquella concupiscible, templanza y dominio de sí; a la carne, nutrición y ropas, las únicas cosas indispensables.

45. El intelecto obra según naturaleza cuando tiene las pasiones sometidas, contempla los principios¹¹⁸ de las cosas y vive hacia Dios.

118. *logoi*.

46. Como salud y enfermedad son contempladas respecto al cuerpo del ser viviente, y luz y tiniebla respecto al ojo, así virtud y vicio respecto al alma, y conocimiento e ignorancia respecto al intelecto.

47. El cristiano filosofa en estas tres cosas: en los mandamientos, en la doctrina y en la fe. Los mandamientos separan al intelecto de las pasiones; la doctrina lo introduce en el conocimiento de los seres; la fe, en la contemplación de la santa Trinidad.

48. Algunos de los que combaten rechazan sólo los pensamientos pasionales, otros, en cambio, arrancan también las pasiones mismas. Se rechazan los pensamientos pasionales, por ejemplo, con la salmodia o la oración o la elevación del intelecto o cualquier otra distracción útil; se arrancan, en cambio, las pasiones despreciando aquellas cosas por las cuales se adquieren las pasiones.

49. Éstas son las cosas por las cuales adquirimos las pasiones: mujer, riquezas, gloria, etc. Uno puede despreciar a la mujer, cuando tras haberse retirado domina el cuerpo como es debido mediante la continencia; las riquezas, cuando convence a la parte racional a estar satisfecha con lo necesario; la gloria, cuando ama el ejercicio escondido de las virtudes, sólo visible a Dios; y del mismo modo respecto a las otras cosas. El que las desprecia, no llega jamás al odio contra ninguno.

50. El que ha renunciado a las cosas, como a la mujer, a las riquezas y al resto, ha hecho monje al hombre exterior, pero no aún a aquel interior. En cambio, el que ha renunciado a los pensamientos pasionales de

estas cosas, ha hecho monje al hombre interior, es decir al intelecto. Uno hace fácilmente monje al hombre exterior, si lo quiere; pero no es pequeña lucha hacer monje al hombre interior.

51. ¿Quién es en esta generación el que se ha liberado totalmente de los pensamientos pasionales y ha sido hecho digno de la oración pura e inmaterial, la cual es signo del monje interior?

52. Muchas pasiones están escondidas en nuestras almas y se muestran cuando aparecen las cosas.

53. Uno puede no ser atormentado por las pasiones en ausencia de las cosas, obteniendo así una imperturbabilidad parcial; pero cuando las cosas aparecen, pronto las pasiones turban el intelecto.

54. No creas tener una perfecta imperturbabilidad, no estando presente la cosa; cuando en cambio aparece y permaneces inmóvil respecto a la cosa o después, respecto a su recuerdo, sabe entonces que has alcanzado sus confines. No la desprecies, pues la virtud duradera mata las pasiones; descuidada, en cambio, las levanta nuevamente.

55. El que ama a Cristo, ciertamente lo imita en cuanto le es posible. Como Cristo no cesó de hacer el bien a los hombres y, tratado con ingratitud y ultrajado, era paciente; y golpeado y conducido a muerte por ellos, lo soportó no imputando de ningún modo el mal a ninguno. Estas tres son las obras de la caridad hacia el prójimo, sin la cual el que dice amar a Cristo y haber alcanzado su reino, se engaña a sí mismo. *No quien me dice: Señor, Señor –afirma– entrará en el reino de los cie-*

los, sino el que hace la voluntad de mi Padre ¹¹⁹. Y nuevamente: *El que me ama observará mis mandamientos* ¹²⁰, etc.

56. Todo el fin de los mandamientos del Salvador consiste en librar al intelecto de la intemperancia y del odio, y en conducirlo al amor de Él y del prójimo, de los cuales nace como un esplendor santo el conocimiento en acto.

57. Hecho digno de parte de Dios de un conocimiento parcial, no descuides la caridad y la temperancia: pues éstas, purificando la parte del alma susceptible de pasión, te preparan siempre la vía del conocimiento.

58. Camino hacia el conocimiento son la imperturbabilidad y la humildad, sin las cuales nadie verá al Señor.

59. Porque *el conocimiento hincha, pero la caridad edifica* ¹²¹, une la caridad al conocimiento y serás modesto y un edificador espiritual, edificándote a ti mismo y a todos los que se te aproximan.

60. Por esto la caridad edifica, porque no envidia ni se exaspera contra los envidiosos ni ostenta en público lo que le es envidiado ni considera haberlo ya alcanzado ¹²² y confiesa sin sonrojarse no saber lo que no sabe: así pues hace modesto al intelecto y lo prepara siempre a progresar en el conocimiento.

119. Mt 7, 21.

120. Jn 14, 15.

121. 1 Co 8, 1.

122. Cf. Flp 3, 12.

61. Bajo un cierto aspecto natural, al conocimiento le siguen la presunción y la envidia, sobre todo en los comienzos: la presunción, sólo interiormente; la envidia, interiormente y exteriormente: interiormente hacia quienes poseen el conocimiento; exteriormente, de parte de quienes la poseen. La caridad suprime los tres defectos: la presunción, porque no hincha; la envidia interior, porque no es envidiosa; la exterior, porque es paciente y benigna. Es necesario, por ello, que el que posee el conocimiento se procure también la caridad, para que conserve en todo invulnerado el intelecto.

62. El que ha sido hecho digno del don del conocimiento y tiene tristeza o rencor u odio hacia un hombre, es semejante al que se frota los ojos con espinas y cardos. Por esto el conocimiento requiere necesariamente de la caridad ¹²³.

63. No dediques tu tiempo a la carne, sino ejércitala en determinados momentos según tu capacidad y consagra todo tu intelecto a las cosas interiores: pues *el ejercicio corporal es útil en poco, pero la piedad es útil en todo* ¹²⁴, etc.

64. El que se ha dedicado incesantemente a las cosas interiores es temperante, paciente, benigno y humilde; no sólo esto, sino que también contempla, se da a la *teología* y ora: esto es lo que dice el Apóstol: *Caminad en el Espíritu* ¹²⁵, etc.

123. Cf. EVAGRIO, *Tratado de la Oración* 64: «Todo el que aspira a alcanzar la oración verdadera, y se enoja o guarda rencor, es un loco. Es como aquel que quiere tener una vista penetrante y se daña los ojos».

124. 1 Tm 4, 8.

125. Ga 5, 16.

65. El que no sabe andar la vía espiritual, no se preocupa de los pensamientos pasionales, sino que tiene toda su preocupación en la carne y entonces o es goloso o disoluto y se entristece y se enoja y tiene rencor; y, por esto, oscurece el intelecto o hace uso sin medida del ejercicio corporal y enturbia el intelecto.

66. La Escritura no suprime nada de las cosas dadas por Dios a nosotros para su uso, sino que modera el exceso y corrige lo que es irracional. Por ejemplo, no prohíbe comer ni tener hijos ni poseer riquezas y administrarlas rectamente, sino que prohíbe ser goloso, fornicar, etc. Y no prohíbe tampoco el pensar estas cosas, porque han sido hechas también para esto, sino el pensarlas con pasión.

67. Algunos de los actos que realizamos para Dios los realizamos por mandamiento; otros no por mandamiento sino, como podría decir alguno, por ofrenda espontánea. Por ejemplo, por mandato, el amar a Dios y al prójimo, el amar a los enemigos, el no cometer adulterio, no matar y todos los otros, transgrediendo los cuales somos condenados. No realizamos por mandamiento la virginidad, el celibato, la pobreza, la vida solitaria, etc. Estos actos tienen la categoría de dones para que, si por debilidad no podemos realizar bien alguno de los mandamientos, hagamos propicio a nuestro buen Señor por medio de los dones.

68. El que aprecia el celibato o la virginidad debe necesariamente tener la cintura ceñida y la lámpara encendida: la cintura mediante el dominio de sí; la lámpara mediante la oración, la contemplación y la caridad espiritual ¹²⁶.

126. Cf. Lc 12, 35.

69. Algunos de los hermanos se consideran a sí mismos excluidos de los dones del Espíritu Santo; pues por su negligencia en la práctica de los mandamientos, no saben que el que tiene la fe genuina en Cristo tiene, en suma, todos los dones divinos en sí mismo. Pero, porque estamos lejos por indolencia del amor efectivo a Él, que nos indica los tesoros divinos que están en nosotros, nos consideramos voluntariamente excluidos de los dones divinos.

70. Si *Cristo habita en nuestros corazones mediante la fe*, según el divino Apóstol¹²⁷, y *todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento están escondidos en Él*¹²⁸, entonces todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento están escondidos en nuestros corazones y se revelan al corazón según la medida de purificación alcanzada por cada uno mediante los mandamientos.

71. Éste es el tesoro escondido en el campo de tu corazón, que no has encontrado aún a causa de tu indolencia; si lo hubieses encontrado, ya habrías vendido todo y comprado este campo¹²⁹. Ahora, en cambio, abandonado el campo, te preocupas de las cosas que están a su alrededor, en las cuales no se encuentra nada sino espinas y cardos.

72. Por esto dice el Salvador: *Dichosos los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*¹³⁰. Porque Él está escondido en el corazón de quienes creen en Él. Entonces

127. Ef 3, 17.

128. Col 2, 3.

129. Cf. Mt 13, 44.

130. Mt 5, 8.

verán a Dios y los tesoros que están en Él, cuando se purifiquen a sí mismos por medio de la caridad y del dominio de sí y, tanto más, cuanto más se esfuercen en la purificación.

73. Por eso dice de nuevo: *Vended vuestros bienes y dadlos en limosna y así todo será puro para vosotros* ¹³¹; dice esto para que no nos dediquemos a las cosas del cuerpo, sino que nos esforcemos en purificar del odio y de la intemperancia al intelecto, que el Señor llama corazón. Estos defectos, que ensucian el intelecto, no permiten ver al Señor ¹³² que habita en él por la gracia del santo bautismo.

74. La Escritura llama vías a las virtudes: y la más grande de todas es la caridad. Por eso el Apóstol dice: *Os indico una vía aún más sublime* ¹³³, como aquella que persuade a despreciar las cosas materiales y no preferir ninguna de las cosas temporales a las eternas.

75. El amor a Dios se opone a la concupiscencia: pues persuade al intelecto a dominar las pasiones. El amor al prójimo se opone a la ira: hace despreciar gloria y riquezas. Y éstos son los dos denarios que el Salvador ha dado al posadero, para que cuide de ti ¹³⁴. Pero tú, no te muestres insensato uniéndote a los ladrones, para que no seas nuevamente herido y seas encontrado, no ya medio muerto, sino totalmente muerto.

131. Lc 12, 33; 11, 41.

132. Aquí CERESA-GASTALDO en vez de traducir Señor, pone Cristo.

133. 1 Co 12, 31.

134. Cf. Lc 10, 35.

76. Purifica tu intelecto de la ira, del rencor y de los pensamientos vergonzosos y entonces podrás conocer la habitación de Cristo en ti.

77. ¿Quién te iluminó en la fe de la santa, adorable y consustancial Trinidad? ¿Quién te reveló la economía de la encarnación de uno de la santa Trinidad? ¿Quién te enseñó las razones de los seres incorpóreos o las razones del origen y del fin del mundo visible o aquéllas de la resurrección de los muertos y de la vida eterna o aquéllas de la gloria del reino de los cielos y del terrible juicio? ¿No ha sido quizá la gracia de Cristo que habita en ti, la cual es la prenda del Espíritu Santo? ¿Qué cosa es mayor que esta gracia o mejor que esta sabiduría y conocimiento? ¿Qué cosa más sublime que estas promesas? Pero si somos perezosos y negligentes y no nos purificamos de las pasiones que ensucian y ciegan nuestro intelecto, para poder ver más claras que el sol las razones de estas cosas, acusémonos entonces a nosotros mismos y no neguemos la habitación en nosotros de la gracia.

78. El Dios que te ha prometido los bienes eternos y te ha dado la prenda del Espíritu en el corazón, te ha mandado cuidar de tu conducta, para que el hombre interior, liberado de las pasiones, comience ya desde aquí a gozar de estos bienes.

79. Hecho digno de las divinas y sublimes contemplaciones, practica intensamente la caridad y la continencia, para que, manteniendo imperturbable la parte susceptible de pasión, conserves inextinguible el esplendor de tu alma.

80. Frena con la caridad la parte irascible del alma, domina con la continencia su parte concupiscible, pon

las alas con la oración a su parte racional: y la luz del intelecto no se oscurecerá jamás.

81. Las cosas que disuelven la caridad son éstas: por ejemplo la deshonra, el daño, la calumnia respecto a la fe o respecto a las costumbres, los golpes, las heridas, etc. El que, mediante alguna de estas cosas, disuelve la caridad, no conoció aún cuál es el fin de los mandamientos de Cristo.

82. Esfuérzate en la medida de lo posible por amar a todo hombre; si no puedes, por lo menos no odies a ninguno. Pero no puedes hacer ninguna de estas dos cosas si no desprecias las cosas del mundo.

83. Alguno te ha injuriado: no odies a aquél, sino a la injuria y al demonio que lo movió a injuriarte. Si odias a quien te ha injuriado, has odiado a un hombre y has transgredido el mandamiento, y lo que él ha hecho con la palabra, tú lo realizas con la acción. Si, en cambio, observas el mandamiento, manifiesta las obras de la caridad y si en cualquier modo puedes, ayúdalo, para librarlo del mal.

84. Cristo no quiere que tengas contra ningún hombre odio o tristeza o ira o rencor, en ningún modo absolutamente y por ningún motivo pasajero; y esto proclaman por todas partes los cuatro Evangelios.

85. Muchos somos los que decimos, pero pocos son los que hacen. Pero que, por lo menos, ninguno falsifique la palabra de Dios a causa de su propia negligencia, sino que reconozca su debilidad, sin esconder la verdad de Dios, para que no seamos responsables, además de la transgresión de los mandamientos, también de la falsa interpretación de la palabra de Dios.

86. Caridad y dominio de sí libran el alma de las pasiones; lectura y contemplación alejan al intelecto de la ignorancia; el estado de la oración la lleva hasta Dios mismo.

87. Cuando los demonios nos ven despreciar las cosas del mundo para no odiar a causa de ellas a los hombres y perder la caridad, entonces levantan contra nosotros calumnias para que, no pudiendo soportar la tristeza, odiamos a los calumniadores.

88. No hay para un alma pena más grave que la de la calumnia, sea que uno fuera calumniado respecto a la fe, o respecto a las costumbres; y nadie puede despreciarla, salvo el que, como Susana ¹³⁵, contemple a Dios solo, el único que puede arrancarla de la necesidad, como lo hizo con aquélla, y asegurar a los hombres, como también lo hizo con aquélla, y confortar el alma con la esperanza.

89. En la medida en que tu ores de corazón por el calumniador, así también Dios fortalece a aquellos que han sido escandalizados.

90. Bueno por naturaleza es sólo Dios; bueno por voluntad es sólo el imitador de Dios: su fin es unir a los malos con Aquel que es bueno por naturaleza, para que lleguen a ser buenos. Por eso cuando es injuriado por ellos, los bendice; perseguido, soporta; ultrajado, conforta; puesto a muerte, intercede por ellos ¹³⁶: hace todo por no perder el fin de la caridad, que es nuestro mismo Dios.

135. Cf. Dn 13, 35.

136. Cf. 1 Co 4, 12-13.

91. Los mandamientos del Señor nos enseñan a emplear correctamente las cosas indiferentes ¹³⁷; el uso correcto de éstas purifica el estado del alma; el estado puro engendra el discernimiento; el discernimiento engendra la imperturbabilidad, de la cual es engendrada la perfecta caridad.

92. No posee aún la imperturbabilidad quien, al sobrevenir una tentación, no puede pasar por alto el defecto del amigo, sea que verdaderamente exista sea que sólo parezca existir. Las pasiones enquistadas en el alma, cuando son turbadas, ciegan el intelecto y no permiten mirar los rayos de la verdad ni discernir lo mejor de lo peor. Tampoco ha adquirido ese tal la perfecta caridad, la cual expulsa el temor del juicio ¹³⁸.

93. *El amigo fiel no tiene precio* ¹³⁹, porque considera como propias las desgracias del amigo y las soporta junto a él sufriendo hasta la muerte.

94. Muchos son los amigos, pero en tiempo de prosperidad; en la hora de la prueba, en cambio, apenas si encuentras uno.

95. Se debe amar de corazón a todo hombre, pero se debe poner la esperanza en Dios solo y servirlo con todas nuestras fuerzas. Mientras Él nos asiste, todos los amigos nos reverencian y todos los enemigos son impotentes contra nosotros; apenas Él nos abandona, todos los amigos nos rechazan y todos los enemigos cobran fuerza contra nosotros.

137. Esta terminología tiene por origen la ética estoica.

138. Cf. 1 Jn 4, 18.

139. Si 6, 15.

96. Cuatro son los modos generales de abandono: el primero por economía divina, como aquel del Señor, a fin de que mediante este aparente abandono fuesen salvados los que habían sido abandonados; el segundo, por prueba, como aquel de Job y de José, a fin de que aquél apareciese como columna de coraje, y el otro de castidad; el tercero por educación paterna, como aquel del Apóstol, a fin de que, siendo humilde, custodie la sobreabundancia de la gracia; el cuarto por repudio, como aquel de los judíos, a fin de que castigados, se sujeten a la penitencia. Todos estos modos son saludables y llenos de bondad y sabiduría divina.

97. Sólo los diligentes observadores de los mandamientos y los auténticos iniciados en los juicios divinos, no abandonan a los amigos que son probados con el consentimiento de Dios. Los que, en cambio, desprecian los mandamientos y no están iniciados en los juicios divinos, cuando el amigo está bien, gozan con él; pero cuando, probado, él sufre, lo abandonan, y es también posible que se levanten con los adversarios.

98. Los amigos de Cristo aman a todos sinceramente, pero no son amados por todos; los amigos del mundo, en cambio, no aman a todos ni son amados por todos. Los amigos de Cristo perseveran hasta el fin en su amor; aquéllos del mundo, en cambio, hasta que se enojan uno con el otro a causa de las cosas del mundo.

99. *El amigo fiel es protección segura* ¹⁴⁰, porque cuando el amigo está bien, es buen consejero y concorde

140. Si 6, 14.

colaborador; cuando sufre, segurísimo socorro y el defensor más compasivo.

100. Muchos han dicho muchas cosas acerca de la caridad, pero, buscándola, sólo la encontrarás entre los discípulos de Cristo, porque sólo ellos poseen como maestra de la caridad a la misma caridad verdadera, de la cual decían: *Si tengo el don de la profecía y conozco todos los misterios y toda la ciencia, pero no tengo la caridad, de nada me sirve*¹⁴¹. El que ha adquirido, pues, la caridad, ha adquirido al mismo Dios, porque *Dios es caridad*¹⁴². A Él la gloria por los siglos. Amén.

141. 1 Co 13, 2ss.

142. 1 Jn 4, 8.

**INTERPRETACIÓN
DEL PADRE NUESTRO**

INTRODUCCIÓN

*La interpretación de Máximo al Padre Nuestro*¹ es uno de los escritos redactados al comienzo de la estancia del Confesor en el norte de África. Sherwood lo sitúa en el período 628-30. Von Balthasar, por su parte, lo atribuye a la misma época de la *Mystagogía* y *Ambigua*; al mismo tiempo descubre en él coincidencias con las *Quaestiones ad Thalassium*².

Este escrito se inserta en una larga serie de comentarios patrísticos³. Entre ellos se distingue por su marcado

1. El título de la edición crítica es el siguiente: *Breve Interpretación de la oración del Padre Nuestro, para cierto amigo de Cristo (philóchriston)*. De la *Interpretación del Padre Nuestro* tenemos la edición crítica de Peter VAN DEUN, «Expositio orationis dominicae» en *Maximi Confessoris Opuscula Exegetica Duo* (ed.). CCSG 23 Turnhout 1991, sobre la cual hemos realizado la presente traducción. Existen dos versiones francesas: la de A. RIOU en *Le monde et l'église selon Maxime le Confesseur*. Paris 1973, pp. 213-239 y la de I. H. DALMAIS, «Le Commentaire du Pater de S. Maxime le Confesseur», en *Revue d'Ascétique et de Mystique*, 29 (1953), pp. 123-159.

2. Cf. P. SHERWOOD, *An annotated...*, cit., p. 31.

3. Éstos pueden ser textos de diverso género: tratados sobre la oración (TERTULIANO, *De orat.*; CIPRIANO, *De dom. orat.*; ORÍGENES, *De orat.*; CASIANO, *Conl.* 9, 18-25), catequesis dirigidas a los catecúmenos o a los neófitos (TEODORO DE MOPSUESTIA, *Hom. catech.* XI; CROMACIO, *Sermón* 40; AGUSTÍN, *Serm.* 56-59; PEDRO CRISÓLOGO, *Serm.* 67-72; CESÁREO DE ARLÉS, *Serm.* 147), homilías catequéticas que exponen la liturgia eucarística (CIRILO DE JERUSALÉN, *Catech.* 23, 11-18; AMBROSIO, *De sacr.* 5, 4, 18-30; 6, 5, 24), homilías o tratados de comentario específico al Padrenuestro

alegorismo y algunas interpretaciones a las cuales no estamos acostumbrados, como la del Nombre y del Reino en sentido del Hijo y del Espíritu Santo⁴. Pero más allá de esos elementos particulares, hay que destacar la fundamental intuición del Confesor. Un teólogo de síntesis de la talla de san Máximo no puede separar el dogma de la espiritualidad. En realidad, ésta no es sino el dogma vivido, profundizado. Máximo, representante de la iglesia de los Padres, en la que dogma, liturgia, Escrituras, moral y espiritualidad estaban profundamente unidos, nos presenta en esta interpretación de la oración un compendio de su visión teológica, centrada en el misterio del Dios encarnado en Cristo. Y ese Cristo nos revela el rostro del Padre en el Espíritu, introduciéndonos en la teología, el conocimiento místico y experiencial, más allá de toda razón, de la santa y vivificante Trinidad. Y en la oración que el Señor nos enseñó ve Máximo la guía en nuestro camino hacia esa divinización, una mistagogía por la cual somos introducidos e iniciados en el Misterio inefable de Dios y en el de nuestra divinización.

El comentario, cuya lectura puede hacerse a veces difícil a causa del contexto teológico que implica y del mar-

(GREGORIO DE NISA, *Or. dom.* 2-5; MÁXIMO EL CONFESOR, *Or. dom.*; VENANCIO FORTUNATO, *Expos. orat.*; PEDRO DE LAODICEA, *Or. dom.*), comentarios u homilias sobre Mateo o partes del mismo (JUAN CRISÓSTOMO, *Hom. 19 in Mat.* 4-7; *Hom. in Mat.* 19, 3-5; CROMACIO, *In Mat.* 38; AGUSTÍN, *De serm. dom.* II, 4, 11-15; *Opus imp. in Mat. hom.* 14; Ps. AGUSTÍN, *Serm.* 64 y 65) o sobre Lucas (CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comm. in Lc* 11, 2-4, *hom.* 71-77) y textos de otra fisonomía literaria (AGUSTÍN, *Ep.* 130, 11, 21; *Enchir.* 30; *Perserv.* II, 4-VII, 15). Cf. A. POLLASTRI, «Padrenuestro», en *Diccionario Patrístico y de la Antigüedad Cristiana*, tomo II, pp. 1644-6.

4. Cf. A. CERESA-GASTALDO, *Umanità e divinità di Cristo*. Roma, 1976, pp. 15-16.

*cado esfuerzo sintético del autor, se ve más claramente estructurado que el Diálogo Ascético. Se ha visto en él un espíritu matemático y una estructura geométrica*⁵. Intentemos ahora presentar esa estructura.

Una primera lectura descubriría en él dos partes precedidas por un prólogo. En efecto, distinguiríamos una primera sección más marcadamente teológica, y una segunda constituida por un comentario detallado, petición por petición, del Padre Nuestro.

Otra lectura, más detenida, sin descartar el primer intento de estructuración, va descubriendo tras el prólogo 6 secciones. Tanto en nuestra división del texto como en la introducción que estamos presentando, brindamos un análisis según este último criterio de estructuración.

El Prólogo parece, a primera vista, no ser más que una dedicatoria extendida. Con motivo de la alabanza que tributa a aquel a quien dedica el tratado, elabora un párrafo centrado en la caridad; en una caridad que se nutre del afecto y del respeto, transformando a ambos. Sin embargo este pequeñísimo tratado dentro del tratado no es casual. Aparece como la clave en que debe ser escuchado el resto. Es el marco dentro del cual debe ser comprendida toda la oración del Señor y su fondo teológico.

La primera sección es conectada con el prólogo mediante una cita bíblica que se refiere al designio del Señor. Ésta actúa a modo de bisagra. En efecto, en el pró-

5. N. MADDEN, «The Commentary on the Pater Noster: An example of the Structural Methodology of Maximus the Confessor», en *Symposium* (Paradosis XXVII) 1982, pp. 148. Otro valioso estudio es el de I. H. DALMAIS, «Un traité de théologie contemplative. Le Commentaire du Pater de S. Maxime le Confesseur», en *RAM* 29 (1953), pp. 123-159.

logo es traída a colación con motivo de una de las típicas apologías del Confesor. Máximo se excusa de la humildad de sus pensamientos y para ello opone la vileza de los pensamientos humanos a la permanencia de los pensamientos del Señor. En realidad contrapone los pensamientos de los hombres (en plural) al designio de Dios (en singular). De esta manera el tratado, propiamente dicho, se abre como una reflexión sobre el designio (boulé) del Señor. Esto lo pone en paralelismo con el Diálogo Ascético que empieza y versa, todo él, sobre el fin (skópos) del Señor. No parece haber gran diferencia. Incluso si pensamos que en el Diálogo Ascético la cuestión era más explícitamente cristológica, pues se presentaba como el fin de la encarnación del Señor, también aquí, como veremos un poco más adelante, la cuestión es centrada cristológicamente. Así, la temática que se plantea es el designio del Padre. En seguida Máximo afirma explícitamente que ese designio o fin divino no es otro que la divinización del hombre. En ella se realiza plenamente el propósito de Dios. Pero ese término es alcanzado sólo desde la mediación cristológica. El misterio de Cristo aparece, en cierta forma, en función («para») de la divinización de los hombres. Desde otra perspectiva, encarnación de Dios y divinización aparecen como dos caras de un mismo proceso. El peso y la fuerza de la kénosis de uno de la Trinidad impulsan al hombre a las alturas de la divinización. El descenso de Uno a las profundidades de la existencia humana provoca el ascenso del otro a las cumbres de una existencia divina.

Puede llamarnos la atención este desarrollo teológico en el seno de una interpretación del Padre Nuestro. Esta sorpresa se funda en una concepción —extraña a los Padres de la Iglesia— donde espiritualidad y liturgia, por un lado, se encuentran separadas de una «teología» más bien doctrinal. Para los Padres, por el contrario, la espiritualidad no era sino la vivencia del Misterio.

Máximo conecta, a continuación, la oración del Señor con este designio del Señor.

Aquella aparece no sólo como el compendio de ese designio, que es la divinización del hombre, sino también como la petición de ese bien, estimulando el deseo de apropiarnos de él. Si esto es así, la oración se revela como la mejor doctrina sobre la divinización y su petición más ardiente. Y hay una continua insistencia en la mediación cristológica. Accedemos a la divinización sólo por medio del misterio de Cristo. Él es «mediador entre Dios y los hombres». Y por esa mediación nos ha revelado el misterio trinitario, ha obrado los misterios salvíficos y, ahora, nos enseña en la oración el sentido de esos misterios. Finalmente, y a modo de obertura, aparecen enumerados, tan sólo, los misterios de Cristo, los siete más generales.

En una segunda sección nuestro autor irá analizando, uno a uno, los diversos misterios que constituyen, en esencia, el misterio de la divinización. El carácter cristológico de estos misterios es subrayado hasta gramaticalmente: todos tienen por sujeto al «Lógos de Dios encarnado».

En primer lugar él nos enseña «teología». Como decíamos en la Introducción general, la teología es el misterio del Dios Trino. Y en ese misterio penetramos desde la economía de la encarnación. Sólo Cristo nos desvela el Misterio.

En segundo lugar aparece la filiación divina. En el Espíritu Santo el hombre nace a la vida divina. Pero esta filiación no es presentada sólo en clave pneumatológica, sino también cristológica. En efecto, aquí aparece —como tantas otras veces— el principio denominado «tantum-quantum»: el hombre es divinizado vaciándose (kénosis) de sus pasiones tanto cuanto, en la medida en que el Lógos de Dios se vació (kénosis) en su encarnación. Allí

se comprende la profunda raigambre cristológica del misterio de la divinización.

En tercer lugar se menciona la igualdad en honor con los ángeles. La aspiración a ser igual a los ángeles⁶ ha marcado toda la espiritualidad monástica, considerada como una vita angelica. Y esta igualdad es alcanzada de un doble modo: por la praxis y el conocimiento, debido a una total orientación del ser a Dios.

En cuarto lugar se indica la participación en la vida divina, en relación con el misterio eucarístico, como lo subraya aquí la cita de «cuán bueno es el Señor», usada por los Padres en referencia a la Eucaristía. El hombre es divinizado, participa en la vida divina comiendo del Alimento divino.

En quinto lugar es presentada la restauración de la naturaleza humana. Aquí se hace necesario aludir al contexto en el cual se mueve nuestro autor. Máximo, desde sus primeros escritos, va aguzando la noción de voluntad. Así distingue entre la voluntad personal de elección y la voluntad natural. El pecado había rasgado la unidad, volviendo la voluntad personal contra el principio de naturaleza. La obra salvífica de Cristo devuelve, precisamente, esa unidad: une la voluntad de elección a la voluntad de naturaleza.

En sexto lugar aparece la purificación de la ley del pecado. Esa purificación o liberación de la naturaleza humana respecto a aquella ley es realizada por el nacimiento virginal y extraordinario de Cristo.

Finalmente, en séptimo lugar, se refiere a la destrucción de la tiranía del mal y del Maligno. Implícitamente aparece la temática de los dos Adanes. El Maligno, que había sometido a su imperio de muerte a nuestro

6. isángelos.

primer padre, es vencido, en Cristo, por la misma carne que él había vencido, pues Cristo «muriendo venció a la muerte»⁷.

En la tercera sección introduce resumidamente la temática de la sección siguiente. Se indica cómo cada uno de los misterios arriba mencionados son expresados en la oración, la cual se convierte en maestra de vida cristiana ya que las peticiones de la oración son «preceptos para esta vida». Es la dimensión didascálica de la oración del Señor.

En la cuarta sección, la más extensa, tenemos el comentario continuado de cada una de las peticiones de la oración.

«Padre nuestro que estás en los cielos. Santificado sea tu Nombre, venga tu Reino»

En esta petición se percibe claramente la dimensión de filiación. El hombre es hecho hijo de Dios por la gracia y debe, al mismo tiempo, manifestar esa filiación con una conducta filial.

Pero Máximo va más allá y, en su análisis de las nociones de «Nombre» y «Reino», él ve la referencia al misterio trinitario. Esto nos resulta extraño en un primer momento. Sin embargo, la hermeneútica de nuestro autor no es errónea. En efecto, en el pensamiento judío el «Nombre» de Dios va sufriendo un proceso de hipostasiación. Él es como un reflejo de Dios. De ahí que ver en ese Nombre del Padre al Hijo no resulte totalmente sorprendente. Menos sorprendente aún es la alusión al Espíritu Santo mediante la noción de «Reino». Esta asimila-

7. Cf. la liturgia bizantina de Pascua.

ción entre Espíritu y Reino no es sólo teológica sino llega incluso a cierta lectura del texto bíblico. Así, ciertos manuscritos en este pasaje de la oración en el evangelio de Lucas⁸ leen: «que venga tu Espíritu Santo y nos purifique», en vez de la lectura tradicional de: «que venga tu Reino». Antecedente de esta interpretación de «Nombre» y «Reino» es Evagrio, quien sostiene: «Si quieres orar, necesitas de Dios, que es quien da la oración al que ora. Invócalo diciendo: 'Santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino', es decir: el Espíritu Santo y tu Hijo unigénito. Ésta es su enseñanza cuando dice que hay que adorar a Dios, esto es, al Padre, en Espíritu y en Verdad. Estos tres son un solo Dios»⁹.

De todo esto podemos concluir que la oración se abre —como debe ser— con el misterio Trinitario: «El Señor enseña, por estas palabras, a aquellos que oran a comenzar, como conviene, por la teología, y los conduce al misterio del modo de existencia de la Causa creadora de los seres, siendo por esencia el autor de los seres». Al mismo tiempo, la referencia al «misterio del modo de existencia» compendia toda la teología trinitaria de los Padres, como queda aún más claro en el siguiente pasaje: «El mismo Dios es verdaderamente Unidad y Trinidad: Unidad de acuerdo al principio de esencia, y Trinidad según el modo de existencia».

Sin embargo, esta alusión al misterio trinitario no es meramente notional sino verdaderamente teológica o, lo que es igual, doxológica. La oración del Señor nos introduce en el misterio de la adoración trinitaria: «Comenzando esta oración somos conducidos a honrar la Trinidad consustancial y supersustancial». No se trata tanto de

8. Lc 11, 2.

9. EVAGRIO, *Tratado de la Oración*, 58.

conocer a la Trinidad cuanto de adorarla conociéndola. La oración nos presenta, de esta manera, la teología como una verdadera liturgia.

Tras esta interpretación teológico-doxológica, Máximo pasa a un plano ascético. Él ve en la «santificación» del Nombre una integración y unificación de todas las dimensiones del ser humano. Nuestro autor parte de la ya mencionada estructura tricotómica del alma, por la cual ésta tiene tres potencias: la concupiscencia (epithymía), la ira (thymós) y la razón (lógos). Y en esta estructura el pecado introduce un desorden y división. La concupiscencia tenderá sólo al placer, mientras que la ira se volverá a combatir a los hombres y la razón perderá el dominio del hombre volviéndose irracional. El misterio de Cristo, por el contrario, posibilita la restauración de la armonía humana. Por ello, santificar el Nombre del Padre implica re-orientar los movimientos de la concupiscencia y de la ira, subordinándolos a la razón y, en una armoniosa concurrencia, tender con toda la fuerza hacia Dios solo.

Y sólo a quien «santifica el Nombre», es decir, a quien sujeta la concupiscencia y la ira, puede venir el «Reino», es decir el Espíritu Santo. Sólo sobre aquellos que han santificado el Nombre, es decir, sobre los mansos reposa el Espíritu del Señor. Y ese Espíritu tiene por función la de configurar el rostro de Cristo en aquellos sobre los cuales ha venido; hacer de ellos, realmente, unos cristóforos: «Cristo quiere siempre ser engendrado misteriosamente, encarnándose mediante los que son salvados; convierte al alma que lo engendra en una madre virgen». Y esta configuración gradual con el Señor implica, como ya hemos dicho, lanzar todo el ser humano en la búsqueda de Dios. El mandato es un continuo plus ultra, un nunca detenerse, un incesante paso (diábasis) hacia Dios, dejando atrás a todos los seres, en un proceso de

creciente simplificación hasta «Aquel que es simple por naturaleza».

Ser configurado con Cristo significa, también, transformar la imagen de Dios en nosotros en una semejanza luminosa. Y la meta de todo este ascenso es la simbiosis con Dios, la comunión de vida con Él, la divinización.

«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»

El hombre que «santifica» el Nombre orienta todo su ser al Señor; hacia Él ha integrado todas sus potencias y movimiento. Él mismo aparece como una tensión irrefrenable hacia el misterio divino. Y por esa simplicidad y unidad de movimiento se asemeja a los ángeles, caracterizados, precisamente, por esa orientación total a Dios. Queda manifiesto, así, el fuerte dinamismo del ser creado hacia Dios¹⁰. «Así, pues, seremos encontrados dando culto a Dios en todas las cosas, imitando a los ángeles del cielo y mostraremos entonces sobre la tierra el mismo modo de vida que los ángeles, no moviendo el intelecto, igual que ellos, hacia ninguna de las cosas que están después de Dios».

«Danos hoy el pan nuestro de cada día»

En los distintos comentarios patristicos a la oración del Señor, llegados a esta petición, encontramos dos interpretaciones posibles del pan (epiούσιον): la que ve aquí el pan sustancial o espiritual, y la que descubre en ella la petición del pan material cotidiano. Máximo adopta, a su modo, las dos interpretaciones. Por un lado, Cristo es el pan de vida y el pan de inmortalidad. Por Él participamos de la vida divina, por Él somos diviniza-

10. Cf. P. ARGÁRATE, Ἀεικίνητος Στόσις. *El dinamismo del ser a la unidad en el pensamiento de Máximo el Confesor.*

dos. Pidiendo, pues, el pan estamos pidiendo la simbiosis con Dios. Al mismo tiempo, dentro de una lectura material, limitamos nuestra petición al día de hoy, despegándonos así de las preocupaciones temporales y respetando el precepto de buscar, en primer lugar, el Reino de Dios. Así, nuestra vida temporal queda subordinada a la adquisición de la vida del Espíritu, de la vida en Dios. En efecto, todo nuestro empeño debe tender a alcanzar y recibir al Espíritu del Señor; todo nuestro esfuerzo mira a ser divinizados.

«Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden»

Si, como dijimos, el único objetivo de nuestra vida es alcanzar la simbiosis con Dios, la divinización, entonces ningún dolor puede dañarnos verdaderamente, a no ser fracasar en ese objetivo. De ahí que debemos ejercer el perdón con aquellos que nos hieren. Y por ese perdón el hombre, en Cristo, restaura la unidad de la naturaleza humana, superando las divisiones. A su vez, la reconciliación humana aparece como conditio sine qua non de la reconciliación con Dios.

Dios quiere, de esta manera, condicionar su perdón a nuestro perdón. De algún modo, Él concede aquí la primacía al hombre. Él se somete a la voluntad del hombre. Y éste, por su parte, «se hace a sí mismo ejemplo de virtud para Dios —si se puede decir esto— e invita al inimitable a imitarlo, diciendo: “Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Exhorta a Dios a que sea para él, lo que él es para sus prójimos». En cierta manera el hombre se hace medida de Dios, por el misterio de Cristo; Dios quiere hacerse imitador de su creatura. El perdón aparece —en Cristo— como la llave de acceso al misterio de la divinización.

«Y no nos induzcas en tentación, sino líbranos del Maligno»

Por el contrario, quien se cierra al perdón, lejos de alcanzar la vida divina, es entregado a sus pasiones y a la tiranía del Maligno. En cambio, quien ha perdonado no sólo alcanza el perdón del Señor, sino también la protección y liberación de faltas futuras.

La quinta sección constituye una ulterior recapitulación, pero donde se revierte el orden: ser librados del Maligno y no caer en tentación, perdonar a los que nos ofenden, Cristo como pan de vida, realización de la voluntad del Padre, filiación y adoración a Dios. Este orden parece indicar el ascenso del hombre a la divinización. Nuevamente aquí se revela el carácter fuertemente cristológico de la salvación: Cristo aparece guiándonos en el ascenso a la divinización, a la vida trinitaria; Él nos conduce al Padre, donde recibimos la participación en la naturaleza divina, es decir, la divinización, por la obra del Espíritu Santo. Así seremos plenamente hijos de Dios y teóforos, portadores del Misterio de Dios.

La sexta sección, finalmente, constituye un pasaje parenético que resume, a su modo, todo el contenido del tratado. Se vuelve a subrayar que la oración se orienta, toda ella, al misterio de la divinización. Parece establecerse una conexión con el pasaje que casi al comienzo de la interpretación trataba sobre el designio del Señor. También ahora vuelve a aparecer la esencial mediación cristológica en el proceso de divinización: «Que el fin de nuestra oración sea la contemplación de este misterio de la divinización, para que conozcamos lo que ha realizado en nosotros la kénosis en la carne del Hijo unigénito, y de dónde y dónde ha hecho subir, por la potencia de su mano que ama al hombre, a

aquellos que habían alcanzado el punto más bajo de todo el universo».

Luego se realiza una nueva conexión cuando se pide mostrar que tenemos por Padre a Dios y no al Maligno, significando así la primera y última petición de la oración.

Finalmente, en la doxología que cierra la interpretación vuelve a aparecer Cristo como mediador: en Él participaremos y contemplaremos los bienes en el siglo futuro. De esta manera, toda la interpretación no ha sido sino una meditación sobre el misterio de Cristo: éste es el designio de Dios y hacia él tiende toda nuestra vida. La divinización es la vivencia honda e incesante del misterio de Cristo, que nos abre a la vida divina de la «santa y adorable Trinidad».

La oración, digamos concluyendo, aparece ante todo como una verdadera mistagogía¹¹. Ella nos hace penetrar por medio de Cristo, realizador de los misterios que pedimos en la oración y maestro de esa misma oración, en el inefable Misterio, en las tinieblas luminosas del Dios Uno y Trino, en el seno de su vida trinitaria. Se trata de una penetración silenciosa y adorante de la Revelación de Dios en Jesucristo; penetración dada en los sacramentos y, de un modo particular, en el hermano.

11. Llegamos a la misma conclusión que DALMAIS, aún antes de haber leído su estudio. Cf. I. H. DALMAIS, «L'oeuvre spirituelle de Saint Maxime le Confesseur. Notes sur son développement et sa signification», p. 226.

INTERPRETACIÓN DEL PADRE NUESTRO

PRÓLOGO

Es a ti mismo, mi señor, guardado por Dios, a quien he recibido a través de tus cartas dignas de todo elogio, que estás siempre presente y no puedes estar totalmente ausente en el espíritu; sino que, imitando a Dios, no has rehusado ayudar a tus servidores por la abundancia de tu virtud y por la ocasión que Dios te ha dado por naturaleza.

Por eso, admirando la grandeza de tu condescendencia, he hecho que mi temor hacia ti esté mezclado de afecto. Y de los dos, el temor y el afecto, he suscitado una única caridad, constituida por el respeto y la buena voluntad; para que el temor, privado del afecto no llegue a ser odio; ni el afecto, no teniendo unido un prudente temor, llegue a ser desprecio; sino, por el contrario, que la caridad se manifieste como una ley interior de ternura, que una todo lo que está emparentado naturalmente. Por la buena voluntad domina el odio y por el respeto, rechaza el desprecio. Sabiendo que él —hablo del temor— se aproxima a la caridad más que nada, el bienaventurado David dice: *El temor del Señor es puro y permanece de edad en edad*¹, sabiendo que este temor es diferente del temor que consiste en tener miedo al castigo debido a las faltas. Porque éste, llega a ser expulsado, desapare-

1. Sal 18, 10.

ciendo totalmente por la presencia de la caridad, como lo muestra el gran evangelista Juan en algún lugar de sus palabras, diciendo: *La caridad expulsa el temor*²; mientras que aquél [el temor del Señor] caracteriza naturalmente a la ley de la verdadera ternura. Por el respeto, los santos conservan siempre, y sin corrupción alguna, la ley y el modo de vida de la caridad hacia Dios y de unos hacia otros.

Pues, como decía, habiendo mezclado el afecto al temor a mi señor, he suscitado hasta hoy esta ley de la caridad. Por respeto me he abstenido de escribir, para no dar lugar al desprecio. Y por la buena voluntad he sido impulsado a escribir, para que la negativa total a escribir no fuera considerada como odio. Escribo, mandado a hacerlo, no lo que pienso, *pues los pensamientos de los hombres son viles*³, como dice la Escritura, sino lo que Dios quiere y da por gracia para que nos suceda lo que es conveniente. Pues, *el designio del Señor —dice David— permanece eternamente, los pensamientos de su corazón de generación en generación*⁴.

EL DESIGNIO DEL SEÑOR

Él llama, sin duda, «designio» de Dios Padre a la *kénosis* inefable del Hijo unigénito en vista de la divinización de nuestra naturaleza, por la cual⁵ Él ha fijado el término de todos los siglos. Los «pensamientos de su corazón» son los principios de la Providencia y el Juicio,

2. 1 Jn 4, 18.

3. Sb 9, 14.

4. Sal 32, 11.

5. *kénosis*.

por medio de los cuales conduce sabiamente, como ciertas generaciones diferentes, nuestra vida presente y la futura, asignando respectivamente a cada una el modo de operación conveniente.

Si la obra del *designio* divino es la divinización de nuestra naturaleza, y si el fin de los pensamientos divinos es conducir a término lo que buscamos en nuestra vida, entonces conviene conocer, practicar y poner por escrito convenientemente la potencia de la oración del Señor. Puesto que, movido por Dios, mi señor escribiéndome a mí, su siervo, ha recordado esta oración, forzado la hago tema de mis palabras y pido al Señor, maestro de esta oración, que abra mi inteligencia a la comprensión de los misterios que ella contiene y que me dé una palabra a la medida de la claridad de lo pensado.

La oración contiene, pues, en resumen, místicamente oculto, o –hablando más propiamente– manifiestamente proclamado a aquellos cuyo intelecto es fuerte, el fin entero de lo que se habla⁶. Porque las palabras de la oración contienen la petición de todo lo que el Lógos de Dios anonadado ha obrado a través de su carne. Ella enseña a apropiarse de estos bienes, de los cuales sólo Dios Padre, por la mediación natural del Hijo, en el Espíritu Santo, es verdaderamente el dispensador; porque según el divino Apóstol, el Señor Jesús es *mediador entre Dios y los hombres*⁷. Por su carne ha hecho manifiesto a los hombres al Padre desconocido, y por el Espíritu ha conducido hacia el Padre a los hombres que ha reconciliado con Él. Por ellos y a causa de ellos, hecho hombre sin mutación, ha obrado y enseñado innumerables nuevos misterios cuya multitud y grandeza la razón no puede

6. El designio divino de la *kénosis*.

7. 1 Tm 2, 5.

comprender ni medir. Siete de ellos en número, más generales que los otros, son los que él ha dado —así parece— a los hombres en su eximia generosidad. El fin de la oración, como decía, contiene misteriosamente la potencia de estos misterios: la *teología*, la filiación en la gracia, la igualdad de honor con los ángeles, la participación en la vida eterna, la restitución a sí misma de la naturaleza renovada en la imperturbabilidad, la disolución de la ley del pecado y la abolición de la tiranía del mal que nos ha dominado por medio del engaño.

Examinemos, pues, la verdad de lo que ha sido dicho:

LOS MISTERIOS DE CRISTO

La teología

El Lógos de Dios encarnado nos enseña la *teología*, en cuanto muestra en sí al Padre y al Espíritu Santo. Pues todo el Padre y todo el Espíritu Santo estaban esencial y perfectamente en el Hijo encarnado, todo entero, sin estar ellos encarnados; ellos estaban —el Padre por su complacencia y el Espíritu cooperando— en el Hijo que obraba la encarnación. Porque el Lógos ha permanecido en posesión de su intelecto y de su vida, no siendo comprensible según la esencia por ningún otro, sino sólo por el Padre y el Espíritu, mientras que realizaba por *filantropía* la unión hipostática con la carne.

La filiación de gracia

Él da la filiación, concediendo mediante el Espíritu el nacimiento sobrenatural de lo alto por la gracia. Este na-

cimiento guarda y conserva en Dios la libertad de quienes así han nacido y cultivan con amor la gracia, mediante una auténtica disposición de nacimiento. Y, al practicar con empeño los mandamientos, embellece la hermosura dada por la gracia. Mediante la *kénosis* de las pasiones se apropia de la divinidad tanto cuanto el Lógos de Dios se ha vaciado [*kenotizado*] voluntariamente según la economía de su propia gloria sin mezcla, haciéndose verdaderamente hombre.

La igualdad de honor con los ángeles

Ha hecho a los hombres iguales en honor que los ángeles, no sólo en el hecho de que, *habiendo pacificado por la sangre de su cruz lo que está en los cielos y lo que está sobre la tierra*⁸ y destruyendo las potencias enemigas que llenan el espacio intermedio entre el cielo y la tierra, mostró que es una la asamblea de las potencias terrestres y celestes, para la distribución de los dones divinos, puesto que la naturaleza humana celebra con alegría la gloria de Dios, en una única y misma voluntad con las potencias de lo alto; sino también en el hecho de que, después de consumir la economía respecto a nosotros, después de haber subido con el cuerpo que había asumido, unió, por sí mismo, el cielo y la tierra, y reunió los seres sensibles con los inteligibles. Así mostró que es una la naturaleza creada, unida en sus partes extremas por la virtud y el conocimiento de la causa primera. Mostró místicamente, por medio de lo que realizó, cómo la razón es la unión de lo que es distante y cómo la irracionalidad, en cambio, es la división de lo

8. Col 1, 20.

que está unido. Y nosotros, aprendamos a apropiarnos de la razón mediante la acción, a fin de no estar solamente unidos a los ángeles, según la virtud, sino también a Dios, en el conocimiento, desprendiéndonos de los seres.

La participación en la vida divina

Ha concedido la vida divina haciéndose él mismo alimento, de un modo que sólo conoce él y quienes han recibido de él tal sensibilidad de la inteligencia, de manera que, por la degustación de este alimento, saben, por conocimiento verdadero que *el Señor es bueno* ⁹, él, que mezcla a quienes comen de él con una cualidad divina, para divinizarlos, de manera que es y es llamado, con toda claridad, *pan de vida* ¹⁰ y *de potencia* ¹¹.

La restitución de la naturaleza a sí misma

Ha restituido la naturaleza a sí misma no sólo en cuanto que, hecho hombre, conservó la voluntad imperturbable y sin rebelión alguna respecto a la naturaleza, e incluso la conservó totalmente imperturbable en su propio fundamento natural, hacia aquellos que lo crucificaban: es más, eligió la muerte a causa de ellos en lugar de la vida, como lo muestra el carácter voluntario de la pasión, decidida por la disposición de amor al hombre ¹² de

9. Sal 33, 9. Esta alusión bíblica es utilizada con mucha frecuencia por los Padres para referirse a la Eucaristía.

10. Jn 6, 48.

11. Sal 77, 25.

12. *filantropía*.

quien ha sufrido esta pasión; sino también en cuanto que él destruyó la enemistad, clavando en la cruz, el documento del pecado¹³, por el cual la naturaleza llevaba en sí, implacablemente, la guerra contra sí misma. Y, habiendo llamado a aquellos que están lejos y a aquellos que están cerca¹⁴ (es decir, a aquellos que están bajo la Ley¹⁵ y a aquellos que están fuera de la Ley) y, habiendo destruido el muro que los separaba, es decir, habiendo clarificado la ley de los mandamientos en decretos, creó de los dos un solo hombre nuevo, haciendo la paz y reconciliándonos¹⁶ en sí mismo con el Padre y entre nosotros, de manera que ya no tengamos más la voluntad opuesta al principio de la naturaleza, sino que seamos inmutables en nuestra voluntad como lo somos en la naturaleza.

La purificación de la ley del pecado

Ha purificado a la naturaleza de la ley del pecado¹⁷, no permitiendo que el placer precediera a su encarnación por nosotros. En efecto, su concepción se hizo paradójicamente sin semilla, y su nacimiento sobrenatural sin corrupción. El Dios que fue engendrado, afirma en su madre los lazos de la virginidad por su nacimiento y libra la naturaleza entera de la potencia de la ley que la dominaba, en aquellos que lo quieren¹⁸ y que, por la

13. Col 2, 14.

14. Ef 2, 17.

15. 1 Co 9, 20; Ga 4, 5.

16. Ef 2, 14-15.

17. Rm 7, 23.25; 8, 2.

18. Nuevamente Máximo destaca aquí la importante función de la libertad humana en la salvación.

mortificación sensible *de los miembros terrestres*¹⁹, imitan su muerte voluntaria. El misterio de la salvación es de los que lo quieren y no de los que lo sufren²⁰.

La destrucción de la tiranía del mal

Realiza la destrucción de la tiranía del maligno que nos dominaba por el engaño, venciendo la carne vencida en Adán, volviendo el arma contra el maligno, para mostrar que la carne, que había sido capturada primero por la muerte, captura al que la había capturado y destruye su vida por la muerte natural. Y la carne, hecha para él veneno, por una parte, a fin de hacerlo vomitar a todos los que él había tragado (*en tanto detentaba el dominio de la muerte*)²¹, ella llegó a ser, por otra parte, vida para el género humano, como la levadura que hace fermentar la naturaleza para una resurrección de vida. Es enteramente a causa de esta vida que el Lógos, siendo Dios, se hace hombre –¡qué cosa realmente extraña!– y acepta voluntariamente la muerte de la carne.

De todas estas cosas, como dije, son petición las palabras de la oración.

LA ORACIÓN COMO REALIZACIÓN DEL DESIGNIO

En efecto, la oración habla del Padre, del Nombre del Padre y del Reino. Expresa también que aquel que

19. Col 3, 5.

20. En esta sugestiva afirmación Máximo subraya la importancia de la voluntad en el plano soteriológico.

21. Hb 2, 14.

ora es hijo de este Padre en la gracia. Pide que lo que está en el cielo y lo que está sobre la tierra provengan de una única voluntad. Manda pedir el pan cotidiano. Pone la reconciliación como ley para los hombres, y por el perdonar y el ser perdonado, une a sí misma la naturaleza para que no esté más escindida por la diferencia entre las voluntades. Nos enseña a suplicar para no caer en tentación —que es la ley del pecado— y exhorta a ser liberados del mal. En efecto, era necesario que aquel que realiza y concede los bienes, fuera también el maestro que presenta las palabras de la oración, como los preceptos para esta vida, a los discípulos que creen en él e imitan su conducta en la carne. Por estas palabras ha significado *los tesoros escondidos de la sabiduría y del conocimiento*²² que subsisten específicamente en él, impulsando evidentemente el deseo de aquellos que suplican hacia el goce de esos tesoros.

Por eso, pienso, la Escritura ha llamado «oración» a esta enseñanza porque comporta la petición de los dones que Dios da los hombres por gracia. En efecto, así como nuestros Padres, inspirados por Dios han explicado y definido la oración, diciendo que ella es una petición de lo que Dios regala convenientemente a los hombres, como él lo *sabe*; igualmente han definido al voto como un compromiso, o una promesa, de las cosas que los hombres ofrecen a Dios dándole un culto verdadero. Han expuesto con frecuencia que la Escritura da testimonio de ello con su propia palabra, así: *Haced votos y ofrendas al Señor, nuestro Dios*²³ y *Todo de lo cual he hecho voto, te lo ofreceré, Señor, nuestro Dios*²⁴.

22. Col 2, 3.

23. Sal 15, 12.

24. Jon 2, 10.

Esto es lo que se ha dicho respecto al voto; y respecto a la oración: *Ana oró al Señor y dijo: Señor Adonai, Eloí Sabaoth, si tu te dignas satisfacer a tu sierva y conceder un fruto a mis entrañas*²⁵, y *Oró al Señor Ezequías, rey de Judá, así como el profeta Isaías, hijo de Amós*²⁶ y lo dicho por el Señor a sus discípulos: *Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos*²⁷. Así el voto puede ser la guarda de los mandamientos, ratificada por las acciones voluntarias del que hace el voto; y la oración es la petición de aquel que ha guardado los bienes, hecha para tener parte en los bienes que ha guardado; o incluso, el voto, es el combate de la virtud, ofrenda que Dios acepta con la más grande complacencia; y la oración es la recompensa de la virtud, que Dios da a cambio con gran gozo.

COMENTARIO CONTINUADO

Puesto que ha sido demostrado que la oración es una petición de los bienes de los cuales el Lógos encarnado es autor, poniendo en nosotros lo mismo que nos han enseñado las palabras de la oración, avancemos con confianza, desnudando cuidadosamente por la contemplación, tanto cuanto es posible, el sentido de cada palabra, puesto que el Lógos mismo acostumbra a conceder convenientemente y dar la potencia de comprender el pensamiento de aquel que dice...

25. 1 S 1, 10.

26. 2 Cro 32, 20.

27. Mt 6, 9.

«Padre nuestro, que estás en los cielos. Santificado sea tu nombre, venga tu Reino»

En primer lugar, el Señor enseña con estas palabras a aquellos que oran, a comenzar por la *teología* como conviene; y los introduce en el misterio²⁸ del modo de existencia de la Causa creadora de los seres, que es, por esencia, el autor de los seres. En efecto, las palabras de la oración muestran al Padre, el Nombre del Padre y el Reino del Padre, para que seamos enseñados desde el mismo principio a honrar, invocar y adorar la Trinidad Una. Porque el Hijo unigénito es el Nombre de Dios Padre que subsiste esencialmente; y el Espíritu Santo es el Reino de Dios Padre que subsiste esencialmente. En efecto, lo que aquí Mateo llama «Reino», otro de los evangelistas lo llama Espíritu Santo: *Que venga tu Espíritu Santo y que nos purifique*²⁹. El Padre no tiene un Nombre recibido y no debemos pensar en el Reino como una dignidad agregada a Él. No ha comenzado a ser, de modo que comience también a ser Padre o Rey, sino que siendo siempre, es también siempre Padre y Rey, no habiendo comenzado de ningún modo, ni a ser, ni a ser Padre o Rey. Y si siendo siempre, es también siempre Padre y Rey, entonces también el Hijo y el Espíritu Santo han coexistido siempre esencialmente con el Padre; son naturalmente a partir de Él y en Él, más allá de la causa y de la razón; sin embargo no son después de Él, como si hubieran advenido posteriormente, en tanto causados por Él. Porque la relación posee la capacidad de mostrar uno en el otro al mismo tiempo, a aquellos de los cuales ella es y es llamada relación, no

28. *mystagogeí*.

29. Cf. Lc 11, 2, según ciertos manuscritos.

permitiendo por esto, que sean considerados uno después del otro.

Comenzando esta oración, somos conducidos a honrar la Trinidad consustancial y supersustancial, como Causa creadora de nuestro origen. También se nos enseña a anunciarnos a nosotros mismos la gracia de la filiación, hechos dignos de llamar Padre por la gracia, a aquel que nos ha creado por naturaleza; para que, respetando la invocación de quien nos ha hecho nacer por la gracia, nos empeñemos en significar en nuestra vida la impronta de aquel que nos ha hecho nacer, santificando su Nombre sobre la tierra, imitándolo como a un Padre, mostrándonos como sus hijos por nuestras acciones, y magnificando con nuestros pensamientos y acciones al Hijo por naturaleza del Padre, que obra por sí mismo la filiación.

Santificamos el Nombre del Padre por gracia en los cielos, mortificando la concupiscencia de la materia y purificándonos de las pasiones que realizan la corrupción, porque la santificación es la total inmovilidad y mortificación de la concupiscencia de los sentidos. Llegados a esto, calmamos los impertinentes ataques de la ira, que ya no tiene a la concupiscencia que la excite y persuada en luchar por los placeres familiares, puesto que la concupiscencia está mortificada ya por la santidad, según el principio de naturaleza. En efecto, la ira, que por naturaleza es vengadora de la concupiscencia, cesa naturalmente de enfurecerse cuando la ve [a la concupiscencia] mortificada.

Con razón, pues, tras el rechazo de la ira y de la concupiscencia viene, según la oración, la posesión del Reino de Dios Padre para aquellos que, después de haberlas rechazado, son hechos dignos de decir: «Que venga tu Reino», es decir, tu Espíritu Santo. Por el principio y el modo de la mansedumbre, han sido ya hechos

templos de Dios por el Espíritu ³⁰. En efecto, se ha dicho: *¿Sobre quién reposaré, sino sobre aquel que es dulce, sobre aquel que es humilde y que teme mis palabras?* ³¹. De donde se ve que el Reino de Dios Padre es de los humildes y de los dulces. Porque se ha dicho: *Bienaventurados los dulces, porque heredarán la tierra* ³². No es esta tierra, que ocupa por naturaleza el lugar intermedio del universo, la que Dios ha prometido en herencia a aquellos que lo aman, si dice verdaderamente cuando afirma: *Cuando resucitarán los muertos, no tomarán ni mujer ni marido, sino que serán como los ángeles en el cielo* ³³ y: *Venid, benditos de mi Padre, heredaréis el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo* ³⁴. Y nuevamente a otro que servía con buena voluntad: *Entra en el gozo de tu Señor* ³⁵. Y después de él, el divino Apóstol: *Con la trompeta, aquellos que han muerto en Cristo resucitarán primero, incorruptibles; luego nosotros, los que vivimos, que permanecemos aún aquí, al mismo tiempo que ellos, seremos raptados en las nubes al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos para siempre con el Señor* ³⁶.

Habiendo sido hechas tales promesas a los que aman al Señor, ¿quién, si ha fijado su intelecto en las solas palabras de la Escritura, movido por la razón y deseando ser servidor de ella, dirá que el «cielo», el *Reino preparado desde la creación del mundo*, el gozo misteriosamente escondido del Señor, la habitación y morada con-

30. Ef 2, 21-22.

31. Is 66, 2.

32. Mt 5, 4.

33. Mt 22, 30.

34. Mt 25, 34.

35. Mt 25, 21.

36. 1 Co 15, 52 y 1 Ts 4, 15-17.

tinuas y totalmente ininterrumpidas con el Señor de aquellos que son dignos, son de alguna manera idénticos a la tierra? Por el contrario, pienso poder decir ahora que la tierra es este hábito y esta potencia de los mansos, que es firme y totalmente inseparable del bien; en cuanto está siempre con el Señor y tiene un gozo indeficiente; ha obtenido el Reino preparado desde el origen y ha sido hecha digna del reposo y orden en el cielo, como una tierra que ocupa la posición media del universo, es decir el principio de la virtud. Según este principio, el manso, en medio del bien y del mal que se dice de él³⁷, permanece imperturbable, sin ser inflado por aquello que se dice de bueno, ni entristecido por lo que se dice de malo. Porque la razón es naturalmente libre, después de haber rechazado el deseo, no percibe los asaltos cuando estos la turban; ella ha reposado de la agitación respecto a estas cosas, y ha amarrado toda la potencia del alma a la inmóvil libertad divina. Y deseando distribuir-la a sus discípulos, el Señor dice: *Cargad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis reposo para vuestras almas*³⁸. Llama reposo a la posesión del Reino divino, en tanto que produce en aquellos que son dignos una soberanía liberada de toda esclavitud.

Si la posesión indestructible del Reino puro ha sido dada a los humildes y a los mansos, ¿quién no amará apasionadamente y deseará totalmente los bienes divinos, aspirando hasta el extremo a la humildad y la mansedumbre para llegar a ser —en tanto es posible al hombre— impronta del Reino de Dios, llevando en sí por la gracia la inmutable configuración con Cristo en el Espí-

37. 2 Co 6, 8.

38. Mt 11, 29.

ritu, quien es en verdad, naturalmente y por esencia, el gran Rey?

En esta configuración, dice el divino Apóstol: *No hay ni hombre ni mujer*³⁹, es decir, ni ira ni concupiscencia. En efecto, aquélla saca tiránicamente a la razón y al pensamiento, fuera de la ley de la naturaleza. Y la concupiscencia hace que los seres que son según la Causa y Naturaleza única, sola deseable e impasible, sean más deseables que Aquélla. Por eso hace a la carne más preferible que el espíritu, y el gozo de lo visible más agradable que la gloria y el resplandor de lo espiritual. Por la molicie del placer de los sentidos, aparta al intelecto de la percepción divina de lo espiritual, que le es connatural. Pero en esta configuración no hay más que la razón sola, que se ha despojado por la sobrea-bundancia de virtud de esta ternura y disposición al cuerpo, ternura y disposición que son no sólo imperturbables sino también naturales. El Espíritu domina totalmente a la naturaleza, persuadiendo al intelecto a abandonar la filosofía moral⁴⁰, cuando debe unirse al Lógos suprasustancial por la contemplación simple e indivisa (aunque contribuya naturalmente a que el intelecto se aparte fácilmente y sobrepase las cosas que fluyen temporalmente). Habiendo sobrepasado estas cosas, no es razonable imponer la carga de la vía ética como un manto pesado⁴¹, a quien que se ha mostrado desprendido de las cosas sensibles⁴².

39. Ga 3, 28.

40. Ésta es otra denominación de la *vida activa* o *práxis*, que es la primera etapa del ascenso espiritual.

41. El texto dice «melota», que es un manto pesado de piel de oveja, distintivo de la indumentaria monástica.

42. Superación de la *vida activa* y de la *práxis* por la contemplación.

El gran Elías manifiesta claramente este misterio, por medio de las cosas que realizó en figura ⁴³. Durante su raptó da a Eliseo su manto (quiero decir la mortificación de la carne, en la cual ha fijado la magnificencia de la recta ordenación moral) para asistir al espíritu contra toda potencia adversaria y para que golpee la naturaleza inestable y que fluye (cuyo tipo era el Jordán), a fin de que no impida al discípulo el paso hacia la tierra santa y no sea tragado por la turbación y lo resbaladizo de la afición a la materia. Avanza libre hacia Dios, no siendo dominado absolutamente por relación alguna con los seres, teniendo simple el deseo e incompuesta su voluntad, para establecer su morada en Aquel que es simple por naturaleza, por medio de las virtudes generales, encadenadas éstas gnóticamente unas a otras como los caballos de fuego. Él sabía, en efecto, que el discípulo de Cristo debe estar apartado de las disposiciones desiguales, cuya diferencia prueba la hostilidad (porque la pasión de concupiscencia produce una efusión de sangre en torno al corazón y el movimiento de ira produce, evidentemente, la ebullición de esta sangre) ⁴⁴. Llegado a la vida, el movimiento y el ser en Cristo ⁴⁵, había alejado de sí el origen discordante de las desigualdades, no llevando más en sí las disposiciones contrarias —diría— de estas pasiones, como la de [la oposición] hombre-mujer; de modo que la razón no sea esclavizada por ellas, habiendo permanecido extraña a sus cambios inestables. Ella es naturalmente dominada por la veneración de la imagen divina, y persuade al alma a transformarse a semejanza divina, por su voluntad, y de pertenecer al gran

43. Cf. 2 R 2, 1-14.

44. Explicación fisiológica de las pasiones.

45. Cf. Hch 17, 28.

Reino que subsiste sustancialmente con el Dios y Padre de todas las cosas, en cuanto morada toda resplandeciente del Espíritu Santo, recibiendo –si está permitido decirlo y en la medida de lo posible– el poder entero de conocer la naturaleza divina. Por este poder es rechazado el origen de lo peor y subsiste naturalmente el de lo que es mejor; llegando a ser el alma igual a Dios, conservando intacta en sí, por la gracia de su vocación, la sustancia de los bienes recibidos. Por este poder, Cristo quiere siempre ser engendrado misteriosamente, encarnándose mediante los que son salvados⁴⁶; convierte al alma que lo engendra en una madre virgen que, para decirlo brevemente, no lleva las marcas de la naturaleza sumisa a la corrupción y a la generación según la relación de *hombre y mujer*⁴⁷.

Que ninguno se sorprenda de escuchar la corrupción situada antes de la generación. En efecto, el que examina sin pasión y con recta razón la naturaleza de lo que viene al ser y de lo que se va del ser, encontrará claramente que la generación toma su comienzo de la corrupción y en ella acaba. Cristo (es decir el modo de vida y de la razón de Cristo y según Cristo) no posee como decía, las pasiones características de esta generación y de esta corrupción, si es verídico quien dice: Porque en Cristo Jesús, *no hay ni hombre ni mujer*⁴⁸ (mostrando evidentemente las características y las pasiones de la naturaleza sumisa a la corrupción y a la generación), sino que hay un principio único y deiforme realizado por el conocimiento divino, y un movimiento único de la voluntad que elige sólo la virtud.

46. Cf. *Quaestiones ad Thalassium* 22, 321b.

47. Ga 3, 28; Col 3, 11.

48. Ga 3, 28.

Ni griego ni judío ⁴⁹, por medio de lo cual se significa la diferente noción acerca de la opinión de Dios o, para decirlo más verdaderamente, la contradicción de opiniones acerca de Dios ⁵⁰. La noción griega introduce insensatamente una multiplicidad de principios y divide el principio único en operaciones y potencias contrarias, modela un culto politeísta que es contradictorio por la multitud de quienes son adorados, y ridículo por las variadas formas de veneración. La noción judía, por su parte, introduce un principio único, estrecho e imperfecto, casi impersonal, como carente de razón y vida, cayendo, por medios contrarios, en el mismo mal que la primera noción: el ateísmo, circunscribiendo en una única persona al único y mismo principio, que subsiste sin el Lógos y el Espíritu, o que sería cualificado por el Lógos y el Espíritu. No ve qué sería Dios, privado del Lógos y del Espíritu, ni cómo sería Dios dividido por ellos, como si fueran accidentes, de modo cercano a la participación de los seres racionales sujetos a generación. En Cristo, como dije, no hay ninguna de estas cosas, sino sólo principio de la genuina piedad, una sólida ley de la teología mística, que rechaza la expansión de la divinidad del primer discurso y no acepta la contracción [de la divinidad] del segundo discurso, para que no haya contradicción por una pluralidad de naturalezas, el error griego, ni padezca por la singularidad de la persona, que es el error judío, como privado del Lógos y del Espíritu, o cualificado por el Lógos y el Espíritu, no siendo honrada la divinidad como Inteligencia, Lógos y Espíritu. Esto nos enseña a quienes hemos sido introducidos en

49. Cf. Col 3, 11.

50. Cf. *Char* II, 29.

el conocimiento de la verdad⁵¹ por la llamada de la gracia según la fe, a reconocer que la naturaleza y el poder de la divinidad es uno, y que, por lo tanto, hay un Dios contemplado en el Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esto significa un solo Intelecto que existe substancialmente, incausado, que engendra al único Lógos que subsiste substancialmente sin principio, y fuente de la única vida eterna esencialmente subsistente, el Espíritu Santo. Trinidad en Unidad y Unidad en Trinidad: no una en la otra, como si la Trinidad estuviera en la Unidad como un accidente en la sustancia, ni viceversa, la Unidad en la Trinidad, porque es incualificada. No como una y otra, porque la Unidad no difiere de la Trinidad por una diferencia de naturaleza puesto que es una naturaleza simple y única. Ni como una después de la otra, porque la Trinidad no se distingue de la Unidad por una disminución de poder, ni la Unidad de la Trinidad. Ni la Unidad se distingue de la Trinidad como algo común y general considerado sólo por el intelecto como distinto de las partes que la constituyen, puesto que es una esencia que existe propiamente por sí misma, y una fuerza que es absolutamente poderosa. Ni como una a través de otra, porque no hay mediación de relación como de efecto a causa entre lo que es completamente idéntico y absoluto. Ni como una de la otra, porque la Trinidad no es una derivación de la Unidad, puesto que es sin origen y se manifiesta a sí misma.

Por el contrario, decimos y pensamos que el mismo Dios es verdaderamente Unidad y Trinidad: Unidad de acuerdo al principio de esencia, y Trinidad según el modo de existencia. Es la misma: toda la Unidad, no dividida por las personas, y toda la Trinidad, no confundi-

51. Cf. 1 Tm 2, 4; 2 Tm 3, 7; Tt 1, 1; Hb 10, 26.

da por la unidad⁵², para que no sea introducido el politeísmo por la división, ni el ateísmo por la confusión. Huyendo de ambos, brilla el principio de Cristo. Llamo principio de Cristo a la nueva proclamación de la verdad, en la cual *no hay ni hombre ni mujer*⁵³, o sea ni signos ni pasiones de la naturaleza sujeta a la corrupción y a la generación; *ni judío ni griego*, las nociones opuestas acerca de Dios, ni *circuncisión ni incircuncisión*, los cultos diferentes que broten de esas concepciones opuestas. La religión de la circuncisión, por medio de los símbolos de la Ley, envilece la creación visible y acusa al Creador de ser autor de cosas malas. La religión de la incircuncisión, por medio de la pasión, diviniza la creación visible y subleva la creatura contra el Creador; *ni bárbaro ni escita*, o sea, no hay tensión de la voluntad que subleve a la única voluntad contra sí misma, por la cual se introdujo entre los hombres la ley antinatural del mutuo asesinato. *Ni esclavo ni hombre libre*, o sea, la división de la misma naturaleza por oposición de la voluntad, que deshonra lo que por naturaleza es de igual honor, teniendo la ley como auxiliar a la actitud de los que ejercen una disposición tiránica sobre la dignidad de la imagen. Sino que *Cristo es todo en todos*⁵⁴, creando la configuración en el espíritu del reino sin comienzo; configuración que sobrepasa la naturaleza y la ley; configuración caracterizada, como se ha mostrado, por la humildad y manse-

52. Esta doble calificación: sin división ni confusión, será aplicada por el Concilio de Calcedonia al misterio de la unión hipostática. En efecto, en Cristo sus dos naturalezas se unen indivisa e inconfusamente. Y este modo de unión será llevado por Máximo a paradigma y clave de interpretación de toda la realidad.

53. Ga 3, 28; Col 3, 11.

54. Col 3, 11.

dumbre de corazón, cuya unión ⁵⁵ caracteriza al hombre perfecto creado según Cristo. Porque todo hombre humilde es también totalmente manso y todo hombre manso es también totalmente humilde: humilde en cuanto sabe que tiene el ser como prestado; manso en cuanto reconoce el uso natural de las potencias dadas, y las entrega al servicio de la razón para engendrar la virtud, restringiendo su operación sensible, de un modo perfecto. Y por eso, por su intelecto, está siempre en movimiento hacia Dios ⁵⁶.

Aunque experimenta al mismo tiempo todo lo que puede afligir su cuerpo, no es movido en modo alguno de acuerdo a los sentidos, ni traza alguna de tristeza marca su alma para sustituir la actitud gozosa en él, porque no piensa que el dolor sensible constituya una pérdida de placer, pues conoce un solo placer: la comunión de vida ⁵⁷ del alma con el Lógos, cuya privación es un castigo sin fin que circunscribe naturalmente todos los siglos. Y por esto, abandonando su cuerpo y las cosas corporales, es llevado vigorosamente hacia la divina comunión de vida, pensando que el único castigo –aunque fuese señor de todo en la tierra– consiste en el fracaso de la divinización por la gracia, que él persigue.

Purifiquémonos, por lo tanto, de toda contaminación de la carne y del espíritu ⁵⁸, para que santifiquemos el nombre de Dios, extinguiendo la concupiscencia que in-

55. La de la humildad y mansedumbre de corazón.

56. Máximo planteará también que el ser creado, en realidad no acaba su movimiento en Dios, sino que allí su dinamismo es disparado, insospechadamente, en un movimiento incesante (*aeikinesía*), en una continua penetración del misterio divino sin jamás agotar al Insaciable.

57. Simbiosis.

58. 2 Co 7, 1.

decentemente nos atormenta con las pasiones, y atemos con la razón la ira que se enfurece desordenadamente con los placeres, para que acojamos al reino de Dios Padre que viene por la mansedumbre. Y conectemos la siguiente petición de la oración, con las cosas dichas anteriormente, diciendo:

«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»

Quien ofrece místicamente culto a Dios por medio de la sola potencia racional, separado de la concupiscencia y de la ira, ése ha cumplido la voluntad divina sobre la tierra, así como lo hacen las órdenes angélicas en el cielo. Se ha hecho en todo igual a los ángeles en su culto y vida, como dice el gran Apóstol en alguna parte: *Nuestra ciudadanía está en el cielo*⁵⁹, donde no hay concupiscencia para relajar el vigor del intelecto por medio del placer, ni la ira furiosa, que ladra indecentemente al semejante, sino la sola razón⁶⁰ que conduce naturalmente a los seres racionales⁶¹ al primer Principio⁶². Sólo de esta razón se alegra Dios, y [esto] pide de nosotros, sus siervos. Y muestra esto diciendo al gran David: *¿Qué hay para mí en el cielo, y aparte de ti, qué deseo en la tierra?*⁶³. Nada es ofrecido a Dios en el cielo por sus santos ángeles, salvo el culto racional⁶⁴; esa adoración que Él espera de nosotros, enseñándonos a

59. Flp 3, 20.

60. *logos*.

61. *logikous*.

62. *Lógos*.

63. Sal 72, 25.

64. *logiken*.

decir cuando oramos: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*

Nuestra razón debe ser movida, por lo tanto, a la búsqueda de Dios, la fuerza concupiscible [debe orientarse] al deseo de Él, y la de la ira debe luchar por su conservación; o mejor, para hablar más propiamente, el intelecto debe tender todo hacia Dios, fortificado por la tensión de la potencia irascible y encendido por el deseo extremo de la concupiscencia. Así, pues, seremos encontrados dando culto a Dios en todas las cosas, imitando a los ángeles del cielo, y mostraremos entonces sobre la tierra el mismo modo de vida que los ángeles, no moviendo el intelecto, como ellos, hacia ninguna de las cosas que están después de Dios⁶⁵. Comportándonos así, según los votos, recibiremos como pan supersustancial y vivificador para alimento de nuestras almas y conservación en buen estado de los bienes que nos fueron concedidos, al Lógos que dijo: *Yo soy el pan que ha bajado del cielo y que ha dado la vida al mundo*⁶⁶. Él llega a ser todo para nosotros en proporción a la virtud y la sabiduría con la que hemos sido alimentados, encarnándose en una variedad de modos, que sólo Él conoce, en cada uno de los salvados, mientras estamos aún en este siglo, de acuerdo a la fuerza del texto de la oración que dice:

«Danos hoy el pan nuestro de cada día»

Pienso que la palabra «hoy» significa el siglo presente. Por lo tanto, para entender más claramente este pasaje de la oración deberíamos decir: «Danos hoy, a noso-

65. El fin de todo el movimiento del intelecto es sólo Dios.

66. Jn 6, 51.53.

tros que vivimos la presente vida mortal, el pan nuestro que has preparado desde el principio para la inmortalidad de la naturaleza», para que el alimento, que es este *pan de vida* ⁶⁷ y de conocimiento, venza la muerte del pecado; este pan del cual el primer hombre no pudo ser partícipe por la transgresión del mandamiento divino. Porque si se hubiese saciado con este divino alimento, no hubiera caído apresado por la muerte del pecado.

Pero, el que ora para recibir este pan suprasustancial no lo recibe todo entero como el pan es en sí, sino como él mismo puede recibirlo. Porque el Pan de vida, en cuanto ama a los hombres ⁶⁸ se da a sí mismo a todos aquellos que lo piden, pero no a todos en el mismo modo: sino más plenamente a aquellos que han hecho grandes obras, mientras que se da de un modo menor a aquellos que han hecho obras más pequeñas; a cada uno, pues, de acuerdo a la dignidad de su intelecto, según el cual puede recibirlo.

El Salvador me ha abierto el sentido de la presente expresión, cuando ordena explícitamente a sus discípulos no preocuparse por la comida sensible, diciendo: *No os preocupéis por vuestra alma: qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo: con qué os vestiréis. Porque son las gentes del mundo quienes se preocupan por estas cosas. Buscad más bien, en primer lugar, el reino de Dios y su justicia y todas estas cosas se os darán por añadura* ⁶⁹.

¿Cómo nos enseña, entonces, a rezar por aquello de lo cual nos ha mandado antes no preocuparnos? Es evidente que no nos ordenaba pedir con la oración aquello

67. Jn 6, 35.38.

68. *filánthropos*.

69. Mt 6, 25.32.33.

que no recomendaba buscar mediante el mandamiento. Porque por la oración se debe pedir sólo lo que se debe buscar de acuerdo al mandamiento. Aquello que no estamos inducidos a buscar mediante un mandamiento, no es lícito pedirlo con la oración. Y si el Salvador nos ha mandado buscar sólo el reino de Dios y su justicia, entonces es evidentemente esto lo que sugirió: que aquellos que desean los dones divinos deben pedirlos en la oración.

Habiendo confirmado por medio de la gracia de la oración aquello que se busca naturalmente, une la voluntad de los que piden con la voluntad del que concede la gracia, haciéndolas una sola cosa mediante una relación de unión.

Si también nos manda pedir en la oración el pan cotidiano que sostiene nuestra vida presente, se nos manda no sobrepasar los límites de la oración buscando abrazar, ávidamente, períodos de muchos años, olvidándonos que somos mortales y poseemos una vida que pasa como una sombra. Por el contrario, pidamos sin ansiedad en la oración el pan del día y mostremos que hacemos de la vida cristiana, filosóficamente, una meditación sobre la muerte⁷⁰, previniendo con la voluntad la naturaleza, y antes de que venga la muerte, despegando el alma de las preocupaciones corporales, para que no se adhiera a las cosas corruptibles, transfiriendo a la materia el uso de su deseo natural, ni aprenda la avidez que priva de la abundancia de los bienes divinos.

Huyamos con todas las fuerzas, pues, del afecto por la materia y lavémonos de nuestras relaciones con ella como del polvo de nuestros ojos espirituales. Démonos

70. Aquí aparece la vieja concepción filosófica de la vida como una meditación sobre la muerte (*meléte thanáton*).

por satisfechos con lo que nos hace subsistir solamente y no con lo que nos da placer en la vida presente; más aún, pidamos a Dios, como se nos ha enseñado, que seamos capaces de mantener el alma libre de la servidumbre, no dominada por ninguna de las cosas visibles a causa del cuerpo. Mostremos que comemos para vivir y no seamos acusados de vivir para comer. Porque aquello es claramente propio de la naturaleza racional, mientras esto lo es de la irracional. Seamos escrupulosos observadores de la oración, mostrando por nuestras acciones que preferimos tenazmente la única y sola vida del Espíritu y que hacemos uso de la vida presente para adquirir aquélla, y a causa de aquélla cuidamos de ésta, de modo que no rehusamos sostenerla con el solo pan y mantener su buena salud física, por cuanto nos es posible, no para vivir, sino más bien, para vivir para Dios. Hacemos, pues, del cuerpo –racionalizado por las virtudes– un mensajero [ángel] del alma, y del alma un heraldo de Dios por su firmeza en el bien. Así limitaremos naturalmente la petición a un día solo, no atreviéndonos a extenderla al segundo día, a causa de Aquel que nos ha dado la oración. Así, ordenando nuestras acciones de acuerdo al poder de la oración, podremos pasar, con pureza, a las expresiones siguientes, diciendo:

«Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden»

Quien busca por medio de la oración aquel pan incorruptible de la sabiduría, de la cual fuimos privados por la transgresión en el comienzo –según la primera interpretación de las expresiones precedentes–, en el siglo presente, del cual hemos dicho que el «hoy» es símbolo, sabe que el único placer consiste en la consecución de

los bienes divinos. De ellos Dios es por naturaleza el dispensador, y custodia es la libre voluntad del que los ha recibido. El único dolor es su no-consecución, sugerida por el diablo, pero llevada a cabo por todo el que se aparta de los bienes divinos a causa de la debilidad de su voluntad, no custodiando el valor amado con la disposición de la voluntad. Si esa persona no dirige en modo alguno toda su elección a las cosas visibles y, por eso, no se encuentra sujeto a ninguna pena que sobrevenga a su cuerpo, ese tal perdona, verdadera e impasiblemente, a aquellos que pecan contra él, porque nadie absolutamente puede poner mano en el bien que él busca con tanto celo, porque cree que es inalienable por naturaleza. Y se hace a sí mismo ejemplo de virtud para Dios –si se puede decir esto– e invita al inimitable a imitarlo, diciendo: *Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*⁷¹. Exhorta a Dios a que sea para él, lo que él es para sus prójimos. Porque así como él perdonó las ofensas de los que habían pecado contra él, desea también él ser perdonado por Dios. Esto manifiesta que así como Dios, imperturbablemente, perdona a aquellos que perdonan, así también quien permanece impassible ante las cosas que le suceden, perdona a los que lo han ofendido, sin permitir que en su intelecto se imprima recuerdo alguno de las penas que le han sobrevenido, para no ser acusado de dividir la naturaleza por su libre voluntad, separándose él, que es hombre, de otro hombre. Así unida la voluntad al principio de naturaleza, la reconciliación de Dios con la naturaleza viene naturalmente porque, por otra parte, no es posible para la naturaleza en rebelión contra sí misma por su voluntad, recibir la inefable condescendencia divina. Y quizá

71. Mt 6, 12.

por esto Dios quiere que primero nos reconciliemos entre nosotros, no para aprender de nosotros a reconciliarse con los pecadores y a perdonar la satisfacción de muchos y terribles crímenes, sino para purificarnos de las pasiones y mostrar que la disposición de aquellos que han sido perdonados está de acuerdo con la condición de la gracia. Es bien claro que cuando la voluntad se ha unido a la razón de la naturaleza, la facultad de elección —de aquellos que hayan alcanzado esto— no estará ya en rebelión contra Dios, puesto que nada es considerado contrario a la razón en el principio de la naturaleza, el cual es ley natural y divina, cuando asuma el movimiento de la voluntad, operante conforme a tal razón. Si no hay nada de contrario a la razón en el principio de la naturaleza, es normal que la voluntad que se mueve según la razón de la naturaleza tenga su propia operación de acuerdo con Dios. Y ésta es una disposición activa, caracterizada por la gracia de Aquel que por naturaleza es bueno, y destinada a dar vida a la virtud.

Éstas son, pues, las disposiciones del que pide en la oración el pan espiritual. Y también, además de él, el que, constreñido por la naturaleza pide sólo el pan de cada día, deberá tener las mismas disposiciones, perdonando las ofensas a los que lo ofenden, sabiendo que él es mortal por naturaleza; y, recibiendo cada día en la incertidumbre lo que sucede por naturaleza, previene la naturaleza con la voluntad, muriendo voluntariamente para el mundo, según lo dicho: *Por tu causa somos llevados a la muerte cada día, somos considerados como ovejas de matadero*⁷². Por eso se ofrece en libación por todos, para que no permanezca en él traza alguna de la perversidad del siglo presente, trasladado a la vida que

72. Sal 43, 23.

no envejece, y reciba del juez y salvador del universo, la recompensa adecuada por aquello que ha hecho aquí abajo. Porque una disposición pura hacia los que nos han entristecido es necesaria para el mutuo beneficio de ambos, a causa de todo lo precedente y en no menor medida por la fuerza de las palabras que quedan por decir, y que tienen esta forma:

«Y no nos dejes entrar en tentación, sino líbranos del Maligno»

La oración nos manifiesta en estas palabras cómo el que no perdona totalmente a los que lo ofenden, y no presenta a Dios un corazón purificado de la tristeza, iluminado por la luz de la reconciliación con su prójimo, perderá la gracia de los bienes por los que ora. Y también, según un justo juicio, será entregado a la tentación y al Maligno para que aprenda así a purificarse de las culpas, eliminando sus disputas con el prójimo. Aquí llama «tentación» ahora a la ley del pecado, que no tenía el primer hombre cuando fue creado. Es llamado «Maligno» el diablo que ha infundido esta ley en la naturaleza de los hombres y que por medio del engaño ha persuadido al hombre a transferir el deseo de su alma, de las cosas lícitas a aquéllas prohibidas⁷³ y volverse a la transgresión del mandamiento divino, cuyo fruto fue la pérdida de la incorruptibilidad dada por gracia.

También llama «tentación» a la disposición voluntaria del alma hacia las pasiones de la carne; y es llamado «Maligno» el modo de la realización en acto de la dis-

73. Aquí se presenta el camino inverso. El ascenso espiritual consiste en transferir el deseo de las cosas materiales a Dios.

posición pasional. De ninguna de éstas librará el justo juez a quien no ha perdonado las ofensas de los que lo ofenden, aunque lo pida vanamente mediante la oración; sino que, por el contrario, permite que tal hombre sea manchado por la ley del pecado, y dejará que sea dominado por el Maligno aquel cuya voluntad es dura y rígida, porque ha preferido las pasiones de la deshonra, sembradas por el diablo, a la naturaleza, creada por Dios. A aquel que voluntariamente está inclinado hacia las pasiones de la carne, Dios no le impide realizarlas de hecho; no lo libra de la realización en acto de la inclinación hacia las pasiones, porque él ha considerado la naturaleza como inferior a las pasiones inconsistentes, porque por su empeño por ellas ha ignorado el principio de la naturaleza. En el movimiento de este principio debería saber cuál es la ley de la naturaleza y cuál es la de las pasiones, cuya tiranía adviene por una elección de la voluntad y no por naturaleza. Debería también preservar la ley de la naturaleza con una actividad conforme a la naturaleza, y mantener la ley de las pasiones alejadas de su voluntad; y con la razón a la naturaleza, que de por sí permanece pura e inmaculada, debería salvaguardar libre de odio y división, y constituir a la voluntad como compañera de la naturaleza, de modo que no sea llevada en modo alguno hacia aquello que no ha sido concedido por el principio de la naturaleza. Así habría alejado todo odio y toda distancia respecto a quien le es afín por naturaleza de modo que, diciendo esta oración, fuera escuchado y obtenga de Dios una gracia doble en vez de una sola: el perdón de las culpas pasadas y la protección y liberación respecto a las futuras. Porque Dios no permite que entre en tentación y no lo abandona a la esclavitud del Maligno por este único motivo: porque está dispuesto a perdonar las ofensas al prójimo.

ASCENSO A LA DIVINIZACIÓN

Por eso también nosotros –para retroceder un poco y reasumir sucintamente el significado de lo que hemos dicho–, si queremos ser librados del Maligno y no entrar en tentación, creamos a Dios y perdonemos las ofensas a quienes nos ofenden. Pues dijo: *Si no perdonáis a los hombres sus pecados, tampoco vuestro Padre celeste os perdonará*⁷⁴, para que no recibamos sólo el perdón de las culpas, sino que también venzamos la ley del pecado, sin que Dios permita que la experimentemos, y aplastemos a la maligna serpiente –que ha engendrado esta ley– de la cual pedimos ser librados. Porque Cristo, que ha vencido el mundo⁷⁵, nos guiará en el combate, y nos armará con las leyes de los mandamientos y, conforme a estas leyes, con el rechazo de las pasiones; y unirá, mediante el amor, a la naturaleza humana consigo misma. Y, siendo Él *pan de vida*⁷⁶, de sabiduría, de conocimiento y de justicia, moverá nuestro apetito insaciablemente hacia Él y, por el cumplimiento de la voluntad del Padre, nos hará semejantes a los ángeles en su adoración⁷⁷, manifestando por nuestra conducta, y mediante una buena imitación, la beatitud celeste.

Y de ahí nos guiará luego al supremo ascenso de las realidades divinas, *al Padre de las luces*⁷⁸, haciéndonos *partícipes de la divina naturaleza*⁷⁹, por la participación por gracia del Espíritu Santo, por la cual recibiremos el

74. Mt 6, 15.

75. Cf. Jn 16, 33.

76. Jn 6, 35.48.

77. *homolatrias*.

78. St 1, 17.

79. 2 P 1, 4. Este pasaje bíblico es usado casi siempre por los Padres en relación al misterio de la divinización.

título de hijos de Dios, portando íntegramente en nosotros al autor todo de esta misma gracia e Hijo del Padre por naturaleza, sin limitarlo ni mancharlo; de quien, por quien y en quien tenemos y tendremos el ser, el movimiento y la vida⁸⁰.

CONCLUSIÓN: EXHORTACIÓN A VIVIR EL MISTERIO PRESENTADO POR LA ORACIÓN

Que el fin de nuestra oración sea la contemplación de este misterio de la divinización, para que conozcamos lo que ha realizado en nosotros la *kénosis* en la carne del Hijo unigénito, y de dónde y dónde ha hecho subir, por la potencia de su mano que ama al hombre, a aquellos que habían alcanzado el punto más bajo de todo el universo⁸¹, allá donde nos había precipitado el peso del pecado. Así amaremos más a Quien sabiamente ha preparado esta salvación para nosotros. Mostremos mediante nuestras acciones el cumplimiento de la oración y, proclamando, manifestemos que Dios es verdaderamente Padre por gracia. Mostremos claramente, por el contrario, que no tenemos por padre de nuestra vida al Maligno quien, mediante las pasiones deshonorosas, se dedica a imponer siempre tiránicamente su dominio a la naturaleza. Que no nos suceda cambiar la muerte por la vida, porque también cada uno de los adversarios [Cristo y el Diablo] distribuye naturalmente a los que le están unidos: uno dispensa la vida eterna a aquellos que lo aman;

80. Cf. Rm 1, 26.

81. Aparece el principio denominado *tantum-quantum*. El hombre asciende por la divinización, en la medida en que Cristo descendió por su encarnación kenótica.

el otro, por la sugerencia de las tentaciones voluntarias, la muerte a quienes se aproximan a él.

Porque, según la Escritura, doble es el modo de las tentaciones: uno por el placer, el otro por el dolor; uno libre y el otro no. Aquél engendra el pecado y la enseñanza del Señor nos prescribe orar para no caer en él, cuando dice: *Y no nos dejes caer en tentación*⁸² y *Velad y orad para no caer en tentación*⁸³. El otro protege del pecado, castigando la disposición que ama el pecado con suplementos involuntarios de penas. Si alguien las soporta, y sobre todo, si no está adherido por los clavos del mal, escuchará al gran apóstol Santiago quien proclama explícitamente: *Considerad un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas, porque la prueba de nuestra fe produce la paciencia, la paciencia, virtud probada y la virtud probada debe ir acompañada por una obra perfecta*⁸⁴. El Maligno usa pérfidamente ambas tentaciones, la voluntaria y la involuntaria. Sembrando la tentación voluntaria, excita al alma con los placeres del cuerpo para apartar su deseo, con estas maquinaciones, del amor divino; y, con el engaño, trata de obtener la tentación involuntaria porque quiere destruir la naturaleza con dolor, para forzar al alma, abatida por la debilidad de los sufrimientos, a volver sus pensamientos a la calumnia contra el Creador.

Por el contrario, conociendo bien los pensamientos del Maligno, oremos para apartar la tentación voluntaria, para que no apartemos el deseo de la caridad divina. Con la ayuda de Dios, soportemos con entereza la ten-

82. Mt 7, 13.

83. Mt 26, 41.

84. St 1, 2-4, unido a Rm 5, 4.

tación que sobreviene involuntariamente, a fin de manifestar que preferimos en vez de la naturaleza al Creador de la naturaleza. Y que todos *los que invocamos el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo*⁸⁵, seamos rescatados de los placeres presentes del Maligno y liberados de los dolores futuros por la participación en la sustancia verdadera de los bienes futuros⁸⁶, que contemplemos en el mismo Cristo nuestro Señor, quien solo es glorificado con el Padre y el Espíritu Santo por toda la creación. Amén.

85. 1 Co 1, 2.

86. Hb 11, 1.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis		2 Crónicas	
2, 15:	117.	32, 20:	214.
6, 3:	69.	Salmos	
17, 10:	137.	9, 4:	120.
18, 27:	103.	11, 2:	67.
46, 34:	129.	15, 12:	213.
Éxodo		16, 4:	121.
12, 6-8:	137.	16, 11:	119.
20, 13:	66.	18, 10:	111, 205.
20, 13-15:	137.	22, 2:	139.
31, 13:	137.	22, 4:	140.
32, 31ss.:	109.	22, 5-6:	141.
Levítico		24, 18:	109.
19, 17:	171.	31, 5-6:	80.
Deuteronomio		31, 7:	119.
32, 15:	67.	32, 11:	206.
32, 22-23:	63.	33, 9:	210.
32, 41:	63.	33, 10:	111.
1 Samuel		36, 15:	118.
1, 10:	214.	36, 27:	117.
1 Reyes		37, 5:	78.
21, 19-23:	80.	43, 7-8:	84.
21, 27-29:	80.	43, 23:	232.
2 Reyes		43, 24:	75.
2, 1-14:	220.	49, 14:	81.
		50, 13.3:	76.
		53, 9:	58.
		54, 2:	75.
		61, 12:	65.
		61, 13:	125.
		72, 25:	226.
		77, 25:	210.

78, 4:	78.	33, 14:	63.
78, 8:	75	50, 11:	63.
80, 14-15:	83.	58, 6-8:	82.
90, 1-2:	48	58, 9-10:	82.
90, 11-13:	48.	59, 1:	79.
91, 9:	149.	63, 15:	77.
91, 12:	153.	63, 19:	77.
94, 2:	78.	64, 4:	77.
118, 128:	46	66, 2:	217.
144, 3:	166.	66, 24:	63.
144, 18:	81.		
Proverbios		Jeremías	
1, 7:	110.	2, 12:	154.
12, 28:	162.	2, 19-21:	64.
14, 29:	170.	5, 21-22:	64.
15, 27:	110.	7, 4:	101.
21, 24:	162.	8, 23:	67.
		13, 16:	63.
Eclesiastés		15, 17:	64.
11, 13:	65.	17, 16:	99.
		48, 10:	65.
Sabiduría		Lamentaciones	
9, 14:	206.	4, 2:	74.
		4, 6:	74.
Eclesiástico		4, 7:	74.
1, 23-24:	59.		
6, 14:	186.	Ezequiel.	
6, 15:	185.	7, 4:	64.
10, 4:	58.	7, 9:	64.
		33, 10-11:	79.
Isaías			
1, 4:	71.	Daniel	
1, 5-6:	71.	3, 34:	75.
1, 8:	71.	7, 12-15:	65.
1, 10-15:	72.	7, 9-10:	64.
1, 16-20:	79.	9, 18:	75.
6, 5:	97.	13, 35:	184.
9, 2:	45.		
29, 13:	73.	Jonás	
30, 15:	78.	2, 10:	213.

Joel		22, 30:	217.
2, 12-13:	79.	22, 37-40:	52.
		22, 40:	173.
Miqueas		23, 4:	73.
7, 1-3:	67.	23, 5:	73.
		23, 6:	73.
Mateo		23, 13:	73.
4, 16:	45.	23, 15:	73.
4, 17:	80.	23, 24:	73.
5, 3ss.:	152.	23, 25:	73.
5, 4:	217.	23, 29:	74.
5, 7:	83.	23, 37:	72.
5, 8:	180.	24, 15:	123.
5, 20:	66.	25, 21:	217.
5, 24:	104.	25, 34:	217.
5, 39-41:	106.	25, 41:	66.
5, 44:	51, 105.	26, 41:	58, 237.
6, 9:	214.	28, 19-20:	46.
6, 12:	231.		
6, 14:	83.	Marcos	
6, 14-15:	173.	12, 30:	49.
6, 15:	235.		
6, 21:	128.	Lucas	
6, 24:	49.	1, 37:	78.
6, 25:	228.	6, 27:	51, 70.
6, 32:	228.	6, 27-28:	105.
6, 33:	228.	6, 37:	83, 154.
7, 1:	154.	10, 19:	47.
7, 2:	83.	10, 35:	181.
7, 13:	66, 237.	11, 2:	198, 215.
7, 14:	135.	11, 41:	181.
7, 15:	84.	11, 42:	74.
7, 21:	177.	11, 52:	73.
10, 37:	48.	12, 33:	181.
11, 29:	110, 218.	12, 35:	179.
13, 44:	180.	14, 33:	138.
15, 8:	73.	14, 33-34:	48.
18, 21-22:	80.	16, 13:	49.
19, 27:	47.	21, 19:	107, 138.
19, 32:	138.	23, 34:	56, 101.
21, 13:	70.		

Juan		8, 35-39:	109.
2, 10:	70.	8, 38:	62.
3, 6:	69.	9, 1-3:	109.
5, 22:	153.	11, 29:	148.
6, 35:	228, 235.	12, 15:	163.
6, 38:	228.	12, 17:	82.
6, 48:	210, 235.	12, 21:	56, 170.
6, 51:	227.	13, 10:	50, 104, 105.
6, 53:	227.	13, 14:	98.
8, 41-44:	68.	14, 10:	65.
11, 52:	169.		
14, 6:	135, 139.	1 Corintios	
14, 15:	50, 97, 177.	1, 2:	238.
15, 12:	50, 97.	3, 16:	70.
15, 15:	125.	4, 5:	154.
16, 33:	235.	4, 11:	55.
17, 3:	170.	4, 12:	70.
		4, 12-13:	55, 184.
Hechos		8, 1:	177.
7, 59-60:	101.	9, 20:	211.
17, 28:	220.	9, 26-27:	55.
		9, 27:	81, 143.
Romanos		11, 31-32:	126.
1, 18:	72.	12, 3:	173.
1, 24:	71.	12, 6:	76.
1, 25:	98.	12, 31:	181.
1, 26:	236.	13, 1-3:	104.
1, 28-32:	71.	13, 2ss.:	187.
2, 1:	154.	13, 4:	101, 169.
3, 11-13:	67.	13, 13:	96, 165.
3, 16-18:	67.	15, 24:	46.
5, 4:	237.	15, 29:	135.
6, 22:	170.	15, 52:	217.
7, 23:	211.	15, 56:	139.
7, 25:	211.		
8, 1:	47.	2 Corintios	
8, 2:	211.	4, 10-11:	62.
8, 6:	69.	5, 10:	65.
8, 8:	143.	6, 8:	218.
8, 14:	69.	7, 1:	81, 225.
8, 35:	62.	7, 8ss.:	102.

10, 3-6: 58.
 11, 27: 55.
 12, 9: 54, 62.
 12, 10: 62.
 13, 4: 54.

Colosenses

1, 20: 209.
 2, 14: 211.
 2, 3: 180, 213.
 3, 5: 111, 212.
 3, 11: 221, 222,
 224.

Gálatas

2, 2: 155.
 2, 20: 70.
 3, 28: 122, 219,
 221, 224.
 4, 4: 52.
 4, 5: 211.
 5, 16: 85, 178.
 5, 22: 69.
 5, 24: 48, 143.
 6, 14: 48.

Efesios

2, 14-15: 211.
 2, 17: 211.
 2, 21-22: 217.
 3, 17: 180.
 4, 25: 81.
 5, 29: 143.
 6, 11: 55.
 6, 12: 55, 85.

Filipenses

2, 5: 54.
 3, 12: 141, 177.
 3, 13: 85.

3, 17: 47.
 3, 20: 226.

1 Tesalonicenses

4, 15-17: 217.
 5, 5: 74.
 5, 17: 61.

1 Timoteo

2, 4: 106, 223.
 2, 5: 207.
 4, 8: 178.
 6, 8: 143.

2 Timoteo

3, 1-4: 67.
 3, 7: 223.

Tito

1, 1: 223.

Hebreos

2, 14: 46, 54, 212.
 10, 24: 81.
 10, 26: 223.
 10, 29: 75.
 11, 1: 238.
 12, 14: 85.

Santiago

1, 2-4: 237.
 1, 17: 235.
 2, 17.26: 70.
 2, 19: 69, 101.
 4, 11: 105.
 4, 3: 124.
 4, 7: 57.

1 Pedro

2, 9: 70.
 5, 8: 58.

2 Pedro

1, 4: 235.

2, 22: 156.

1 Juan

2, 1: 81.

2, 15-16: 129.

3, 15: 72.

4, 8: 101, 187.

4, 18: 185, 206.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Agustín: 191, 192.
Ambrosio: 191.
Argárate P.: 200.
- Bardy G.: 18.
Bausenhardt G.: 27.
Beck H. G.: 32.
Bellini E.: 31.
Berthold G.: 31.
- Cantarella R.: 35.
Casiano: 191.
Ceresa-Gastaldo A.: 11, 17, 35,
89, 95, 96, 99, 171, 181,
192.
Cesáreo de Arles: 191.
Cipriano: 191.
Cirilo de Alejandría: 192.
Cirilo de Jerusalén: 191.
Combefis F.: 9, 16.
Costa A.: 89.
Croce V.: 27.
Cromacio: 191, 192.
- Dal Pra M.: 35.
Dalmais I. H.: 9, 10, 11, 18 26,
31, 32, 35, 36, 90, 191, 193,
202, 203.
Danielou J.: 23.
Declerck J.: 17.
Des Places E.: 32.
Deseille P.: 35.
Devresse R.: 11.
- Diádoco de Foticea: 32.
Dionisio: 20, 23, 24, 29, 31,
114, 149.
Doucet M.: 17.
- Evagrio: 10, 19, 23, 24, 31, 36,
90, 100, 112, 178, 198.
- Flavio Josefo: 123.
- Garbas U.: 35.
Garrigues J. M.: 10, 27.
Gatti M. L.: 18, 21.
Gregorio de Nacianzo: 114.
Gregorio de Nisa: 24, 192.
Guillaumont A.: 101.
- Hausherr I.: 26, 41.
Heintjes J.: 27, 32.
Heinzer F.: 25.
Heraclio: 9.
- Jeuneau E.: 17.
Jorge de Resh'aina: 9.
Juan Crisóstomo: 192.
- Karayannis V.: 27.
- Lackner W.: 9.
Laga C.: 17.
Larchet J. C.: 27.
Le Guillou M. J.: 27.
Léthel F. M.: 27.

- Loosen J.: 27.
 Lot-Borodine M.: 23.
- Madden N.: 193.
 Mansi J. D.: 14, 15.
 Migne J. P.: 9, 16, 17, 21, 22,
 28, 35, 37, 89, 172.
 Murawski Fr.: 35.
- Oehler F.: 16.
 Orígenes: 10, 19, 20, 24, 31,
 191.
- Pedro Crisólogo: 191.
 Pedro de Laodicea: 192.
 Pegon J.: 23, 95.
 Piret P.: 27.
 Pirro de Constantinopla: 14.
 Pollastri A.: 192.
 Prado J. J.: 30.
 Ps. Agustín: 192.
- Riou A.: 27, 191.
- Sáenz P.: 89.
 Sherwood P.: 12, 17, 18, 19,
 21, 28, 31, 35, 89, 96, 191.
 Sofronio: 13, 14.
 Sotiropoulos H.: 17.
 Steel C.: 17.
- Teodoro de Mopsuestia: 191.
 Terebessy A. B.: 89.
 Tertuliano: 191.
 Thunberg L.: 22, 29.
 Touraille J.: 89.
- Van Deun P.: 17, 191.
 Venancio Fortunato: 192.
 Viller M.: 22, 23, 24, 25, 31,
 32, 89.
 Völker W.: 25, 26, 29, 30.
 Von Balthasar H. U.: 16, 18,
 19, 20, 22, 23, 24, 25, 28,
 31, 32, 89, 95.
 Von Ivánka E.: 31, 32.
 Von Schönborn Chr.: 25, 26,
 27.

ÍNDICE GENERAL

SIGLAS	7
INTRODUCCIÓN GENERAL	9
1. Vida	9
2. Obras	16
3. Estudios	21

Máximo el Confesor TRATADOS ESPIRITUALES

DIÁLOGO ASCÉTICO

INTRODUCCIÓN	35
TEXTO	45

CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD

INTRODUCCIÓN	89
TEXTO	93
Primera Centuria	95
Segunda Centuria	115
Tercera Centuria	141
Cuarta Centuria	166

INTERPRETACIÓN DEL PADRE NUESTRO

INTRODUCCIÓN	191
TEXTO	205
Prólogo	205
El designio del Señor	206
Los misterios de Cristo	208
<i>La teología</i>	208
<i>La filiación de gracia</i>	208
<i>La igualdad de honor con los ángeles</i>	209
<i>La participación en la vida divina</i>	210
<i>La restitución de la naturaleza a sí misma</i>	210
<i>La purificación de la ley del pecado</i>	211
<i>La destrucción de la tiranía del mal</i>	212
La oración como realización del designio	212
Comentario continuado	214
«Padre nuestro, que estás en los cielos. San- <i>tificado sea tu nombre, venga tu Reino» ...</i>	215
«Hágase tu voluntad en la tierra como en <i>el cielo»</i>	226
«Danos hoy el pan nuestro de cada día» ...	227
«Perdónanos nuestras ofensas, así como noso- <i>tros perdonamos a los que nos ofenden»</i>	230
«Y no nos dejes entrar en tentación, sino lí- <i>branos del Maligno»</i>	233
Ascenso a la divinización	235
Conclusión: exhortación a vivir el misterio pre- <i>sentado por la oración</i>	236
ÍNDICE BÍBLICO	239
ÍNDICE DE NOMBRES	245

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

- 1 - **Orígenes, COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,**
2.ª Ed., 326 págs.
- 2 - **Gregorio Nacianceno, HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,**
2.ª Ed., 154 págs.
- 3 - **Juan Crisóstomo, LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,**
2.ª Ed., 256 págs.
- 4 - **Gregorio Nacianceno, LA PASIÓN DE CRISTO,**
2.ª Ed., 208 págs.
- 5 - **San Jerónimo, COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN
MARCOS,**
2.ª Ed., 136 págs.
- 6 - **Atanasio, LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,**
2.ª Ed., en preparación.
- 7 - **Máximo el Confesor, MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA
DE JESÚS,**
2.ª Ed., 136 págs.
- 8 - **Epifanio el Monje, VIDA DE MARÍA,**
2.ª Ed., 200 págs.
- 9 - **Gregorio de Nisa, LA GRAN CATEQUESIS,**
2.ª Ed., 172 págs.

- 10 - **Gregorio Taumaturgo, ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,**
2.ª Ed., 176 págs.
- 11 - **Cirilo de Jerusalén, EL ESPÍRITU SANTO,**
2.ª Ed., 108 págs.
- 12 - **Cipriano, LA UNIDAD DE LA IGLESIA,**
2.ª Ed., en preparación.
- 13 - **Germán de Constantinopla, HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,**
2.ª Ed., en preparación.
- 14 - **Cirilo de Alejandría, ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,**
138 págs.
- 15 - **Juan Crisóstomo, HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE
SAN JUAN,**
356 págs.
- 16 - **Nicetas de Remesiana, CATECUMENADO DE ADULTOS,**
152 págs.
- 17 - **Orígenes, HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,**
228 págs.
- 18 - **Gregorio de Nisa, SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,**
136 págs.
- 19 - **Atanasio, CONTRA LOS PAGANOS,**
128 págs.
- 20 - **Hilario de Poitiers, TRATADO DE LOS MISTERIOS,**
124 págs.
- 21 - **Ambrosio, LA PENITENCIA,**
144 págs.
- 22 - **Gregorio Magno, LA REGLA PASTORAL,**
420 págs.
- 23 - **Gregorio de Nisa, SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,**
256 págs.

- 24 - Nilo de Ancira, TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.
- 25 - San Jerónimo, LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.
- 26 - Cesáreo de Arlés, COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
192 págs.
- 27 - Atanasio, VIDA DE ANTONIO,
150 págs.
- 28 - Evagrio Póntico, OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.
- 29 - Andrés de Creta, HOMILÍAS MARIANAS
192 págs.
- 30 - Gregorio Nacianceno, LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS,
288 págs.
- 31 - Gregorio de Nisa, VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO,
176 págs.
- 32 - Basilio de Cesarea, EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.
- 33 - Juan Damasceno, HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS,
232 págs.
- 34 - Juan Crisóstomo, COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS,
200 págs.
- 35 - Gregorio Nacianceno, FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA,
272 págs.
- 36 - Dídimo el Ciego, TRATADO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO,
208 págs.
- 37 - Máximo el Confesor, TRATADOS ESPIRITUALES,
256 págs.

Próximos volúmenes:

- **Tertuliano, EL APOLOGÉTICO**
- **Juan Crisóstomo, LA VERDADERA CONVERSIÓN**
- **Juan Crisóstomo, EDUCACIÓN DE LOS HIJOS Y MATRIMONIO**
- **Casiodoro, INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS**
- **Gregorio Magno, LIBROS MORALES I**
- **Gregorio de Nisa, LA VIRGINIDAD**

Biblioteca de Patristica

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.